



PK. Dick

EL MUNDO QUE JONES CREÓ



Lectulandia

Precognición, un mundo gobernado por el relativismo y medusas alienígenas gigantes. *El mundo que Jones creó* es un clásico de Philip K. Dick que toma reflexiones filosóficas profundas y les infunde una acción trepidante.

Floyd Jones siempre ha podido ver exactamente lo que sucederá en su futuro a un año vista; un regalo y una maldición que comenzó un año antes de que naciera. Como un adivino en un carnaval postapocalíptico, Jones es una fuerza poderosa, y puede ser capaz de alejar a la sociedad de su relativismo paralizante.

Lectulandia

Philip K. Dick

El mundo que Jones creó

ePub r1.0

Watcher 30.04.2019

Título original: *The World Jones Made*
Philip K. Dick, 1956
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández
Diseño de cubierta: Opalworks

Editor digital: Watcher
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*Para Eph Konigsberg, que hablaba deprisa y hablaba muy
bien*

1

La temperatura del Refugio variaba entre los 37 y los 38 grados Celsius. El aire estaba constantemente cargado de vapor, que flotaba y se rizaba con lentitud por todas partes. Los géiseres de agua caliente salían a borbotones de un «suelo» que no era más que una superficie inconstante de limo caliente compuesto de agua, minerales disueltos y pulpa fungosa. Los restos de líquenes y protozoos coloreaban y espesaban la capa de humedad que goteaba por todas partes, sobre las rocas, los arbustos parecidos a esponjas y las diversas instalaciones de las que estaba provisto el lugar. Habían pintado un cuidadoso fondo, una larga meseta que surgía de un océano de aspecto profundo.

Sin lugar a dudas, el Refugio fue diseñado basándose en el útero. No se podía negar esa apariencia, y nadie la había negado, en realidad.

Louis se agachó y arrancó malhumorado un hongo de color verde pálido que crecía cerca de sus pies y luego lo rompió. Debajo de la piel orgánica húmeda había una malla de plástico hecha por la mano del hombre: el hongo era artificial

—Podríamos estar peor —dijo Frank mientras miraba cómo arrojaba lejos el hongo—. Podríamos tener que pagar por todo esto. Seguro que al Fedgov le ha costado miles de millones de dólares montar este lugar.

—Escenografía escénica —respondió Louis con amargura—. ¿Para qué? ¿Por qué nacimos así?

Frank contestó sonriendo.

—Somos mutantes superiores, ¿recuerdas? ¿No fue eso lo que decidimos hace ya años? —Señaló el mundo que se veía más allá de la pared del Refugio—. Somos demasiado puros para eso.

Lo que se veía fuera era San Francisco, la ciudad nocturna medio dormida envuelta en su manto de niebla helada. Se veía algún coche aquí y allá; los grupos de viajeros surgían como complicados gusanos de forma segmentada de las terminales del monorraíl subterráneo. Las pocas luces de los despachos apenas brillaban... Louis le dio la espalda al paisaje. Le dolía demasiado

verlo, saber que estaba allí, atrapado, inmovilizado dentro del círculo cerrado del grupo, darse cuenta de que nada existía para ellos, excepto estar sentados y mirar, los años vacíos en el Refugio.

—Tiene que haber un propósito —declaró—. Una razón para nuestra existencia.

Frank se encogió de hombros con un gesto de resignación.

—Somos un mal chiste de cuando la guerra, generados por las concentraciones de radiación. Daños genéticos. Un accidente... como Jones.

—Pero nos mantienen vivos —dijo Irma detrás de ellos—. Después de todos estos años, nos mantienen con vida, y nos cuidan. Deben de sacar algo de todo esto. Deben de tener algo pensado.

—¿El Destino? —le preguntó Frank con voz burlona—. ¿Nuestro propósito cósmico?

El Refugio era un lugar turbio y lleno de humedad asfixiante que mantenía encarcelados a los siete. Su atmósfera era una mezcla de amoníaco, oxígeno, freón y trazas de metano, muy cargada de vapor de agua, y sin dióxido de carbono. El Refugio lo habían construido veinticinco años antes, en 1977, y los miembros más antiguos del grupo tenían recuerdos de una vida anterior en incubadoras mecánicas separadas. La mano de obra original había sido excelente, y de vez en cuando hacían algunas mejoras. Los trabajadores humanos normales, protegidos por trajes herméticos, entraban de forma periódica en el Refugio, arrastrando sus equipos de mantenimiento tras ellos. Por lo general, era la fauna móvil la que se descomponía y necesitaba reparaciones.

—Si tuvieran un propósito para nosotros, nos lo dirían —afirmó Frank. Él confiaba en las autoridades del Fedgov que se encargaban del Refugio—. El doctor Rafferty nos lo diría, lo sabéis.

—Yo no estoy tan seguro —respondió Irma.

—Dios —exclamó Frank con cierto enojo—, no son nuestros enemigos. Si quisieran, podrían acabar con nosotros en cuestión de un segundo, y no lo han hecho, ¿verdad? Podrían dejar que la Liga Juvenil entrara aquí, a por nosotros.

—No tienen derecho a mantenernos aquí —protestó Louis.

Frank suspiró.

—Si saliéramos ahí fuera —dijo con cuidado, como si estuviera hablando con niños—, moriríamos.

En el reborde superior de la pared transparente había un respiradero a presión con una serie de válvulas de seguridad. Un leve miasma de gases

ácidos entraba goteando y se mezclaba con la familiar humedad de su propio aire.

—¿Hueles eso? —inquirió Frank—. Así es ahí fuera. Es un ambiente hostil, frío y letal.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que quizá eso que se filtra es deliberadamente falso? —le preguntó Louis.

—A todos se nos ha ocurrido —respondió Frank—. Cada dos años más o menos. Entramos en nuestra etapa de paranoia y empezamos a planear cómo escapar. Solo que no tenemos que planearlo; lo único que tenemos que hacer es salir. Nadie nos lo ha impedido nunca. Somos libres de salir de este cuenco lleno de vapor excepto por un único hecho: no podríamos sobrevivir ahí fuera. Simplemente, no somos lo bastante fuertes.

Junto a la pared transparente, a unos treinta metros de distancia, estaban los otros cuatro miembros del grupo. La voz de Frank llegó hasta ellos, un sonido hueco y distorsionado. Garry, el más joven del grupo, levantó la vista. Se quedó escuchando durante un momento, pero no oyó nada más.

—Está bien —dijo Vivian con impaciencia—. Vamos.

Garry asintió.

—Adiós, útero —murmuró.

Extendió la mano y presionó el botón rojo que haría acudir al doctor Rafferty.

El doctor Rafferty dijo:

—Nuestros pequeños amigos se emocionan un poco, de vez en cuando. Han decidido que pueden enfrentarse a cualquier hombre que se encuentren. —Condujo a Cussick por la rampa ascendente—. Esto será interesante..., su primera vez. No se sorprenda, puede ser una conmoción. Son bastante diferentes a nosotros, fisiológicamente hablando.

En el undécimo nivel se veían los primeros elementos del Refugio, los sofisticados elementos que mantenían la temperatura y la atmósfera. Había médicos en lugar de policías, uniformes blancos en vez de marrones. Al llegar al decimocuarto nivel, Rafferty salió de la rampa ascendente y Cussick lo siguió.

—Lo están llamando —le dijo un médico a Rafferty—. Están muy inquietos, últimamente.

—Gracias. —Rafferty se volvió hacia Cussick—. Puede mirar por esa pantalla. No quiero que lo vean. No deberían saber nada de la guardia policial.

Una sección de muro se abrió. Al otro lado estaba el paisaje verde azulado del Refugio. Cussick observó como el doctor Rafferty cruzaba el umbral y se adentraba en el mundo artificial que había más allá. De inmediato, la figura alta estuvo rodeada de siete curiosas parodias, unas miniaturas masculinas y femeninas de formas retorcidas. Los siete individuos se mostraban agitados, y sus frágiles pechos parecidos a los de los pájaros se ensanchaban y contraían con la emoción. Chillaron de un modo estridente, inquietos, y comenzaron a explicarse y a gesticular.

—¿Qué ocurre? —los interrumpió Rafferty.

Estaba jadeando a causa del vapor sofocante del Refugio. El sudor le caía a chorros por su cara enrojecida.

—Queremos irnos de aquí —declaró una mujer.

—Y vamos a salir —afirmó otra figura, un hombre, esta vez—. Lo hemos decidido; no pueden mantenernos encerrados aquí. Tenemos nuestros derechos.

Rafferty discutió la situación con ellos durante un rato; luego, de repente, dio media vuelta y volvió a cruzar el umbral.

—Es mi límite —le murmuró a Cussick mientras se secaba la frente—. Puedo resistir tres minutos ahí dentro. Luego el amoníaco comienza a afectarme.

—¿Va a dejar que lo intenten? —quiso saber Cussick.

—Activen la furgo —ordenó Rafferty a sus técnicos—. Que esté lista para recogerlos cuando caigan. —Se volvió hacia Cussick para explicárselo—. La furgo es un pulmón de acero móvil para ellos. No habrá demasiado riesgo; son frágiles, pero estaremos listos para recogerlos antes de que sufran daños.

No todos los mutantes querían abandonar el Refugio. Cuatro figuras vacilantes se abrieron paso por el corredor que conducía al ascensor. Detrás de ellos, sus tres compañeros permanecieron en la seguridad de la entrada, acurrucados en un grupo.

—Esos tres son más realistas —comentó el doctor Rafferty—. Y más viejos. El más fornido, el de pelo oscuro que tiene un aspecto más humano, es Frank. Son los más jóvenes los que nos dan problemas. Los haré pasar por una serie gradual de etapas para aclimatar sus sistemas vitales excesivamente vulnerables para que no se asfixien ni mueran de un paro cardíaco. —Prosiguió con preocupación—: Lo que quiero que haga es despejar las calles. No quiero que nadie los vea; ya es tarde y no habrá mucha gente fuera de sus casas, pero por si acaso...

—Llamaré a la Polseg —dijo Cussick mostrándose de acuerdo.

—¿Cuánto tardarán en hacerlo?

—Unos pocos minutos. La policía armada ahora ya es móvil, debido a Jones y las turbas.

Aliviado, Rafferty se apresuró a salir, y Cussick comenzó a buscar un teléfono de la policía de seguridad. Lo encontró, se puso en contacto con la oficina de San Francisco y dio varias órdenes. Mientras mantenía abierto el circuito telefónico, los equipos de la policía aerotransportada comenzaron a reunirse alrededor del edificio del Refugio. Permaneció en contacto hasta que colocaron los bloqueos en las calles, y luego dejó el teléfono para buscar a Rafferty.

Los cuatro mutantes habían descendido en ascensor al nivel de la calle. Tambaleándose, palpando a su alrededor con gesto aturdido, siguieron al doctor Rafferty a través del vestíbulo, hacia las amplias puertas que llevaban al exterior.

No había peatones ni automóviles a la vista, observó Cussick; la policía había despejado por completo la zona. En la esquina, una forma sombría interrumpía la extensión de color gris: la furgó estaba aparcada, con el motor en marcha, lista para seguirlos.

—Allá van —dijo un médico que estaba de pie junto a Cussick—. Espero que Rafferty sepa lo que está haciendo. —Señaló a una de las figuras—. Esa que casi es bonita es Vivian. Es la mujer más joven. El chico es Garry, muy inteligente, muy inestable. Ese es Dieter, y su compañero es Louis. Hay un octavo, un bebé, pero todavía está en la incubadora. Aún no lo saben.

Era evidente que las cuatro figuras diminutas estaban sufriendo. Medio inconscientes, dos de ellas ya con convulsiones, se deslizaron torpemente por los escalones, tratando de mantenerse de pie. No llegaron muy lejos. Garry fue el primero en caer; se tambaleó durante un momento en el último escalón y luego se desplomó boca abajo sobre el cemento. Trató de arrastrarse para avanzar mientras su pequeño cuerpo temblaba. Los otros trastabillaron a lo largo de la acera sin apenas ver, sin darse cuenta de la forma tendida en el suelo que había entre ellos, demasiado idos incluso para notar su existencia.

—Bueno, estamos fuera —dijo Dieter.

—Lo... lo logramos —se mostró de acuerdo Vivian.

Se desplomó deslizándose con lentitud a lo largo de una pared, y se quedó descansando contra el costado del edificio. Un momento después, Dieter yacía tendido a su lado, con los ojos cerrados, la boca medio abierta, luchando débilmente por ponerse en pie de nuevo. Y al cabo de un momento, Louis se deslizó a su lado.

Apesadumbrados, aturdidos por lo repentino de su colapso, los cuatro yacieron acurrucados, frágiles, contra el pavimento gris, tratando de respirar, intentando mantenerse con vida. Ninguno de ellos mostró intención de moverse; el propósito de su terrible experiencia había quedado olvidado. Jadeantes, luchando por mantener la conciencia, miraron sin ver la figura erguida del doctor Rafferty.

Este se había detenido frente a ellos, con las manos en los bolsillos de la bata médica.

—Depende de ustedes —les dijo en un tono grave—. ¿Quieren continuar? Ninguno de ellos respondió; posiblemente ni siquiera llegaron a oírlo.

—Sus sistemas vitales no aceptan el aire natural —continuó Rafferty—. Ni la temperatura. Ni la comida. Ni nada. —Miró a Cussick con una expresión de dolor en el rostro, un agudo reflejo de sufrimiento que sobresaltó al agente de seguridad—. Así que vamos a dejarlo —dijo con dureza—. Llamemos a la furgo y regresemos.

Vivian asintió débilmente; sus labios se movieron, pero no hubo sonido alguno.

Rafferty se volvió e hizo una breve señal. La furgo se puso en marcha al instante; un equipo robot descendió al pavimento y se aproximó hasta las cuatro figuras derrumbadas. Un momento después, las levantaron y los metieron en la furgo. La expedición había fallado; se había acabado. Cussick lo había podido ver. Había contemplado su lucha y su derrota.

Durante un rato, él y el doctor Rafferty se quedaron en la acera, en mitad de la fría noche, sin hablar, cada uno absorbido por sus propios pensamientos. Finalmente, Rafferty se estremeció.

—Gracias por despejar las calles —murmuró.

—Me alegro de haber tenido tiempo de hacerlo —respondió Cussick—. Habría sido malo... que algunas de las patrullas de la Liga Juvenil de Jones hubieran estado rondando por ahí.

—El eterno Jones. Realmente no tenemos ninguna posibilidad.

—Seamos como estos cuatro que acabamos de ver; sigamos intentándolo.

—Pero es verdad.

—Es verdad —admitió Cussick—. Tan cierto como que estos mutantes no pueden respirar aquí fuera. Pero colocamos los bloqueos en las calles de todos modos; las despejamos y esperamos con todas nuestras fuerzas hacerlos retroceder esta vez.

—¿Alguna vez ha visto a Jones?

—Varias veces —respondió Cussick—. Lo conocí cara a cara, antes de que montara su organización, antes de que nadie supiera de él.

—Cuando era sacerdote —reflexionó Rafferty—. Con su propia iglesia.

—Antes de eso —insistió Cussick mientras recordaba.

Parecía imposible que hubiera existido un tiempo antes de Jones, un momento en el que no había la necesidad de despejar las calles. Cuando no había siluetas grises uniformadas patrullando la ciudad, reunidas en muchedumbres. El crujido de cristales rotos, los tremendos chasquidos de los incendios...

—¿Qué hacía en aquel entonces? —quiso saber Rafferty.

—Estaba en una feria —dijo Cussick.

2

Tenía veintiséis años cuando conoció a Jones. Era el 4 de abril de 1995. Siempre recordaría esa fecha; el aire primaveral era frío y estaba lleno del olor a nuevo propio de esa estación. La guerra había terminado el año anterior.

Delante de él se abría una larga ladera descendente. Las casas estaban encaramadas aquí y allá. En su mayoría eran refugios de construcción privada, temporales y endebles. Las calles a medio hacer, la gente de clase trabajadora deambulando... Una región rural típica que había sobrevivido lejos de los centros industriales. Normalmente habría un zumbido de actividad: arados y fraguas y procesos de fabricación primitivos. Pero ese día había una calma que se extendía sobre toda la comunidad. La mayoría de los adultos sanos, y todos los niños, se habían acercado a la feria.

El suelo era suave y húmedo bajo los pies. Cussick caminó con impaciencia, porque él también iba a la feria. Tenía un trabajo.

Los trabajos eran escasos, estaba contento de tenerlo. Al igual que otros jóvenes que aceptaban intelectualmente el relativismo de Hoff, había solicitado trabajar para el gobierno. El aparato del Fedgov ofrecía la oportunidad de involucrarse en la tarea de reconstrucción; mientras ganaba un sueldo, pagado en plata estable, ayudaba a la humanidad.

En aquellos días era un idealista.

Más concretamente, lo habían asignado al Departamento de Interior. En el centro Antipol de Baltimore había recibido entrenamiento político y luego ingresó en la Polseg: el brazo de Seguridad. Sin embargo, en 1995, la tarea de suprimir el sentimiento político y religioso extremista había parecido algo meramente burocrático. Nadie se lo tomaba en serio; con el racionamiento de alimentos en todo el mundo, el pánico había terminado. Todos tenían la certeza de que recibirían la subsistencia básica. El fanatismo de la guerra había desaparecido a medida que el control racional recuperaba su posición previa a la inflación.

Delante de él, extendida como una lámina de estaño, se encontraba la feria. Había diez edificios de metal, con brillantes letreros de neón, que eran las estructuras principales. Un carril amplio conducía al centro: un cono dentro del cual habían instalado asientos. Allí sería donde se celebrarían las actuaciones principales.

De hecho, ya se podía ver el primer espectáculo familiar. Cussick se abrió paso entre la masa de gente que abarrotaba el lugar. El olor a sudor y tabaco lo envolvió: un olor emocionante. Pasó junto a una familia de trabajadores del campo llenos de mugre, llegó a la barandilla de la primera exhibición de anormalidades y levantó la mirada.

La guerra, con su fuerte radiación y enfermedades de laboratorio, había producido incontables rarezas y fenómenos anormales. Allí, en aquella pequeña feria, habían reunido una gran variedad de ellos.

Justo encima de él había sentado un multihombre, una masa informe de carne y órganos. Las cabezas, los brazos y las piernas se balanceaban levemente; la criatura era un ser de mente débil e indefensa. Afortunadamente, su descendencia sería normal: los multiorganismos no eran verdaderos mutantes.

—Argh —exclamó un ciudadano corpulento y de pelo rizado, horrorizado—. ¿No es horrible?

Otro hombre, delgado y alto, comentó con despreocupación:

—Vi a muchos como este durante la guerra. Quemamos un montón de ellos, una especie de colonia.

El hombre corpulento parpadeó, mordió con fuerza su manzana cubierta de caramelo y se alejó del veterano de guerra. Encabezando a su esposa y sus tres hijos, deambuló junto a Cussick.

—Horrible, ¿no es verdad? —murmuró—. Todos estos monstruos.

—Más o menos —admitió Cussick.

—No sé por qué vengo a estas cosas. —El hombre corpulento señaló a su esposa e hijos, todos ellos comiendo palomitas de maíz y nubes de algodón de azúcar—. Les gusta venir. Las mujeres y los niños vienen para verlos.

—El relativismo dice que tenemos que dejarlos vivir —dijo Cussick.

—Claro —respondió el hombre corpulento mostrándose de acuerdo y asintiendo con énfasis. Se le había quedado un poco de manzana caramelizada pegada al labio superior, y se la limpió con una zarpa pecosa—. Consiguieron sus derechos, igual que todos los demás. Como usted y como yo, señor... También tienen sus vidas.

El veterano de guerra delgado habló desde donde se encontraba, de pie junto a la barandilla.

—Eso no se aplica a las monstruosidades. Solo a la gente.

El hombre corpulento se sonrojó, y contestó agitando con fuerza la manzana caramelizada.

—Señor, tal vez ellos creen que nosotros somos las monstruosidades. ¿Quién decide quién es un bicho raro?

El veterano contestó enojado:

—Yo sé muy bien lo que es un bicho raro. —Miró a Cussick y al hombre corpulento con desagrado—. ¿Usted qué es, un amante de los monstruos? —preguntó desafiante.

El hombre corpulento farfulló y comenzó a hablar de nuevo, pero su esposa lo tomó del brazo y lo arrastró lejos, a la multitud, a las siguientes exhibiciones. Desapareció de la vista sin dejar de protestar. Cussick permaneció frente al veterano de guerra.

—Menudo idiota —dijo el veterano—. Es totalmente contrario al sentido común. Se ve claramente que son monstruos. ¡Dios, por eso están aquí!

—Sin embargo, tiene razón —señaló Cussick—. La ley le da a cualquiera el derecho de vivir como le plazca. El relativismo dice...

—Pues a la mierda con el relativismo. ¿Luchamos en una guerra, vencimos a los judíos, a los ateos y a los rojos para que la gente pueda ser el tipo de monstruo que le dé la gana? ¿Es que se cree cualquier estupidez intelectualoide?

—Nadie le ganó a nadie —respondió Cussick—. Nadie ganó la guerra.

Un pequeño grupo de personas se había detenido a escucharlos. El veterano se dio cuenta. De repente, la furia de sus ojos se desvaneció y la mirada se le volvió vidriosa. Soltó un gruñido, lanzó una última mirada hostil a Cussick y se perdió entre la multitud. Decepcionada, la gente siguió adelante.

El siguiente monstruo era en parte humano en parte animal. En algún momento se produjo un apareamiento entre especies; sin duda, el hecho se perdió en las sombras de la pesadilla de la guerra. Mientras miraba hacia arriba, Cussick trató de determinar qué habían sido los progenitores originales; uno, sin duda, había sido un caballo. Aquel monstruo, con toda probabilidad, era falso, con injertos artificiales, pero a la vista era convincente. Durante la guerra surgieron intrincadas leyendas de procreación entre humanos y animales, relatos exagerados de seres humanos puros que mantuvieron relaciones eróticas degeneradas entre mujeres y bestias.

Había bebés con muchas cabezas, una característica bastante común. Pasó por delante de la habitual escena de parásitos que viven en huéspedes hermanos. Los monstruos humanoides con plumas, escamas, colas y alas chirriaban y revoloteaban por todos lados: rarezas infinitas de genes devastados. Personas con órganos internos situados fuera de la pared dérmica; monstruos sin ojos, sin rostro, incluso sin cabeza; monstruos con extremidades enfermizamente dimensionadas y alargadas y con múltiples articulaciones; criaturas de aspecto triste asomándose desde dentro de otras criaturas. Un panorama grotesco de organismos malformados: callejones sin salida que no dejarían descendencia, monstruos que sobrevivían exhibiendo sus cualidades monstruosas.

En la zona principal, los animadores estaban comenzando sus actuaciones. No eran simples fenómenos monstruosos, sino artistas legítimos con habilidades y talentos. No se exhibían a ellos mismos, sino más bien sus capacidades inusuales. Bailarines, acróbatas, malabaristas, tragafuegos, luchadores, duelistas, domadores de animales, payasos, jinetes, buceadores, forzudos, magos, adivinos, muchachas bonitas... Características que habían sobrevivido a lo largo de miles de años. No había nada nuevo; solo aquellas anomalías eran nuevas. La guerra había producido nuevos monstruos, pero no nuevas habilidades.

O eso pensaba. Pero aún no había visto a Jones. Nadie lo había hecho; era demasiado pronto. El mundo seguía reconstruyéndose, levantándose de nuevo. Su momento no había llegado todavía.

A su izquierda brillaba y parpadeaba el llamativo despliegue de una exposición de chicas. Con cierto interés espontáneo, Cussick se dejó llevar por la multitud.

Cuatro chicas holgazaneaban sobre el entarimado, con los cuerpos lacios por el aburrimiento. Una se estaba recortando las uñas con unas tijeras; las otras miraban distraídamente a la multitud de hombres que tenían debajo. Las cuatro estaban desnudas, por supuesto. Bajo la débil luz del sol, su carne brillaba de un modo tenuemente luminoso, aceitosa, de un color rosa pálido, suave. El presentador parloteaba de un modo metálico por el altavoz; su voz amplificaba tronaba en un barboteo de ruido confuso. Nadie le prestaba atención; los que estaban interesados no dejaban de mirar a las chicas. Detrás de ellas había una construcción de hojalata tras cuyas puertas se llevaba a cabo el espectáculo en sí.

—Eh —dijo una de las chicas.

Sorprendido, Cussick se dio cuenta de que le estaba hablando a él.

—¿Qué? —le respondió lleno de nerviosismo.

—¿Qué hora es? —le preguntó la chica.

Cussick se apresuró a mirar su reloj de pulsera.

—Las once y media.

La chica se salió de la fila y se acercó al borde del entarimado.

—¿Tienes un pitillo? —le pidió.

Cussick rebuscó en el bolsillo y le ofreció su paquete.

—Gracias.

La muchacha se agachó con los senos balanceándose y cogió uno. Después de una pausa incierta, Cussick alzó su mechero y se lo encendió. Ella le sonrió. Era una mujer pequeña y muy joven, de cabello y ojos castaños, piernas delgadas pálidas y ligeramente cubiertas de sudor.

—¿Vienes a ver el espectáculo? —quiso saber.

Cussick no tenía la intención de hacerlo.

—No.

Los labios de la chica se unieron formando un mohín definitivamente falso.

—¿No? ¿Por qué no? —Las personas cercanas los miraban con diversión—. ¿No te interesa? ¿Eres uno de... esos?

Los que estaban alrededor de Cussick soltaron algunas risitas y sonrieron. Comenzó a sentirse avergonzado.

—Eres guapo —dijo la chica perezosamente. Se sentó en cuclillas, con el cigarrillo entre los labios rojos, los brazos descansando sobre las rodillas desnudas y huesudas—. ¿No tienes cincuenta dólares? ¿No puedes pagarlo?

—No —respondió Cussick, irritado—. No puedo pagarlo.

—Oooh. —La chica extendió una mano y le revolvió el cabello cuidadosamente peinado en un gesto de decepción fingida—. Qué mal. Tal vez lo haré gratis para ti. ¿Te gustaría? ¿Quieres estar conmigo gratis? —Guiñando un ojo, le ofreció la punta de una lengua rosa—. Puedo enseñarte mucho. Te sorprenderían las técnicas que conozco.

—Pasa el sombrero —dijo un hombre calvo y sudoroso que estaba a la derecha de Cussick riendo entre dientes—. Oye, hagamos una colecta para este joven.

Hubo un revuelo general de risas, y unos cuantos lanzaron monedas de cinco dólares hacia él.

—¿No te gusto? —le preguntó la chica, inclinándose hacia él, con una mano apoyada en su cuello—. ¿Crees que no podrías? —Siguió murmurando, con la voz cargada de persuasión y provocación—. Apuesto a que sí podrías.

Y todas estas personas también piensan que podrías. Van a mirar. No te preocupes, te mostraré cómo. —De repente, ella lo agarró con fuerza de la oreja—. Tú ven aquí arriba y mamá les enseñará a todos lo que sabe hacer.

Un rugido de júbilo estalló entre la multitud, y Cussick fue empujado hacia delante y luego lo levantaron. La chica le soltó la oreja y lo cogió de las dos manos para agarrarlo; en ese momento, Cussick se soltó y cayó de nuevo entre la multitud. Después de un breve momento de empujones y carreras, se detuvo más allá de la multitud, jadeando, tratando de recolocarse el abrigo... y recuperar la compostura.

Nadie le estaba prestando atención, así que comenzó a caminar sin rumbo fijo, con las manos en los bolsillos, con la mayor despreocupación posible. La gente se movía por todos lados, la mayoría dirigiéndose hacia las exhibiciones principales y el área central. Esquivó con cuidado el flujo de personas; su mejor opción eran las exposiciones periféricas, lugares abiertos donde se podía distribuir literatura y hacer discursos, pequeñas reuniones alrededor de un solo orador. Se preguntó si el flaco veterano de guerra era un fanático; tal vez había adivinado que Cussick era policía.

La exhibición de chicas había sido una especie de tierra de nadie entre los monstruos y los talentos. Más allá del escenario de las jóvenes estaba el puesto del primer adivino, uno de varios.

—Son charlatanes —le comentó el hombre corpulento de cabellos rizados; que estaba de pie con su familia junto a un puesto de lanzamiento de dardos, con un puñado de ellos en la mano, tratando de ganar un jamón curado de diez kilos—. Nadie puede leer el futuro; eso es para tontos.

Cussick sonrió.

—Así que es un jamón de diez kilos. Probablemente esté hecho de cera.

—Voy a ganar este jamón —afirmó el hombre con afabilidad. Su esposa no dijo nada, pero sus hijos mostraron una clara confianza en su padre—. Voy a llevármelo a casa esta misma noche.

—Tal vez me leerán el futuro —comentó Cussick.

—Buena suerte, señor —dijo el hombre de cabellos rizados con cierto tono de conmiseración.

Se volvió hacia la diana. Era un gran telón de fondo gastado que representaba los nueve planetas, cubierto de inacabables tiros fallidos. En el centro, una increíblemente diminuta Tierra seguía sin agujeros, aún virgen. El corpulento hombre de cabellos rizados echó hacia atrás el brazo y lanzó el dardo, que, atraído por un imán oculto que desviaba los tiros, falló a la Tierra y clavó su punta de acero en el espacio vacío un poco más allá de Ganimedes.

En la primera cabina de adivinación, una anciana morena y gorda estaba acurrucada sobre una mesa baja sobre la que había dispuesto un objeto atemporal: un globo translúcido. Unas pocas personas estaban alineadas en el escenario, un poco apretadas entre las colgaduras, a la espera de pagar sus veinte dólares. Un deslumbrante letrero de neón anunciaba:

SU DESTINO LEÍDO POR
MADAME LULU CARIMA-ZELDA
CONOZCA EL FUTURO
ESTÉ PREPARADO PARA TODOS LOS VATICINIOS

No iba a encontrar nada allí. La anciana murmuraba la rutina tradicional, procurando satisfacer a las mujeres de mediana edad que esperaban en la fila. Pero al lado del puesto de Madame Lulu Carima-Zelda había un segundo puesto, destartalado y al que nadie hacía caso. Allí aguardaba sentado un segundo adivino de algún tipo. Sin embargo, la brillante y flagrante puesta en escena del tenderete de Madame Carima-Zelda se había desvanecido; el nimbo resplandeciente moría en la tenebrosa oscuridad. Cussick ya no caminaba a través de las cambiantes luces fluorescentes artificiales; se había detenido en una zona gris de penumbra entre mundos chillones.

En la plataforma desierta había un muchacho, no mucho mayor que él, tal vez un poco más joven. Su letrero intrigó a Cussick.

EL FUTURO DE LA HUMANIDAD
(NO SE ADIVINAN DESTINOS PERSONALES)

Cussick se quedó estudiando al joven durante unos momentos. Estaba muy encorvado y no paraba de fumar mirando al vacío. Nadie esperaba para conocer el destino de la humanidad; todos pasaban de largo por delante de su puesto. Su rostro mostraba una barba de varios días; era un rostro extraño, hinchado y de color rojo oscuro, con una frente abultada, unas gafas con montura de acero y unos labios carnosos como los de un niño. Parpadeó con rapidez, le dio una calada a su cigarrillo y se remangó con movimientos bruscos. Sus brazos eran pálidos y delgados. Era una figura hosca, sentada a solas en una plataforma vacía.

«No se adivinan destinos personales.» Un extraño cartel para una feria como aquella; nadie estaba interesado en destinos abstractos, destinos grupales. Parecía que el adivino no era muy bueno; el cartel implicaba generalidades vagas. Pero Cussick estaba interesado. El individuo ya parecía poca cosa antes de comenzar, y a pesar de ello, allí seguía sentado. Después

de todo, la adivinación consistía en un noventa y nueve por ciento de habilidad para el espectáculo y el resto eran conjeturas astutas. En una feria podía utilizar los recursos tradicionales para ello. ¿Por qué había elegido aquel enfoque tan poco convencional? Era algo deliberado, obviamente. Toda la silueta de ese cuerpo encorvado y feo mostraba que el hombre tenía la intención de aguantar, que había aguantado, y Dios sabía durante cuánto tiempo llevaba haciéndolo. El cartel estaba en mal estado y con desconchones. Tal vez habían pasado años.

Era Jones. Pero en ese momento, por supuesto, Cussick no lo sabía.

Ahuecó las manos y se inclinó hacia la plataforma para luego gritar:

—Oiga.

Tras un momento, el joven volvió la cabeza y le devolvió la mirada a Cussick. Tenía unos ojos grises, pequeños y fríos detrás de las gruesas gafas. Parpadeó y siguió mirándolo, sin hablar, sin moverse. En la mesa, sus dedos tamborileaban sin parar.

—¿Por qué? —quiso saber Cussick—. ¿Por qué no adivina destinos personales?

El joven no respondió. Su mirada se fue apagando poco a poco; giró la cabeza y volvió a mirar la mesa, sin verla, en realidad.

No había dudas al respecto: aquel muchacho no tenía ningún gancho, ningún reclamo. Algo andaba mal; estaba fuera de lugar. Los otros presentadores de los distintos espectáculos no dejaban de pregonar, de gritar, sacándolo todo (a menudo literalmente) para llamar la atención, pero aquel muchacho simplemente estaba sentado y miraba. No intentaba nada para conseguir clientes; y no tenía ninguno. Entonces, ¿por qué estaba allí?

Cussick vaciló. No parecía un buen lugar para fisgonear; de hecho, estaba perdiendo el tiempo del gobierno. Pero le había picado la curiosidad. Percibía un misterio y no le gustaban los misterios. Creía de forma optimista que las cosas se debían resolver; le gustaba que el universo tuviera sentido. Y aquello desafiaba de un modo flagrante al sentido común.

Subió los escalones y se acercó al joven.

—Está bien —dijo—. Veamos qué tiene que decir.

Los peldaños se hundieron con cada paso al subirlos; era una plataforma desvencijada, inestable e insegura. Cuando se sentó frente al joven, la silla gimió bajo su peso. Al encontrarse más cerca, se fijó en que la piel del joven estaba moteada con manchas de un color intenso que quizá eran injertos. ¿Lo habrían herido en la guerra? Un leve olor a medicina flotaba a su alrededor, lo que sugería un tratamiento para su frágil cuerpo. Tenía el cabello enredado

sobre la cúpula de su frente y la ropa le colgaba formando pliegues sobre su nudoso cuerpo. Estaba mirando a Cussick, a quien evaluaba y estudiaba con cautela.

Pero sin miedo. Había una tosca crudeza en él, un movimiento incierto de su cuerpo demacrado. Sin embargo, sus ojos eran duros e inflexibles. Era desmañado, pero no tenía miedo. Cussick no se enfrentaba a una personalidad débil; era un joven franco y decidido. La propia fanfarronería alegre de Cussick se desvaneció; de repente sintió aprensión. Había perdido la iniciativa.

—Veinte dólares —dijo Jones.

Cussick rebuscó con torpeza en su bolsillo.

—¿Para qué? ¿Qué recibiré a cambio?

Tras un momento, Jones se lo explicó:

—¿Ve eso? —Señaló una rueda sobre la mesa. Tiró de una palanca y la activó; la manecilla de la rueda giró lentamente, acompañada de un rítmico chasquido metálico. La rueda estaba dividida en cuatro cuartos—. Tiene ciento veinte segundos. Pregunte lo que quiera. Luego se le acabará el tiempo.

Tomó el dinero y lo dejó caer en el bolsillo de su abrigo.

—¿Preguntar? —dijo Cussick con voz ronca—. ¿Sobre qué?

—El futuro.

Había desprecio en la voz del joven, evidente, sin disimulos. Era obvio. Por supuesto, el futuro. ¿Qué más podía ser? Sus dedos delgados y nudosos tamborilearon con impaciencia. Y la rueda seguía su marcha.

—Pero ¿nada personal? —insistió Cussick—. ¿Nada sobre mí?

Jones replicó con los labios crispados en un gesto espasmódico.

—Por supuesto que no. Usted no es una entidad. Usted no cuenta.

Cussick parpadeó. Avergonzado y sintiendo que las orejas le comenzaban a arder, respondió con toda la tranquilidad que pudo:

—Tal vez esté equivocado. Tal vez yo sea alguien.

Pensó frenéticamente. ¿Qué diría aquella rareza si supiera que se enfrentaba a un hombre del servicio secreto del Fedgov? Tenía en la punta de la lengua soltárselo iracundo, revelar su identidad en defensa propia. Eso, por supuesto, haría que lo expulsaran de Seguridad, pero se sentía acosado e inseguro.

—Ya solo le quedan noventa segundos —le notificó Jones desapasionadamente. Un momento después, su voz ronca y hosca adquirió algo de sentimiento—. ¡Por Dios, pregunte algo! ¿No quiere saber nada? ¿No siente curiosidad?

Cussick se pasó la lengua por los labios.

—Bueno... ¿qué depara el futuro? ¿Qué va a pasar?

Disgustado, Jones negó con la cabeza. Suspiró y apagó el cigarrillo. Durante un momento le pareció que no iba a responder. Se quedó concentrado en la colilla aplastada que tenía bajo la suela del zapato. Luego se enderezó y dijo con cuidado:

—Preguntas específicas. ¿Quiere que se me ocurra una por usted? Está bien, lo haré. Pregunta: ¿quién será el próximo presidente del Consejo? Respuesta: el candidato nacionalista, un individuo trivial llamado Ernest T. Saunders.

—¡Pero los nacionalistas no son un partido! ¡Son un grupo religioso escindido!

Jones, sin hacerle caso, continuó:

—Pregunta: ¿qué son los derivados? Respuesta: unos seres de más allá del sistema solar, de origen desconocido, de naturaleza desconocida.

Desconcertado, Cussick vaciló.

—¿Desconocido hasta qué fecha? —preguntó. Sacó valor y siguió inquiriendo—. ¿Hasta cuándo puede ver?

Jones contestó sin ninguna inflexión concreta en la voz.

—Puedo ver sin error en un lapso de un año. Después de eso, se desvanece. Puedo ver acontecimientos importantes, pero los detalles específicos son vagos y no obtengo nada en absoluto. Hasta donde puedo ver en el futuro, se desconoce el origen de los derivados. —Miró a Cussick un momento antes de agregar—: Los menciono porque van a ser el gran problema a partir de ahora.

—Ya lo son —dijo Cussick al recordar los últimos titulares sensacionalistas de la prensa amarilla: «Escuadrones de naves desconocidas detectados por las patrullas extraplanetarias»—. ¿Dice que son seres vivos? ¿No naves? No lo entiendo... ¿Quiere decir que lo que hemos visto son criaturas vivas, no sus construcciones artificiales...?

—Vivos, sí —lo interrumpió Jones con impaciencia, casi febrilmente—. Pero el Fedgov ya lo sabe. En este mismo momento, en los niveles más altos, disponen de informes detallados. Esos informes saldrán dentro de unas pocas semanas; los cabrones los están reteniendo antes de darlos a conocer al público. Un explorador que regresaba de Urano trajo un derivado muerto.

De repente, la rueda dejó de soltar chasquidos y Jones se dejó caer en su silla, cesando su flujo de agitada verborrea.

—Se acabó su tiempo —anunció—. Si quiere saber algo más, serán otros veinte dólares.

Aturdido, Cussick se alejó de él, bajó los escalones y salió de la plataforma.

—No, gracias —murmuró—. Es más que suficiente.

3

A las cuatro en punto, el coche de la policía lo recogió y lo llevó de vuelta a Baltimore. Cussick estaba enfurecido. Encendió un cigarrillo con movimientos nerviosos, lo apagó y enseguida encendió otro. Quizá tenía algo; quizá no. Las instalaciones del servicio secreto de Baltimore se alzaban como un enorme cubo de hormigón sobre la superficie terrestre, a unos dos kilómetros de la ciudad. Alrededor del cubo sobresalían elementos metálicos, unos grupos de construcciones cuadrangulares que en realidad eran las bocas de entrada a elaborados túneles del subsuelo. En el cielo azul de la primavera revoloteaban de forma perezosa algunas minas robot de intercepción aérea. El coche de policía redujo la velocidad al llegar al primer puesto de control; los guardias, que empuñaban ametralladoras y llevaban granadas que se balanceaban en sus cinturones, paseaban tranquilamente; sus cascos de acero centelleaban bajo el sol.

Una inspección ordinaria. Permitieron el paso del coche, que siguió su camino a lo largo de una rampa hasta llegar a la zona de recepción. Cussick se bajó en aquel punto y el automóvil entró en el garaje, y entonces se encontró solo frente a la rampa de ascenso, con la mente todavía llena de agitación. ¿Cómo se suponía que debía evaluar lo que había vivido?

Antes de presentar su informe al director de seguridad Pearson, se dirigió a uno de los niveles pedagógicos. Un momento después, se encontraba en la oficina rebotante de actividad de su instructor político superior.

Max Kaminski estaba examinando concienzudamente los papeles amontonados sobre su escritorio. Tardó un poco antes de notar la presencia a Cussick.

—Ha vuelto el marinero —comentó antes de volver con rapidez al trabajo—. Ha vuelto del mar; y el cazador también, ya puestos. ¿Qué has atrapado en las colinas esta bonita tarde de abril?

—Quería preguntar algo —dijo Cussick con torpeza—. Antes de presentar mi informe.

El hombre rechoncho y de cara redonda, con su espeso bigote y su arrugada frente, lo había entrenado; y técnicamente Cussick ya no estaba bajo la jurisdicción de Kaminski, pero aun así acudía en busca de consejo.

—Conozco la ley... pero mucho depende de la evaluación personal. Creo que he encontrado un incumplimiento de estatuto, pero no estoy seguro de cuál de ellos.

—Bueno —dijo Kaminski, dejando la pluma estilográfica sobre la mesa, quitándose las gafas y entrecruzando sus dedos carnosos—, como sabes, los incumplimientos se dividen en tres clasificaciones principales. Todo está basado en el *Manual de Relativismo* de Hoff. Sé que eso ya lo sabes. —Tocó el familiar libro encuadernado en azul que tenía en el borde de su escritorio—. Léete tu ejemplar otra vez.

—Me lo sé de memoria —respondió Cussick con impaciencia—, pero todavía estoy confundido. El individuo en cuestión no está afirmando un gusto personal por las declaraciones de hecho; está haciendo una declaración de hecho sobre cosas que no se pueden conocer.

—¿En concreto?

—Sobre el futuro. Afirma que sabe lo que sucederá el año que viene.

—¿Predicción?

—Profecía —lo corrigió Cussick—. Si entiendo la distinción. Y afirmo que la profecía es autocontradictoria. Nadie puede tener un conocimiento absoluto sobre el futuro. Por definición, el futuro no ha sucedido. Y si existiera ese conocimiento, cambiaría el futuro, lo que haría que el conocimiento en sí quedara invalidado.

—¿Quién ha sido, un adivino en alguna feria?

Cussick se sonrojó.

—Sí.

El bigote del anciano se estremeció bajo la mueca de enojo.

—¿Y vas a informar de eso? ¿Vas a recomendar que se actúe contra un simple comediante que trata de ganar unos pocos dólares leyendo las palmas de la mano en un circo ambulante? Los chavales demasiado entusiastas como tú... ¿No entiendes lo grave que es esto? ¿No sabes lo que significa una condena? La pérdida de los derechos civiles, el confinamiento en un campo de trabajos forzados... —Negó con la cabeza—. Para dar una buena impresión a tus superiores, algún adivino inofensivo acabará sentado en el banquillo.

Cussick contestó con una dignidad controlada:

—Pero creo que es un incumplimiento de la ley.

—Todos incumplen la ley. Cuando digo que las aceitunas tienen un sabor terrible, técnicamente estoy incumpliendo la ley. Cuando alguien dice que los perros son el mejor amigo del hombre, es ilegal. Ocurre continuamente, ¡y no estamos interesados en nada eso!

Pearson había entrado en la oficina.

—¿Qué está pasando? —exigió saber con voz irritada, alto y severo con su uniforme marrón de policía.

—Nuestro joven amigo aquí presente ha traído una presa —dijo Kaminski con acritud—. Ha ido a una feria ambulante y ha descubierto... a un adivino.

Cussick se vovió hacia Pearson y trató de explicarse.

—No es un adivino corriente. Había uno de esos, también. —Al darse cuenta de que murmuraba con voz ronca, con torpeza, se apresuró a continuar —: Creo que ese individuo es un mutante, un precognito de alguna clase. Dice conocer la historia del futuro; afirmaba que alguien llamado Saunders será el próximo presidente del Consejo.

—Nunca he oído hablar de él —comentó Pearson, nada impresionado.

—También me dijo que resulta que los derivos son en realidad criaturas vivas, no naves. Y que eso es algo que ahora mismo es conocido en los niveles altos de la administración.

Una expresión extraña cruzó el rostro inflexible de Pearson. Kaminski dejó de escribir bruscamente.

—¿Cómo? —exclamó Pearson en voz baja.

—Me dijo que los derivos van a ser el mayor problema el año que viene —añadió Cussick—. El asunto más importante.

Ni Pearson ni Kaminski dijeron nada. No tenían que hacerlo; Cussick lo veía en sus caras. Había dicho lo que quería decir. Había proporcionado todas las pruebas que necesitaban.

Jones estaba a punto de ser conocido.

4

Como consecuencia inmediata, a Floyd Jones lo sometieron a vigilancia. Aquella medida provisional continuó durante un período de siete meses. En noviembre de 1995, el candidato anodino y sin complicaciones del extremista Partido Nacionalista apareció y ganó las elecciones generales al Consejo. A las veinticuatro horas del momento en que Ernest T. Saunders juró su cargo, Jones fue arrestado de forma discreta.

En ese medio año, Cussick había perdido la mayor parte de su redondez juvenil. Su rostro era más firme y más viejo. Pensaba más y hablaba menos. Y había adquirido experiencia como agente del servicio secreto.

En junio de 1995, lo transfirieron a la región danesa. Allí conoció a una chica bonita, rolliza y muy independiente que trabajaba en el departamento de arte de un centro de información del Fedgov. Nina Longstren era la hija de un arquitecto influyente; su familia era rica, culta y socialmente destacada. Incluso después de casarse oficialmente, Cussick todavía se sentía intimidado por ella.

Las órdenes de la oficina de policía de Baltimore le llegaron mientras él y Nina estaban redecorando su apartamento. Le llevó cierto tiempo encontrar una manera de plantear el asunto; estaban justo en mitad de la tarea de pintar la casa.

—Cariño, vamos a tener que salir pitando.

Nina no respondió durante unos momentos. Estaba estudiando atentamente las cartas de colores, con los codos apoyados en la mesa de la sala de estar y las manos entrelazadas bajo la barbilla.

—¿Qué? —murmuró distraída. La sala de estar era un caos de creatividad, con cubos de pintura, rodillos y aerosoles por todas partes. Los muebles estaban cubiertos con láminas de plástico salpicadas de pintura. En la cocina y los dormitorios había montones de electrodomésticos, ropa, muebles y regalos de boda todavía envueltos—. Lo siento... no te estaba escuchando.

Cussick se acercó y le sacó las muestras de colores de debajo de los codos deslizándolas suavemente para quitarlas de la vista.

—Órdenes de arriba. Tengo que volar de regreso a Baltimore... Están preparando un caso contra ese tipo, Jones. Se supone que debo estar allí.

—Oh —dijo Nina débilmente—. Ya veo.

—No debería llevar más de un par de días. Puedes quedarte aquí, si quieres. —Lo cierto era que no deseaba que ella se quedara atrás; solo llevaban casados una semana: técnicamente estaban de luna de miel—. Nos pagarán los gastos de viaje a los dos, Pearson lo menciona.

—No parece que tengamos elección, ¿verdad? —repuso Nina con tristeza. Se levantó de la mesa y comenzó a reunir las diferentes cartas de colores—. Creo que deberíamos ponerle la tapa a las latas de pintura.

Apesadumbrada, comenzó a llenar de trementina una lata con pinceles. Tenía un resto de color verdemar seco en la mejilla izquierda. Probablemente se había manchado cuando se llevó la mano a la cara para retirar un mechón de su largo cabello rubio. Cussick tomó un trapo, humedeció una punta en la trementina y le limpió escrupulosamente la mancha.

—Gracias —dijo Nina con tristeza cuando terminó—. ¿Cuándo tenemos que irnos? ¿Ahora mismo?

Examinó su reloj.

—Será mejor que lleguemos a Baltimore por la tarde; ya lo han detenido. Eso significa que debemos tomar el barco de las ocho y media en Copenhague.

—Iré a bañarme —respondió Nina obedientemente—. Y a cambiarme. Y tú también deberías. —Le frotó la barbilla con ojo crítico—. Y afeitarte.

Él se mostró de acuerdo.

—Lo que quieras.

—¿Te pondrás tu traje gris claro?

—Tengo que vestir de marrón. Recuerda, esto es por trabajo. Durante las próximas doce horas vuelvo al trabajo.

—¿Eso significa que tenemos que ser solemnes y serios?

Él se echó a reír.

—No, claro que no. Pero esto me preocupa.

Nina le hizo un mohín con la nariz.

—Preocúpate tú entonces, pero no esperes que yo lo haga. Tengo otras cosas en las que pensar... ¿Te das cuenta de que no conseguiremos que este lugar esté listo hasta la semana que viene?

—Podríamos hacer que vinieran un par de operarios para terminar el trabajo.

—Oh, no —replicó Nina con énfasis. Desapareció en el baño, abrió el agua caliente de la bañera y regresó a la sala de estar. Se quitó los zapatos y comenzó a desvestirse—. Estamos haciendo esto con nuestras propias manos. No quiero a uno de esos vagabundos arruinados en este apartamento. Esto no es un trabajo, esto es... —Buscó las palabras mientras se sacaba el suéter por la cabeza—. Esto es nuestra vida juntos.

—Bueno, yo era uno de esos vagabundos arruinados hasta que me uní a Seguridad —replicó Cussick en tono seco—. Pero de ti depende. Me gusta pintar. Me da igual una cosa que otra.

—Debería importarte —contestó Nina críticamente—. Me da igual lo que cueste, voy a despertar alguna clase de sensibilidad artística en tu alma burguesa.

—No digas que debería importarme. Eso es un delito contra el relativismo. A ti te puede importar todo lo que quieras, pero no me digas que a mí también me tiene que importar.

Nina se echó a reír, se acercó a él y lo abrazó.

—Eres un pomposo tremendo. Te lo tomas todo tan en serio... ¿Qué voy a hacer contigo?

—No lo sé —admitió Cussick frunciendo el ceño—. ¿Qué vamos a hacer con todos nosotros?

—Esto realmente te inquieta —comentó Nina mirándolo a la cara, y en sus ojos azules apareció una mirada preocupada y seria.

Cussick se alejó de ella y comenzó a recoger los montones de periódicos diseminados por todo el apartamento. Nina lo observó, callada y dolida, con los pantalones cubiertos de manchas de pintura y su nuevo sostén de nailon, los pies descalzos y el cabello rubio cayendo desmayadamente sobre sus suaves hombros.

—¿Puedes decirme algo al respecto? —preguntó al cabo de un momento.

—Claro —asintió Cussick. Rebuscó entre los periódicos, sacó uno, lo dobló y se lo entregó—. Puedes leer sobre todo eso mientras te bañas.

El artículo era largo e importante.

PRESBITERO ATRAE MULTITUDES.
NUEVAS PRUEBAS DE UN RESURGIMIENTO
RELIGIOSO MUNDIAL

Los ciudadanos acuden en masa para escuchar al presbítero hablar de las calamidades que se avecinan. La

infiltración de las formas de vida alienígenas predichas en detalle.

Debajo había una foto de Jones, pero ya no estaba sentado en una plataforma en un espectáculo de poca importancia. Mostraba a un presbítero ordenado, que vestía una levita negra raída y zapatos negros más o menos deslustrados, un predicador itinerante que vagaba por el campo arengando a multitudes de gente rústica. Nina lo miró un momento, leyó algunas palabras, volvió a mirar la imagen y luego, sin decir una palabra, dio media vuelta y corrió al baño para cerrar el agua. No le devolvió el periódico. Cuando volvió a aparecer, diez minutos más tarde, no lo llevaba con ella.

—¿Qué hiciste con él? —quiso saber Cussick con curiosidad.

Había dejado bastante bien arreglada la estancia y comenzado a preparar su maleta.

—¿Con el periódico? —Luminosa y humeante por el baño, Nina comenzó a buscar en el vestidor ropa limpia—. Lo leeré después. Ahora mismo lo que tenemos que hacer es preparar las maletas.

—En realidad, no te importa nada —dijo Cussick irritado.

—¿El qué?

—El trabajo que hago. Todo este sistema.

—Cariño, no es de mi incumbencia. —Luego, con aspereza, añadió—: Después de todo, se supone que es un secreto... No quiero entrometerme.

—Escúchame bien —le dijo en voz baja. Se le acercó y le levantó la barbilla hasta que ella tuvo que mirarlo a los ojos—. Cariño, sabías a lo que me dedicaba antes de casarte conmigo. No es el momento de desaprobarme mi trabajo.

Se miraron desafiantes durante unos momentos. Luego, con un rápido movimiento de la mano, Nina tomó un atomizador de perfume del tocador y le echó un poco en la cara.

—Ve a afeitarte y a ducharte —le ordenó—. Y, por el amor de Dios, ponte una camisa limpia, hay un cajón lleno de ellas. No quiero que me hagas pasar vergüenza.

Debajo de la aeronave se extendía la enormidad azul e insípida del Atlántico. Cussick mantuvo el entrecejo fruncido mientras lo observaba, y luego trató de interesarse por la pantalla del televisor situado en el respaldo del asiento que tenía frente a él. A su derecha, al lado de la ventana, vestida con un costoso traje de lana hecho a mano, Nina estaba sentada leyendo un ejemplar del

London Times y mordisqueando con delicadeza una chocolatina con menta suiza muy fina.

Cussick sacó con desgana sus órdenes y comenzó a repasar el material adjunto. Jones había sido arrestado a las cuatro y media de la madrugada en el sur de Illinois, cerca de una ciudad llamada Pinckneyville. No había ofrecido resistencia mientras la policía lo arrastraba fuera de su choza de madera, descrita técnicamente como su «iglesia». En esos momentos, estaba bajo arresto en el centro principal de procesamiento de Baltimore. Presumiblemente, la oficina del fiscal general del Fedgov ya había redactado un informe; la declaración de culpabilidad era una cuestión de rutina. Había la necesidad de una aparición en el Tribunal Público, y la sentencia real...

—Me pregunto si me recordará —dijo Cussick en voz alta.

Nina bajó su periódico.

—¿Qué? Lo siento, cariño, estaba leyendo el artículo sobre la nave exploradora que estuvo posada en Neptuno durante un mes y tres días. Dios, debe de ser horrible estar ahí. Todos esos planetas helados, sin aire ni luz, solo roca muerta.

—Son inútiles —confirmó Cussick con voz irritada—. Explorarlos es un desperdicio del dinero de los contribuyentes.

Dobló sus órdenes y se las guardó en el bolsillo del abrigo.

—¿Cómo es Jones? —quiso saber Nina—. ¿Es ese de quien me hablaste, el que se ganaba la vida como adivino?

—Es él.

—¿Y finalmente llegaron a arrestarlo?

—No es tan fácil.

—Pensé que todo estaba arreglado. Pensé que podíais detener a cualquiera.

—Podemos, pero no queremos. Solo lo hacemos con aquellas personas que parecen ser peligrosas. ¿Crees que arrestaría al primo de tu hermano porque va por ahí diciendo que los cuartetos de Beethoven es la única música que vale la pena escuchar?

—Sabes... —dijo Nina con cierta desgana— no recuerdo nada de lo que leí en el libro de Hoff. Lo estudiamos en la escuela, por supuesto. Era texto obligatorio en Sociología. Es que no veo que me interese el relativismo... y ahora aquí estoy, casada con un... —añadió con voz despreocupada mientras miraba a su alrededor—. Creo que no debería decirlo. Todavía no me he podido acostumbrar a este secreto clandestino.

—Es por una buena causa —le explicó Cussick.

Nina suspiró.

—Ojalá trabajaras en otra cosa. En el negocio de los cordones. O incluso en postales pornográficas. Cualquiera cosa de la que puedas sentirte orgulloso.

—Me siento orgulloso de esto.

—¿Sí? ¿De verdad?

—Soy el perrero de la ciudad —dijo Cussick con voz seria—. A nadie le gusta el perrero. Los niños pequeños rezan para que un rayo mate al perrero. Soy el dentista. Soy el recaudador de impuestos. Soy todos los hombres inflexibles que aparecen con carpetas de papel blanco para citar a la gente a un juicio. No lo sabía hace siete meses. Ahora lo sé.

—Pero todavía estás en el servicio secreto.

—Sí —le confirmó Cussick—. Todavía lo estoy. Y probablemente lo estaré el resto de mi vida.

Nina vaciló.

—¿Por qué?

—Porque la seguridad es el menor de dos males. He dicho males, pero, por supuesto, tú y yo sabemos que no existe el mal. Un vaso de cerveza es malo a las seis de la mañana. Un plato de gachas parece un infierno a las ocho de la noche. Para mí, el espectáculo de los demagogos que matan a millones de personas destruyendo el mundo con guerras santas y derramamiento de sangre, o derribando naciones enteras por implantar alguna «verdad» religiosa o política es... —Se encogió de hombros—. Repugnante. Inmundo. Comunismo, fascismo, sionismo: son las opiniones de individuos absolutistas impuestas a la fuerza en continentes enteros. Y no tiene nada que ver con la sinceridad del líder. O de los seguidores. El hecho de que lo crean lo hace todavía más repugnante. El hecho de que podrían matarse unos a otros y morir voluntariamente por verbalismos sin sentido... —Se interrumpió de nuevo—. Ya ves los equipos de reconstrucción; sabes que tendremos suerte si alguna vez nos reconstruimos.

—Pero la policía secreta... parece tan despiadada y, bueno... y cínica.

Cussick asintió.

—Supongo que el relativismo es cínico. Seguramente no es idealista. Es el resultado de ser asesinado y herido y empobrecido y de tener un trabajo duro por culpa de unas palabras vacías. Es la consecuencia de generaciones gritando consignas, marchando con palas y pistolas, entonando himnos patrióticos, cantando y saludando el paso de banderas.

—Pero los metemos en la cárcel. A esas personas que no están de acuerdo con vosotros, no las dejáis estar en desacuerdo con vosotros... como ese

presbítero Jones.

—Jones puede estar en desacuerdo con nosotros. Jones puede creer todo lo que quiera. Él puede creer que la Tierra es plana, que Dios es una cebolla, que los bebés nacen en bolsas de celofán. Puede tener cualquier opinión que quiera, pero una vez que comienza a venderla como la verdad absoluta...

—Entonces lo metéis en prisión —dijo Nina interrumpiéndolo.

—No —la corrigió Cussick—. Entonces es cuando aparecemos nosotros y le decimos simplemente: «Muestra tus cartas o cállate. Demuéstrame lo que estás diciendo. Si quieres decir que los judíos son la raíz de todo mal, demuéstralo. Puedes decirlo si puedes respaldarlo. De lo contrario, al campo de trabajo».

—Es... —Nina sonrió levemente—. Es un asunto difícil.

—Claro que lo es.

—Si me ves bebiendo cianuro a través de una pajita, no puedes decirme que no lo haga. Soy libre de envenenarme a mí misma —dijo Nina.

—Puedo decirte que lo que hay en la botella es cianuro, no zumo de naranja.

—Pero ¿y si ya lo sé?

—Dios mío —respondió Cussick—. Entonces, es asunto tuyo. Puedes bañarte en eso, puedes congelarlo y usarlo más tarde. Eres una adulta.

—Tú... —Le temblaron los labios—. No te importa lo que me pase. No te importa si tomo veneno, o cualquier cosa parecida.

Cussick echó un vistazo a su reloj de pulsera; la nave ya estaba sobre la masa continental de Norteamérica. El viaje casi había acabado.

—Me importa. Por eso estoy involucrado en esto; me preocupo por ti y por el resto de la humanidad que sufre. —Reflexionó un momento y agregó taciturno—: Tampoco importa. Hemos metido la pata con Jones. Puede que esta sea la única vez que alguien no le haga el juego a nuestro farol.

—¿Por qué?

—Ahora mismo le están diciendo a Jones: «Muestra tus cartas, veamos la prueba». Y me temo que el cabrón nos la está enseñando.

En muchos sentidos, Jones había cambiado. De pie y en silencio en la puerta, Cussick hizo caso omiso del grupo de policías uniformados y estudió al hombre que estaba sentado en la silla en el centro de la estancia.

En el exterior del edificio, una unidad de tanques de la policía avanzaba ruidosamente, seguida de un regimiento de tropas armadas. Daba la sensación de que la presencia de Jones hubiera desencadenado una incómoda cadena de flexiones musculares. Pero el propio Jones no prestaba atención: estaba

sentado fumando, mirando hacia abajo, con el cuerpo tenso, de un modo muy parecido a como Cussick lo había visto en su puesto de adivino.

Pero parecía mayor. Los siete meses lo habían cambiado también. La barba rala había crecido; el rostro del hombre mostraba un aspecto ominoso y tenía el cabello negro y descuidado, lo que le daba una cualidad ascética, casi espiritual. Los ojos le brillaban febrilmente. Juntaba las manos una y otra vez, se pasaba la lengua por los labios secos y lanzaba miradas nerviosas y cautelosas a su alrededor. A Cussick se le ocurrió que, si realmente era un precog, si realmente pudiera ver todo un año en el futuro, habría anticipado aquello en el momento en el que Cussick había hablado con él.

De repente, Jones se dio cuenta de su presencia y levantó la vista. Sus miradas se encontraron. Cussick comenzó a sudar. Se dio cuenta, con una sensación escalofriante, de que cuando Jones había hablado con él ese día, cuando había aceptado sus veinte dólares, ya había visto aquel momento. Sabía que Cussick entregaría un informe sobre él.

Eso significaba, obviamente, que Jones estaba allí por propia voluntad.

El director Pearson apareció por una puerta lateral con un fajo de papeles en la mano. Se acercó a Cussick, con las botas y el casco relucientes, impresionante en su uniforme de gala.

—Estamos bien fastidiados —dijo sin preámbulos—. Nos quedamos a la espera de averiguar si el resto de su cháchara era cierta. Así fue. Así fue. De modo que ahora estamos estancados.

—Eso podría haberlo dicho yo —reflexionó Cussick—. A lo largo de siete meses de vigilancia, ¿no obtuvimos un montón de profecías?

—Lo hicimos. Pero el informe se elaboró con Saunders como la base de nuestro caso. Ya oíste la publicación oficial de los datos sobre los derivados, por supuesto.

—Se filtró mientras estaba de luna de miel. No me interesó mucho, no en ese momento.

Pearson encendió la pipa antes de volver a hablar.

—Deberíamos comprar a este tipo, pero él dice que no está en venta.

—Esto realmente es verdad. No es un farsante.

—No, no es un farsante, y todo el puñetero sistema está basado en la teoría de que tiene que ser un farsante. Hoff nunca tuvo esto en cuenta; este hechicero está diciendo la verdad. —Tomó a Cussick del brazo y lo condujo a través del círculo de policías—. Ven y salúdalo. Tal vez te recuerde.

Jones observó con rigidez cómo los dos hombres se dirigían hacia él. Reconoció a Cussick; no había ambigüedad en su expresión.

—Hola —lo saludó Cussick. Jones se puso lentamente de pie y se miraron. Luego, Jones extendió una mano, y se la estrecharon—. ¿Cómo ha ido?

—Bien —respondió Jones sin dar más información.

—Ese día sabías quién era. Sabías que estaba en la Polseg.

—No es cierto —negó Jones—. De hecho, no lo sabía.

—Pero sabías que terminarías aquí —dijo Cussick sorprendido—. Seguro que viste este lugar habitación, esta reunión.

—No te reconocí. En aquel momento tenías un aspecto diferente. No te das cuenta de cuánto has cambiado en los últimos siete meses. Lo único que sabía era que en algún momento de la línea temporal alguien establecería contacto conmigo. —Hablabas con tranquilidad, pero estaba tenso. Un músculo de su mejilla se estremeció—. Has perdido peso..., pero sentarte detrás de un escritorio no ha mejorado tu postura.

—¿A qué te dedicas últimamente? —quiso saber Cussick—. ¿Ya no estás con la feria?

—Soy un presbítero de la Honorable Iglesia de Dios —contestó Jones con un espasmo irónico.

—Tienes un aspecto bastante desastrado para ser un presbítero.

Jones se encogió de hombros.

—No pagan muy bien. Ahora mismo, no hay mucha gente interesada. Pero la habrá —añadió.

—Ya lo sabes, por supuesto —los interrumpió Pearson—, pero estamos grabando toda esta entrevista. Todo lo que digas se va a reproducir en el juicio.

—¿Qué juicio? —replicó Jones con voz cortante—. Dentro de tres días me liberarás. —La enjuta cara se retorció en una serie de tics, pero siguió hablando pensativamente con voz fría y sombría—. De ahora en adelante contarán una parábola concreta. Lo diré ahora; presta atención: Un irlandés oye decir que los bancos van a ir a la quiebra. Corre a la entidad donde guarda su dinero y exige que le den hasta el último centavo. «Sí, señor —dice cortésmente el cajero—. ¿Lo quiere en efectivo o en un cheque?» El irlandés responde: «Bueno, si lo tiene, no lo quiero. Pero si no lo tiene, debe dármelo inmediatamente».

Hubo un silencio incómodo. Pearson pareció desconcertado. Miró a Cussick.

—¿Voy a decir eso? —preguntó confuso—. ¿Qué significa?

—Significa que nadie está engañando a nadie —le aclaró Cussick.

Jones sonrió con un gesto de respeto.

—¿Tengo que deducir que crees que no podemos hacerte nada? —dijo Pearson con una expresión cada vez más sombría y amenazante.

—No es que lo crea —respondió Jones con aire de suficiencia—. No tengo que hacerlo. Esa es la cuestión. ¿Quieres mis profecías en efectivo o en forma de cheque? Elige.

Pearson se apartó, completamente desconcertado.

—No puedo entenderlo —murmuró—. Es un chiflado; está loco.

—No —lo rebatió el instructor político superior Kaminski. Había estado de pie cerca, escuchando atentamente—. Eres una persona extraña, Jones —le dijo al hombre huesudo y nervioso que estaba junto a la silla—. Hay algo que no logro entender. Con tu don, ¿por qué estabas haciendo el tonto en esa feria? ¿Por qué estabas perdiendo el tiempo?

La respuesta de Jones los sorprendió a todos. Su franqueza, su honestidad desnuda, fue una conmoción.

—Porque tengo miedo —contestó—. No sé qué hacer. Y lo peor es... —Tragó saliva ruidosamente—. Es que no tengo otra opción.

5

Los cuatro estaban sentados alrededor del escritorio de la oficina de Kaminski, fumando y oyendo en la lejanía el distante tableteo de las armas de la policía en su zona de entrenamiento.

—Para mí, esto es el pasado —dijo Jones con voz ronca—. Este momento, con vosotros tres, aquí en este edificio, es para mí hace un año. No es tanto como poder ver el futuro; es más bien que tengo un pie atrapado en el pasado. No puedo soltarlo. Voy retardado. Estoy reviviendo un año de mi vida para siempre. —Se estremeció—. Una y otra vez. Todo lo que hago, todo lo que digo, oigo, experimento, tengo que pasar por ello dos veces. —Alzó la voz, aguda y angustiada, sin esperanza—. ¡Estoy viviendo la misma vida dos veces!

—En otras palabras, para ti, el futuro es estático —dijo Cussick lentamente—. Conocer el futuro no te permite cambiarlo.

Jones se echó a reír con una risa gélida.

—¿Cambiarlo? Está totalmente inmóvil. Es más inmóvil, más permanente, que esta pared. —Golpeó ferozmente con la palma abierta la pared que tenía tras él—. Crees que tengo algún tipo de libertad. No te engañes..., cuanto menos sepas sobre el futuro, mejor te va. Mantienes una bonita ilusión; crees que tienes libre albedrío.

—Pero tú no.

—No —asintió Jones con amargura—. Recorro penosamente los mismos pasos por los que caminé hace un año. No puedo alterar ni uno solo de ellos. ¿Esta conversación? Me la sé de memoria. Nada nuevo puede entrar en ella; nada puede omitirse.

Después de unos momentos, Pearson habló:

—Cuando era niño, solía ir al cine dos veces —comentó—. La segunda vez tenía ventaja sobre el resto del público... Me gustaba. Podía gritar el diálogo una fracción de segundo antes que los actores. Me daba sensación de poder.

—Claro —admitió Jones mostrándose de acuerdo—. Cuando era niño, me gustaba a mí también. Pero ya no soy un niño. Quiero vivir como todos los demás, anhelando una vida corriente. Yo no pedí esto; no fue idea mía.

—Es un don muy valioso —dijo astutamente Kaminski—. Como dice Pearson, un hombre que puede gritar el diálogo una fracción de segundo antes de tiempo tiene un poder real. Está un poco por encima del resto de la multitud.

—Lo que recuerdo es el desprecio que siento por todas esas caras embelesadas —añadió Pearson—. Los tontos observando, gimoteando bobamente, riéndose, sintiendo miedo, creyendo en todo ello, preguntándose cómo acabaría. Y yo lo sabía. Me hacía sentir asco. En parte por eso gritaba lo que sabía.

Jones no hizo ningún comentario. Se quedó sentado, encorvado sobre la silla, con aspecto sombrío y la mirada fija en el suelo.

—¿Qué te parecería tener un trabajo? —le preguntó Kaminski en tono seco—. Instructor político superior del instructor político superior.

—No, gracias.

—Podrías ser de mucha ayuda —comentó Pearson—. Podrías ayudar en la reconstrucción. Podrías ayudarnos a unificarnos a nosotros mismos y a nuestros recursos. Podrías marcar una diferencia importante.

Jones le lanzó una mirada exasperada.

—Solo hay un problema importante. Esta reconstrucción... —Agitó una mano delgada y huesuda con gesto de impaciencia—. Estáis perdiendo el tiempo... Lo que importa son los derivados.

—¿Por qué? —quiso saber Cussick.

—¡Porque hay todo un universo entero! Dedicáis todo el tiempo a reconstruir este planeta. Dios mío, si podríamos tener un millón de planetas. Nuevos planetas, planetas intactos. Sistemas enteros llenos de ellos. Recursos interminables... Y os quedáis por aquí tratando de volver a fundir chatarra vieja. Ratas, avaros, acaparando y manoseando vuestro triste botín. —Disgustado, se dio la vuelta—. Estamos superpoblados. Estamos desnutridos. Otro mundo habitable resolvería todo eso.

—¿Como, por ejemplo, Marte? —le preguntó Cussick en voz baja—. ¿Como Venus? Mundos muertos, vacíos, hostiles.

—No me refiero a esos.

—¿Qué quieres decir entonces? Tenemos exploradores que recorren todo el sistema. Muéstranos un lugar donde podamos vivir.

—Aquí no. —Enfadado, Jones desdeñó el sistema solar—. Quiero decir ahí fuera: Centauro. O Sirio. Cualquiera de ellos.

—¿Son necesariamente mejores?

—La colonización entre sistemas planetarios es posible —respondió Jones—. ¿Por qué crees que están aquí los derivados? Es obvio: se están asentando. Están haciendo lo que deberíamos hacer nosotros: están buscando planetas habitables. Es posible que hayan recorrido millones de años luz.

—Tu respuesta no es lo bastante buena —declaró Kaminski.

—Es lo suficientemente buena para mí —replicó Jones.

—Lo sé. —Kaminski asintió, turbado—. Eso es lo que me preocupa.

—¿Sabes algo más sobre los derivados? —preguntó Pearson con curiosidad—. ¿Quién aparece en el próximo año?

Jones lo miró con expresión austera e impasible.

— Es por eso que soy un presbítero —respondió con dureza.

Los tres agentes del servicio secreto esperaron, pero no dijo nada más. «Derivos» era una palabra clave para Jones. Estaba claro que la palabra desencadenaba algo profundo y básico dentro de él. Algo que hacía que su rostro demacrado se retorciera. Un núcleo de fervor ardiente había salido flotando a la superficie.

—No te gustan mucho —comentó Cussick.

—¿Gustarme? —Jones parecía a punto de explotar—. ¿Los derivados? ¿Unas formas de vida alienígenas que vienen aquí para asentarse en nuestros planetas? —Su voz se elevó hasta convertirse en un chillido estridente e histérico—. ¿Nadie ve lo que está pasando? ¿Cuánto tiempo crees que nos dejarán en paz? Ocho mundos muertos, que no son nada más que roca. Y la Tierra: el único planeta útil. ¿No lo ves? Se preparan para atacarnos; están usando Marte y Venus como bases. Es la Tierra lo que buscan. ¿Quién querría esos desechos vacíos?

—Tal vez lo hagan —sugirió Pearson, incómodo—. Como has dicho, son formas de vida alienígenas. Tal vez para ellos la Tierra no sirva para nada. Tal vez necesiten condiciones de vida totalmente diferentes.

—Cada forma de vida tiene sus propias necesidades típicas... Lo que es un desecho inútil para nosotros es un valle fértil para otros. ¿No es así? —dijo Kaminski mirando fijamente a Jones.

—La Tierra es el único planeta fértil —repitió Jones con absoluta convicción—. Ellos quieren la Tierra. Para eso están aquí.

Silencio.

Así que de eso se trataba. Ahí estaba, el aterrador espectro que todos temían. Aquello era lo que debían destruir, para eso existían; aquello era para lo que los habían preparado, antes de que fuera demasiado grande para impedirselo. Estaba de pie delante de ellos. Sentado, mejor dicho. Jones se había vuelto a sentar. En este momento estaba sentado y fumando con movimientos bruscos, con el rostro delgado retorcido en una mueca, con una vena oscura palpitándole en la frente. Detrás de sus gafas, los ojos, que un momento antes relucían con una mirada furiosa, se habían quedado nublados por la pasión. El cabello enredado, la barba negra y mal cortada, un hombre arrugado de brazos huesudos, piernas delgadas... un hombre con poder infinito. Un hombre con odio infinito.

—Los odias de verdad —dijo Cussick asombrado. En silencio, Jones asintió—. Pero no sabes nada sobre ellos, ¿verdad?

—Están ahí —dijo Jones con voz frágil—. Están a nuestro alrededor. Rodeándonos. Acercándose. ¿No podéis ver sus intenciones? Recorren el espacio, siglo tras siglo... desarrollando sus planes, aterrizando primero en Plutón, luego en Mercurio, acercándose todo el tiempo. Más cerca del premio: establecer bases para el ataque.

—Ataque —repitió Kaminski suavemente con voz astuta—. ¿Tú lo sabes? ¿Tienes pruebas? ¿O es solo una idea disparatada?

—Dentro de seis meses a partir de hoy el primer derivos aterrizará en la Tierra —declaró Jones con su voz aguda y acerada.

—Nuestros exploradores han aterrizado en todos los planetas —señaló Kaminski, pero su sedosa seguridad había desaparecido—. ¿Eso significa que los estamos invadiendo?

—Estamos allí porque esos planetas son nuestros —dijo Jones—. Los estamos estudiando. —Alzó la mirada—. Y eso es lo que están haciendo los derivos. Están estudiando la Tierra. En este momento, nos están estudiando. ¿No podéis sentir sus ojos sobre nosotros? Sus ojos de insecto, asquerosos, repugnantes, alienígenas...

—Lo de este hombre es patológico —exclamó Cussick horrorizado.

—¿Puedes ver eso? —insistió Kaminski.

—Lo sé.

—Pero ¿lo ves? ¿Ves una invasión? ¿Destrucción? ¿Derivos que se apoderan de la Tierra?

—Dentro de un año —declaró Jones— habrá derivos aterrizando por todas partes. Cada día de la semana. Diez aquí, veinte allí. Hordas de derivos. Todos idénticos. Hordas sin mente de sucios seres alienígenas.

—Sentados junto a nosotros en los autobuses, supongo —dijo Pearson haciendo un esfuerzo por no estallar—. Querrán casarse con nuestras hijas, ¿verdad?

Jones debía de conocer por anticipado el comentario, porque un segundo antes de que Pearson hablara su rostro se volvió blanco como la tiza y agarró convulsivamente los reposabrazos de su silla. Luchando consigo mismo, luchando por mantener el control, respondió entre dientes:

—La gente no va a tolerarlo, amigo. Eso puedo verlo. Habrá hogueras. Esos derivados están secos, amigo. Arden muy bien. Va a haber mucha limpieza que hacer.

Kaminski maldijo en voz baja, furioso.

—Dejadme salir de aquí —dijo, aunque sin dirigirse a nadie en concreto—. No puedo soportarlo.

—Tómalo con calma —respondió Pearson con cierta brusquedad.

—No, no puedo soportarlo. —Kaminski dio vueltas en círculo inútilmente—. ¡No hay nada que podamos hacer! No podemos tocarlo, él realmente ve esas cosas. Está a salvo de nosotros, y lo sabe.

Era primera hora de la noche. Cussick y Pearson estaban juntos en el oscuro pasillo del último piso de las oficinas de la policía. A unos pocos pasos esperaba un mensajero, con la cara sin expresión alguna bajo su casco de acero.

—Bueno —dijo Pearson, y se estremeció—. Hace frío en esta sala. ¿Por qué no venís tú y tu esposa a mi casa a cenar? Podremos charlar, sentarnos, discutir cosas.

—Gracias, sí que me gustaría —respondió Cussick—. Todavía no has conocido a Nina.

—Según tengo entendido, estabas de permiso. ¿Luna de miel?

—Más o menos. Tenemos un bonito y pequeño apartamento en Copenhague... Habíamos empezado a pintarlo.

—¿Cómo conseguisteis encontrar un piso?

—La familia de Nina nos ayudó.

—Tu esposa no está en Seguridad, ¿verdad?

—No. Arte e idealismo.

—¿Qué piensa de que seas policía?

—No le gusta. Se pregunta si es necesario. La nueva tiranía —agregó Cussick con ironía—. Después de todo, los absolutistas están desapareciendo. Dentro de unos pocos años más...

—¿Crees que Hitler era un precog? —le preguntó Pearson de repente.

—Sí, lo creo. No tan desarrollado como Jones, por supuesto. Sueños, corazonadas, intuiciones. El futuro también estaba fijado para él. Y tomó decisiones muy arriesgadas. Creo que Jones también comenzará a arriesgarse demasiado. Ahora que está empezando a comprender para qué está aquí en la Tierra.

Pearson tenía en la mano un documento doblado. Se dio varios golpecitos en la palma con el papel.

—¿Sabes qué idea loca se me metió en la cabeza? Ir allí donde lo tienen preso, a esa habitación. Abrirle la boca y meterle munición de tipo A por la garganta. Que su cadáver reventara convertido en pedazos. Pero luego me lo pensé

—No se lo puede matar —dijo Cussick.

—Se lo puede matar. Pero no se lo puede tomar por sorpresa. Matar a Jones significaría cercarlo por todos lados. Tiene una ventaja de un año sobre nosotros. Morirá; es mortal. Hitler murió finalmente. Pero Hitler se libró de un montón de balas, venenos y bombas en su época. Haría falta un bloqueo completo a su alrededor para hacerlo... una habitación sin puertas. Y quizá puedas ver por la expresión de su rostro que todavía hay una puerta.

Llamó al mensajero.

—Entrega esto personalmente. Ya sabes dónde, rampa abajo en la 45A. Donde tienen a ese flacucho reseco.

El mensajero saludó, tomó el documento y se alejó al trote.

—¿Tú crees que él se cree todo eso? —se preguntó Pearson—. ¿Sobre los derivados?

—Nunca lo sabremos. Él tiene algo grande entre manos. Naturalmente, van a aterrizar. Lo hacen al azar, ¿no?

—De hecho —lo informó Pearson—, uno ya ha aterrizado.

—¿Vivo?

—Muerto. Lo están investigando. Al parecer, van a conseguir mantener el secreto. Hasta que llegue el próximo.

—¿Se sabe ya algo?

—Bastante. Es un organismo unicelular gigantesco que utiliza el espacio como medio de cultivo. Flota utilizando alguna clase de mecanismo de propulsión poco definido. Es algo absolutamente inofensivo. Es una ameba. Mide poco más de unos seis metros de ancho. Posee una especie de cáscara resistente para mantenerse aislado del frío. No se trata una invasión ominosa. Esas pobres criaturas simplemente vagan sin rumbo fijo.

—¿Qué comen?

—No comen. Simplemente avanzan hasta que mueren. No hay sistema de alimentación, ni proceso digestivo, ni excreción, ni aparato reproductor. Están incompletos.

—Qué extraño.

—Aparentemente, hemos tropezado con un enjambre de ellos, y claro, han comenzado a caer. Se estrellarán aquí y allá, estallarán, chocarán contra algunos automóviles, se aplastarán en los campos. Contaminarán lagunas y ríos. Serán una molestia. Se pudrirán y apestarán. Lo más probable es que simplemente se queden donde están muriendo en silencio. Achicharrándose bajo el sol... El calor mató al que ha caído. Lo abrasó hasta dejarlo crujiente. Y mientras tanto, la gente tendrá algo en lo que pensar.

—Especialmente cuando Jones comience con lo suyo.

—Si no fuera Jones, sería otra persona. Pero Jones tiene ese talento, esa ventaja. Él puede tomar las decisiones.

—Ese documento era su orden de libertad, ¿no?

—Así es —confirmó Pearson—. Es libre. Hasta que se nos ocurra una nueva ley, es un hombre libre... para hacer lo que le plazca.

6

Jones estaba de pie en la diminuta y ascética celda de la policía, impecablemente blanca, limpiándose el interior de la boca con el Tónico Especial de Garganta del doctor Sherrif. El tónico era amargo y desagradable. Lo hizo pasar de una mejilla a otra, lo mantuvo en la parte superior de la tráquea durante un momento, y luego lo escupió en el lavabo de porcelana.

Sin hacer ningún comentario, los dos policías uniformados, uno a cada lado de la cámara, lo vigilaban. Jones no les prestó atención. Se miró al espejo sobre el lavamanos y se peinó escrupulosamente el cabello. Luego se pasó la yema del pulgar sobre los dientes. Quería tener buen aspecto: en menos de una hora estaría involucrado en asuntos importantes.

Durante un momento trató de recordar lo que venía inmediatamente después. La orden para que lo liberaran llegaba tarde, o al menos eso le parecía. Hacía ya tanto tiempo... Había pasado todo un año y los detalles se habían desdibujado. Recordaba vagamente a un policía que entraba con algo, un papel de alguna clase. Eso era todo: era la liberación. Y después de eso, venía un discurso.

El discurso todavía lo tenía claro en la mente; no lo había olvidado. Se irritó al pensar en ello. Pronunciar las mismas palabras otra vez, repetir los mismos gestos. Los viejos actos mecánicos... acontecimientos viciados, secos y polvorientos, caídos bajo la manta sofocante del aburrimiento.

Y mientras tanto, la ola viviente destelló.

Era un hombre con los ojos en el presente y el cuerpo en el pasado. Incluso en ese momento, mientras se examinaba las ropas sucias, se alisaba el cabello, se frotaba las encías, incluso mientras permanecía en la antiséptica celda de policía, tenía los sentidos pegados a otra escena, un mundo que todavía vibraba lleno de vitalidad, un mundo que no se había vuelto obsoleto. Mucho había sucedido a lo largo del año siguiente. Y mientras se rascaba malhumorado el mentón barbudo, arrancándose la piel de una antigua erupción, la ola descubrió nuevos momentos, nuevas emociones y acontecimientos.

La ola del futuro estaba dejando en la orilla unas conchas increíbles para que él las examinara.

Impaciente, se dirigió hacia la puerta de la estancia y miró hacia fuera. Eso era lo que odiaba; eso era lo que lo repugnaba: la melaza del tiempo. No podía acelerarlo. Se arrastraba poco a poco, con pasos cansinos y elefantiásicos. Nada podría impulsarlo más rápido; era monstruoso y sordo. Él ya había agotado el año siguiente y estaba tremendamente cansado de eso. Pero iba a tener lugar de todos modos. Le gustara o no, y no le gustaba, iba a tener que revivir cada centímetro de ese tiempo, volver a experimentar en el cuerpo lo que sabía en su mente desde hacía tiempo.

Era lo que había estado sucediendo toda su vida. La discordancia siempre estaba. Hasta que tuvo nueve años, se imaginó que todo ser humano soportaba esa duplicación de todos los instantes de vigilia. A los nueve años, ya había vivido dieciocho. Estaba agotado, disgustado, y era fatalista. A los nueve años y medio descubrió que era el único individuo con aquella carga. A partir de ese momento, su resignación se convirtió rápidamente en una furiosa impaciencia.

Nació en Colorado, el 11 de agosto de 1977. La guerra todavía estaba en curso, pero había pasado por alto el Medio Oeste estadounidense. Sin embargo, no había pasado por alto a Greeley, Colorado, simplemente nunca había llegado hasta allí. Ninguna guerra podría llegar a cada pueblo, a cada ser humano vivo. La granja que mantenía su familia continuaba casi como de costumbre. Una unidad económica autosuficiente que siguió con su rutina, ignorante e indiferente a la crisis de la humanidad.

Los primeros recuerdos eran extraños. Más tarde, intentó desenredarlos. El lánguido feto había recibido impresiones de un mundo inexistente todavía para él; mientras se encogía acurrucado en el vientre hinchado de su madre, una fantasmagoría, incomprensible y vívida, se había arremolinado a su alrededor. Había estado tumbado bajo la brillante luz del sol de un otoño de Colorado a la vez que soñaba tranquilamente en el saco negro y húmedo, el proveedor absoluto de todo. Conoció el terror al nacimiento antes de ser concebido; cuando el embrión tenía un mes, el trauma ya era cosa de un pasado antiguo. El acontecimiento real del nacimiento no tuvo importancia para él. Cuando quedó suspendido del puño del médico, ya había estado en el mundo un año completo.

Se preguntaron por qué el nuevo bebé no lloraba. Y por qué su proceso de aprendizaje era tan rápido.

Una vez se puso a conjeturar: ¿cuál fue el verdadero momento de su origen? ¿En qué momento había comenzado a existir realmente? Cuando flotaba en el útero, era evidente que estaba vivo, que tenía conciencia. ¿Hasta dónde habían llegado los primeros recuerdos? Un año antes de su nacimiento, él no era una entidad, ni siquiera un cigoto; los elementos que iban a componerlo todavía no se habían unido. Y para cuando el óvulo fecundado había empezado a dividirse, su conocimiento había llegado mucho más allá del momento del nacimiento: tres meses después en el cálido y polvoriento otoño soleado de Colorado.

Era un misterio. Finalmente, dejó de pensar en ello.

Había aceptado su doble existencia en sus primeros años de infancia, había aprendido a integrar los dos *continuum* temporales. El proceso no fue fácil. Durante meses se había arrastrado laboriosamente contra puertas, muebles y paredes, había intentado coger una cuchara de papilla un año antes de tiempo, había rechazado con irritación un pezón ya olvidado... La confusión casi lo había matado de hambre; fue alimentado a la fuerza, lo que a su vez impidió que dejara de existir. Naturalmente, supusieron que era retrasado mental. Un bebé que buscaba a tientas objetos invisibles, que intentaba sacar las manos a través de los barrotes de la cuna...

Pero a los cuatro meses ya estaba pronunciando palabras completas.

No había olvidado las escenas de su infancia, al estar reforzadas por la doble vivencia. Una de ellas saltó en ese momento, mientras permanecía de pie en la higiénica celda blanca de la policía, esperando impaciente su orden de libertad. Cuando tenía nueve años y medio cayó la primera bomba de hidrógeno. No fue la primera que lanzaron en la guerra; docenas de ellas habían caído por todo el mundo. Esa fue la primera en penetrar las intrincadas pantallas que protegían el corazón de Estados Unidos, la región que iba desde las Montañas Rocosas hasta el Mississippi. La bomba había detonado a unos doscientos kilómetros de Greeley. Las cenizas y partículas radiactivas habían recorrido la campiña sin piedad durante semanas, haciendo enfermar al ganado y marchitando las cosechas. Desde la zona de la muerte, los camiones y los automóviles cargaron laboriosamente a los enfermos y mutilados para trasladarlos. Los equipos de reparación avanzaron hacia la zona para inspeccionar los inmensos daños. Para sellar la llaga titánica hasta que hubiera agotado toda su carga de toxinas...

A lo largo del estrecho camino de tierra que cruzaba los terrenos de la granja de Jones pasó un convoy aparentemente interminable de vehículos de emergencia de camino a los hospitales y los pabellones erigidos en las afueras

de Denver. En dirección contraria marchaba un flujo de suministros para los supervivientes que permanecían en el área afectada. Observó todo aquello con fascinación. La riada de automóviles, camiones, ambulancias, personas a pie, en bicicleta, perros, ganado, ovejas, gallinas, un variopinto paquete de formas, colores y sonidos no se interrumpió ni de día ni de noche. Los gemidos distantes llegaron a oídos del niño y lo hicieron entrar lleno de emoción en la casa.

—¿Qué es lo que pasa? —gritó mientras saltaba nerviosamente alrededor de su madre.

Esta, la señora Edna Jones, se detuvo junto al lavadero, con el rostro gris arrugado de cansancio y enfado. Se echó hacia atrás el cabello empapado de mugre y se volvió enojada hacia el niño.

—¿De qué estás hablando? —exigió saber.

—¡Los coches! —gritó Jones mientras se acercaba saltando hacia la ventana y señalaba fuera—. ¿Los ves? ¿Quiénes son? ¿Qué pasa?

Al otro lado de la ventana no había nada. Nada para ella, al menos; ella no podía ver lo que el niño veía.

Salió corriendo y se quedó mirando la fila que se movía a lo largo del horizonte, perfilada por el sol poniente. Avanzaban y avanzaban sin parar... ¿Adónde iban? ¿Qué les había pasado? Corrió hasta el límite de la granja, hasta donde estaba permitido. El alambre le cerró el paso, una maraña de púas oxidadas. Casi fue capaz de distinguir los rostros de cada uno; casi fue capaz de captar el dolor que los embargaba. Si al menos pudiera acercarse...

Ese fue el momento de su despertar. Porque solo él vio aquel desfile de los condenados. Para todos los demás, incluso para los propios condenados, aquello no existía. Reconoció una cara: la vieja señora Lizzner, de Denver. Ella estaba allí. Eran rostros que reconocía, de personas que había visto en la iglesia. No eran desconocidos. Eran vecinos, gente del lugar. Eran el mundo, su mundo, el mundo del Medio Oeste encogido y reseco.

Al día siguiente, la señora Lizzner llegó a la granja en su polvoriento Oldsmobile para pasar una tarde con su madre.

—¿Lo ha visto? —le gritó—. ¿Lo ha visto?

No, no lo había visto. Sin embargo, ella había formado parte de aquello. Así pues, no había duda; no tenía sentido continuar con el tema.

La comprensión real llegó cuando tenía diez años. La bomba había caído, la señora Lizzner estaba muerta, y el área estaba devastada. Semejante cataclismo único, nunca repetido, nunca visto antes o desde entonces, era inconfundible. Lo que solo él había visto se había tragado a todo el mundo.

La relación de la ola con lo que experimentaban los demás seres humanos era obvia. Por supuesto, no se lo contó a nadie. Cuando llegó la comprensión, cesaron sus intentos de comunicarse.

No podía volver atrás. Tras saber que era diferente, no podía regresar a la actividad sin objetivo de la granja. La monotonía de las tareas agrícolas lo superaba; era demasiada carga. A los quince años, demacrado, huesudo y meditabundo, había recogido sus ahorros (aproximadamente unos doscientos dólares, todo en moneda inflacionaria del Bloque Occidental) y se había marchado.

Descubrió que el área de Denver se estaba recuperando dolorosamente de la explosión. Aquello era de esperar, como todo lo demás. Un año antes, a los catorce, ya supo de su viaje. Otra vez, pero en esta ocasión de primera mano, examinó el enorme cráter que había dejado la bomba y pensó en las miles de personas que habían acabado convertidas en cenizas en un abrir y cerrar de ojos. Se subió a un autobús y salió de Colorado. Tres días después, estaba en las ruinas de Pittsburg.

Allí, las actividades industriales básicas continuaban. Bajo tierra, las fraguas aún bramaban. Pero Jones no estaba interesado en eso; continuó su viaje, a pie, más allá de los humeantes kilómetros de metal que antaño habían sido la mayor concentración de fábricas del universo. La ley marcial seguía en vigor y, como había previsto, las patrullas lo encontraron y lo metieron en la red general.

A la edad de quince años y tres meses, las autoridades competentes lo examinaron, lo interrogaron, le tomaron las huellas digitales y lo utilizaron. El batallón de mano de obra al que se unió no le sorprendió, pero la angustia permaneció. Sombrío e iracundo, transportó trozos de roca durante meses e intentó, con una compañía de otros trabajadores, despejar las ruinas con los medios más primitivos. Para fin de año, llegó la maquinaria y disolvieron los grupos de trabajo manual. Era mayor, más fuerte y considerablemente más sabio. Para cuando le dieron un arma y lo trasladaron hacia las líneas del frente que se desmoronaban, la guerra terminó.

Ya había previsto aquello. Se escapó de su unidad, cambió su rifle por una buena comida y quemó su uniforme. Un día después, estaba recorriendo la carretera como había empezado: a pie, con vaqueros, una sudadera hecha jirones y una mochila a la espalda, deambulando entre los montones de escombros que habían sobrevivido a la guerra, la desolación caótica que era el nuevo mundo.

Durante casi diecisiete años, su doble existencia no había tenido sentido. Había sido una carga, un gran peso muerto. Incluso la idea de utilizar su don lo agobiaba. La veía como un suplicio, nada más. La vida era dolorosa, y la suya era el doble de dolorosa. ¿De qué servía saber que la miseria del año siguiente era inevitable? Si la señora Lizzner hubiera visto cómo transportaban su cuerpo moribundo por aquel camino, ¿se habría sentido mejor?

Alguien tenía que enseñarle a usar su talento; alguien tenía que mostrarle cómo explotarlo.

Esa persona fue un vendedor gordo y sudoroso, con una camisa de rayas rosadas y pantalones de poliéster de color amarillo limón, que conducía un abollado Buick. El asiento trasero del vehículo estaba lleno de delgadas cajas marrones, montones y montones de ellas. Jones, encorvado por la fatiga, caminaba arrastrando los pies por el polvoriento arcén de la carretera cuando el Buick se detuvo con un gruñido y desprendiendo vapor. Se había subido al automóvil hacía un año, así que apenas levantó la vista. Lanzó su mochila a la parte de atrás, se dio media vuelta y se sentó impasible al lado del conductor.

—No pareces muy agradecido —murmuró Hyndshaw con cierto resentimiento mientras ponía en marcha el automóvil—. ¿Quieres bajarte del coche, hijo?

Jones se recostó contra la tapicería hecha jirones y no respondió. Para él, la secuencia que se avecinaba era perfectamente visible: Hyndshaw no iba a echarlo. Hyndshaw iba a hablar; le gustaba mucho hablar. Y en esa charla, el chaval conseguiría algo de gran valor.

—¿Adónde vas? —le preguntó Hyndshaw con curiosidad.

Entre sus labios sobresalía un trozo mordisqueado de puro. Movía delicadamente con los dedos el volante automático. Los ojos, hundidos en los pliegues de grasa, mostraban una mirada de una sabiduría poseedora del conocimiento mundanal. Las manchas de cerveza le decoraban la pechera de la camisa. Era una criatura descuidada, despreocupada, con vicios, que olía a sudor y muchos años de viajes. Y él era un gran estafador lleno de sueños.

—A ninguna parte —dijo Jones respondiendo a la pregunta con su hosca indiferencia habitual.

Llevaba cansado de aquella pregunta desde hacía doce meses.

—Claro que vas a alguna parte —lo rebatió Hyndshaw.

Y luego, el acontecimiento sucedió. Las palabras, los actos que tenían lugar en el perímetro de la ola en movimiento, se habían vuelto eternamente fijos. Un año atrás, el chico exhausto había respondido con un comentario

brusco e irreflexivo. Había dispuesto del tiempo para madurar la provocadora cosecha de esa observación.

—No me digas adónde voy —le replicó—. Puedo ver. También puedo ver adónde vas tú.

—¿Y adónde voy? —le preguntó Hyndshaw con voz irritada: iba rumbo a una casa de mala reputación que estaba cerca, y la zona todavía estaba bajo jurisdicción militar.

Jones se lo dijo.

—¿Cómo lo sabes? —exigió saber Hyndshaw con voz ronca, irrumpiendo en el relato detallado de Jones sobre la próxima actividad del hombre—. Oye, tú, chaval de boca sucia... —Con el rostro blanco y asustado, gritó—: ¿Qué eres, un puñetero lector de mentes?

—No —respondió Jones—. Pero iré al mismo sitio que tú. Iré contigo.

Eso hizo que Hyndshaw se pusiera más serio todavía. No habló durante un rato. Angustiado, agarró con más fuerza el volante y miró fijamente la carretera destrozada y llena de baches. Aquí y allá, a cada lado del camino, estaban los caparazones abandonados de las casas vacías. Aquella región, alrededor de Saint Louis, había sido evacuada a la fuerza después de recibir una lluvia de gránulos bacterianos soviéticos. Los habitantes todavía estaban en campos de trabajos forzados, reconstruyendo áreas más vitalmente necesarias: la producción industrial y agrícola era lo primero.

Hyndshaw estaba asustado, pero al mismo tiempo aumentó su codicia natural y su interés. Era un oportunista nato. Dios sabía con qué se había topado. Decidió proceder con cautela.

—¿Sabes lo que tengo ahí? —preguntó señalando las pilas de cajas delgadas—. Te doy tres oportunidades para adivinarlo.

El concepto de «adivinar» le resultaba ajeno a Jones.

—Cinturones magnéticos —respondió—. Cincuenta dólares al por menor, cuarenta dólares en lotes de diez o más. Garantizado para protegerse de la radiactividad tóxica y venenos bacterianos, o le devolvemos su dinero.

Hyndshaw se pasó la lengua por los labios en un gesto nervioso.

—¿Ya nos hemos visto antes? ¿Tal vez por el área de Chicago?

—Vas a tratar de venderme uno. Cuando nos detengamos para buscar agua.

Hyndshaw no tenía la intención de detenerse en busca de agua; ya llegaba tarde.

—¿Agua? —murmuró—. ¿Por qué agua? ¿Quién tiene sed?

—El radiador está goteando.

—¿Cómo lo sabes?

—Dentro de quince minutos... —Jones pensó durante unos momentos. Había olvidado el intervalo exacto—. Dentro de alrededor de media hora, el indicador de temperatura va a parpadear y tendrás que detenerte. Encontrarás agua en un pozo abandonado.

—¿Sabes todo eso?

—Por supuesto que sé todo eso. —Jones arrancó una tira de tela suelta de la tapicería con gesto de irritación—. ¿Lo diría si no lo supiera?

Hyndshaw no dijo nada. Se quedó callado y condujo en silencio hasta que, después de unos veinte minutos, el piloto de la temperatura se encendió y aparcó el Buick rápidamente a un lado de la carretera.

El único sonido era el molesto silbido del radiador vacío. Unas cuantas volutas de humo aceitoso ascendieron curvándose tras salir por la rejilla del capó.

—Bueno —murmuró Hyndshaw tembloroso mientras buscaba a tientas el tirador de la puerta—. Creo que es mejor que empecemos a buscar. ¿Por dónde dices que está el pozo?

Como no tenía que adivinarlo, Jones encontró el pozo en un instante. Estaba medio enterrado bajo un montón de piedras, ladrillos y placas de madera que habían sido un granero. Entre los dos bajaron un balde oxidado. Diez minutos después, Hyndshaw estaba abriendo botellas de cerveza tibia y mostrándole orgulloso uno de sus cinturones magnéticos.

Pensó a toda velocidad mientras farfullaba su discurso. Allí tenía algo. Había oído hablar de mutantes, incluso los había visto. Monstruos repugnantes, la mayoría de ellos; aberraciones deformadas que era sistemáticamente eliminadas por las autoridades. Pero aquello era algo distinto, aquello no era una anomalía. Alguien que pudiera eliminar las sorpresas, que pudiera evitar las conjeturas...

Por eso Hyndshaw era un buen vendedor. Era un buen adivinador. Pero podía equivocarse al adivinar; podía evaluar erróneamente una situación. No ocurriría nada parecido con ese joven a su lado. Ambos lo sabían. Hyndshaw estaba fascinado e impresionado. Jones se mostraba despectivo.

—¿Cuánto dinero tienes? —quiso saber Hyndshaw de repente, interrumpiendo su propio discurso—. Seguro que no tienes cincuenta dólares encima. No podrías permitirte uno de estos cinturones.

—Tengo cincuenta dólares —replicó Jones—. Pero no voy a gastarlos en una burda falsificación.

Hyndshaw balbuceó. Después de años de aprovecharse de las poblaciones rurales ignorantes, todavía más temerosas y supersticiosas tras la guerra, había llegado a creerse sus propias mentiras.

—¿Qué quieres decir? —comenzó, y luego se calló cuando Jones se lo dijo—. Ya veo —comentó Hyndshaw cuando Jones terminó su corta y amarga diatriba—. Eres un chaval..., no tienes miedo de decir lo que piensas.

—¿Por qué debería tenerlo?

Hyndshaw contestó con cierta hostilidad:

—Tal vez algún día alguien te meta los dientes por la garganta de una patada. Puede que tu modo de hablar de sabelotodo no le guste a alguien... Puede que le moleste un chaval enteradillo.

—No serás tú —le dijo Jones—. No me vas a poner una mano encima.

—¿Qué, entonces?

—Me vas a proponer que hagamos negocios juntos. Tus cinturones y tu experiencia, y mi habilidad. Cincuenta y cincuenta.

—¿Cinturones? ¿Vas a meterte conmigo en el negocio de los cinturones?

—No —respondió Jones—. Esa es tu idea. No estoy interesado en cinturones. Vamos a dedicarnos a las tabas.

Hyndshaw lo miró desconcertado.

—¿A qué te refieres?

—A las apuestas. Los dados. Póquer.

—No sé nada sobre apuestas. —Hyndshaw se mostraba profundamente suspicaz—. ¿Estás completamente seguro de eso? ¿Estás seguro de que esto no es un engaño?

Jones no se molestó en responder y continuó con lo que estaba diciendo:

—Vamos a montar un garito en ese burdel durante aproximadamente un mes, más o menos. Te llevarás la mayor parte de las ganancias. No me interesa el dinero. Luego nos separaremos. Intentarás detenerme y denunciaré todo el montaje a la policía militar. Las chicas serán enviadas a campos de trabajo y tú acabarás en prisión.

Hyndshaw soltó un jadeo de horror.

—Dios, no quiero tener nada que ver contigo.

Cogió una botella de cerveza y la partió contra una roca cercana; los dientes puntiagudos de vidrio rezumaron espuma húmeda mientras empuñaba el arma con mano temblorosa. El chico le resultaba repelente, y se estaba acercando al punto de la histeria.

—¡Estás loco! —le gritó levantando la botella en un gesto de defensa innato.

—¿Loco? —Jones se quedó desconcertado—. ¿Por qué?

Hyndshaw hizo un gesto convulso con la otra mano. Un sudor frío le bajaba goteando por la cara y le caía en el cuello abierto de la camisa.

—¿Y esto que me estás diciendo? ¿Te sientas ahí diciéndome lo que me vas a hacer?

—Es la verdad.

Hyndshaw arrojó la botella a un lado y tiró salvajemente del chico para que se pusiera en pie.

—¿No sabes nada más que la verdad? —gruñó desesperado.

No, no lo sabía. ¿Cómo podría saberlo? Para Jones no había conjeturas, ningún error y ningún conocimiento falso. Él sabía, tenía absoluta certeza.

—Tómalo o déjalo —le dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia. Ya había perdido interés en el destino del gordo vendedor; después de todo, había sucedido ya hacía mucho tiempo—. Haz lo que quieras.

Hyndshaw rugió mientras aferraba inútilmente al chico.

—Sabes que estoy atrapado. Sabes que no tengo otra opción. ¡Puedes verlo!

—Nadie tiene otra opción —dijo Jones, repentinamente serio y pensativo—. Ni yo, ni tú, ni nadie. Todos estamos encadenados como ganado. Como esclavos.

Hyndshaw lo soltó lentamente con gesto triste.

—¿Por qué? —protestó levantando sus gordas y vacías manos.

—No lo sé. Eso es algo que no puedo decirte todavía.

Jones se terminó tranquilamente su cerveza y luego arrojó la botella a las hierbas secas al borde de la carretera. A lo largo del año anterior, la maleza había crecido casi un metro.

—Vamos, estoy interesado en entrar en ese burdel. Será mi primera vez.

El mensajero entró en la antiséptica celda. Saludó a los guardias y entregó los papeles que llevaba consigo.

—Muy bien —dijo uno de los guardias, y le hizo un gesto de asentimiento a Jones—. Ven conmigo.

La espera había terminado; ya podía seguir su camino. Exultante, Jones siguió a la ruidosa figura uniformada. El guardia lo condujo por un largo pasillo iluminado en un tono amarillento hasta llegar a una serie de cerraduras selladas magnéticamente. Los cerrojos se movieron, y al otro lado se vio una rampa ascendente que se perdía en la fría sombra de la noche. Un viento oscuro azotó la rampa y tironeó de las mangas de Jones. Las estrellas heladas centelleantes brillaban aquí y allá, en un cielo totalmente opaco.

Estaba fuera del edificio de la policía.

En el extremo de la rampa empezaba un camino de cemento. A unos pocos metros de distancia, a un lado, había aparcado un automóvil pesado que brillaba, húmedo y metálico. El guardia lo condujo hasta él, mantuvo la puerta abierta y luego se deslizó hasta sentarse a su lado. El conductor encendió los faros y el automóvil se dirigió hacia la carretera.

El viaje duró media hora. Cuando las luces de una pequeña ciudad brillaron débilmente un poco más adelante de donde se encontraban, el enorme automóvil salió del camino irregular y lleno de baches y se detuvo en el arcén. Abrieron la puerta entre la maleza y los escombros y echaron fuera a Jones. El guardia volvió a subir sin decir palabra, cerró la puerta de un golpe y el coche se marchó con un rugido, dejando a Jones solo.

Comenzó a caminar hacia las luces de la ciudad. Al cabo de unos momentos, una gasolinera parcialmente demolida apareció a la vista. Luego vino un restaurante de carretera, un bar, una tienda de comestibles cerrada y una farmacia. Y, finalmente, un hotel gigantesco y medio desmoronado.

En el vestíbulo del hotel descansaban unos pocos hombres, la mayoría de ellos viejos, con los ojos vacíos, sin esperanza, fumando y esperando con indiferencia. Jones caminó entre ellos hasta la cabina telefónica que había al lado del mostrador. Sacó una moneda de dos dólares del bolsillo y marcó rápidamente.

—Estoy en un pueblo llamado Laurel Heights —le dijo a la persona que respondió—. Ven y recógeme.

Después de eso, se paseó inquieto por el vestíbulo, mirando a través de la ventana cubierta de moscas hacia el oscuro camino que había al otro lado.

Todos estarían esperando, y estaba impaciente por comenzar. Primero vendría su discurso y luego las preguntas, pero para él no fue más que una formalidad; había visto hacía mucho tiempo la aceptación a regañadientes de sus condiciones. Protestarían, pero al final cederían: el editor primero, y luego el general Patzech, y después la señora Winestock, cuya propiedad de Montana proporcionaba el lugar para la reunión y cuyo dinero iba a financiar la organización.

El nombre le gustaba. Se llamarían a sí mismos Patriotas Unidos. Tillman, el industrial, lo sugeriría, los arreglos legales ya los había preparado David Sullivan, el concejal de Nueva York. Todo estaba dispuesto, e iba a funcionar como estaba planeado.

Frente al hotel apareció un delgado proyectil de transporte de morro de aguja. El proyectil se detuvo cautelosamente contra el bordillo; el anclaje se

agarró y el techo se deslizó hacia atrás. Jones salió apresuradamente del vestíbulo al frío de la noche. Dirigiéndose al proyectil, buscó en la oscuridad la abertura.

—Ya era hora —les dijo a las formas medio visibles en la oscuridad—. ¿Están todos allí?

—Todos y cada uno de ellos —fue la respuesta—. Todos reunidos y listos para escuchar. ¿Tienes las correas del asiento abrochadas?

Así era. El casco se deslizó hasta cerrarse, se encajó en su lugar y soltaron el anclaje. Un instante después, el morro de aguja se precipitó hacia el cielo. Se dirigió al oeste, hacia Montana y las montañas Bitterroot: Jones estaba en camino.

7

En el tablero de anuncios de la oficina de correos, entre los avisos de falsificadores huidos e información del correo por cohete, colgaba un gran cuadrado blanco, firmemente pegado con cinta adhesiva detrás de un cristal protector:

¡ADVERTENCIA AL PÚBLICO!
LOS PROTOZOOS MIGRATORIOS
NO DEBEN SUFRIR DAÑO ALGUNO

Se informa al público que ciertos protozoos migratorios interplanetarios denominados «derivos» se encuentran, en virtud de una ley especial del Consejo Supremo del Gobierno Federal Mundial, en la categoría de «Protegidos del Estado» y no deben sufrir daños, heridas, mutilaciones, destrucciones, maltrato, tortura o verse sometidos de cualquier forma a un trato cruel o inusual con la intención de herir o matar. Además, se aconseja que la Ley Pública 30d954A exija que cualquier persona o personas que sea encontrada maltratando a los miembros de la clase de protozoos migratorios interplanetarios conocidos como derivos sean castigados con una multa de no más de ciento noventa mil dólares del Bloque Occidental y/o el confinamiento en un campo de trabajos forzados por un período que no exceda los veinte años.

El Departamento de Salud Pública del Gobierno Federal Mundial declara que los protozoos migratorios denominados derivos son organismos unicelulares benignos e incompletos, incapaces de afectar a la seguridad o propiedad humana, y si se los deja solos, sucumben a la temperatura natural de la superficie de la Tierra. Se informa además que cualquier persona que sea testigo del maltrato antes descrito de los

protozoos migratorios conocidos como derivados será recompensado con la suma en efectivo de diez mil dólares del Bloque Occidental.

7 de octubre de 2002

La mayoría de los avisos y la información sobre falsificadores huidos y correo por cohete tenían un color amarillento, con las esquinas raídas y cubiertos de moscas muertas por el paso del tiempo. Ese aviso permaneció impoluto y en buen estado a lo largo de toda su vida útil: después de estar colocado durante unas tres horas, alguien deslizó el cristal protector hacia un lado y sacó el aviso. Luego lo rompieron y lo tiraron. Y volvieron a colocar el cristal.

El hombre que dirigía ese gentío concreto tenía el cabello rojo y estaba ciego de un ojo. Aparte de eso, se parecía a cualquier otro obrero de espalda ancha que avanzara a grandes zancadas a la cabeza de esa muchedumbre... Excepto que cuando salió brevemente a la luz de la luna, se vio durante un momento un brazalete y que en la mano derecha llevaba un teléfono inalámbrico portátil.

La muchedumbre tampoco era una muchedumbre. Era una fila muy bien organizada de hombres dispuestos. Detrás de esos hombres sí que iba una muchedumbre desordenada e indisciplinada compuesta de muchachos de escuela secundaria, muchachas con pantalones cortos blancos, niños montados en bicicleta, obreros de mediana edad, amas de casa con rostros afilados, perros y algunos ancianos con los brazos cruzados sobre el pecho para hacer frente al frío. En su mayor parte, la multitud se mantuvo atrás y se ocupó de sus propios asuntos; era la línea de hombres que respondían al líder pelirrojo quien hizo el verdadero trabajo. Y el líder pelirrojo cumplía las instrucciones transmitidas por el teléfono de campaña.

—La próxima casa —dijo el teléfono de campaña en su extraño susurro, compuesto de noche y telarañas metálicas—. Puedo verlo bastante bien. Avanza con cuidado; alguien va a vuestro encuentro.

Por encima de ellos, el avión giró las toberas de impulso y se colocó directamente encima del objetivo, que había acabado sobre el techo de un almacén abandonado desde hacía mucho tiempo. Era prácticamente invisible; nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí, secándose y agrietándose bajo la cálida luz del sol, sudando gotas frías de niebla durante las largas noches. Lo

acababan de descubrir en uno de los controles aéreos periódicos sobre la ciudad.

Era uno grande.

—Dios —exclamó el teléfono de campaña cuando el avión explorador descendió con cautela—. Es un bicho grande. Es grande como un granero. Debe de ser viejo de narices.

El líder pelirrojo no respondió; estaba estudiando la pared del almacén, buscando una escalera que llevara al techo. Por fin la encontró: una escalera de incendios que terminaba a unos tres metros del suelo.

—Trae esas cajas —le ordenó a uno de sus hombres—. Esas cajas de basura de ese callejón.

Dos hombres se separaron de la línea. Les entregaron sus linternas a otros que estaban tras ellos y trotaron a través de la calle silenciosa. Era tarde, pasada la medianoche. El distrito industrial de Omaha Falls era inhóspito y estaba desierto. Lejos de allí sonó el motor de un automóvil. De vez en cuando, alguien en la multitud, que miraba llena de tensión, tosía, estornudaba o murmuraba. Ninguno de ellos habló en voz alta. Absortos, fascinados, con un temor casi religioso, vieron a los hombres arrastrar las cajas de basura y apilarlas debajo de la escalera.

Un momento después, el hombre pelirrojo saltó hacia arriba, atrapó el último peldaño y arrastró la escalera hacia abajo.

—Ya estás —dijo el teléfono de campaña, ahora en manos de uno de sus hombres—. Ten cuidado cuando subas al tejado... está justo en el borde.

—¿Está vivo? —quiso saber el pelirrojo, retomando momentáneamente el teléfono de campaña.

—Eso creo. Se agitó un poco, pero está débil.

Satisfecho, el hombre pelirrojo agarró el bidón de gasolina de treinta litros y subió por la escalera. Agarrando metal húmedo bajo sus fuertes dedos. Siguió subiendo entre gruñidos pasando el segundo piso del almacén, más allá de los enormes agujeros rotos que habían sido las ventanas. Algunas siluetas indistintas llenaban el edificio; maquinaria de guerra obsoleta, oxidada y abandonada. Ya casi había llegado al techo. Se detuvo un momento para recuperar el aliento y examinar la situación.

El borde del techo ya era visible. Hasta la nariz le llegaba el débil aroma penetrante del derivo; el olor a carne seca que había llegado a conocer tan bien. Casi podía verlo. Con gran cautela subió un escalón más. Ya era claramente visible.

Era el derivo más grande que hubiera visto. Estaba extendido sobre el techo del almacén, doblado en gruesas capas. Un extremo goteaba libremente por el lado; si quisiera, podría alargar una mano y tocarlo. Pero no quería. Asustado, retrocedió involuntariamente. Odiaba incluso el simple hecho de mirarlos, pero tenía que hacerlo. A veces tenía que tocarlos; y una vez, en un momento terrible, había resbalado y caído sobre uno de ellos, y se encontró medio enterrado en la masa temblorosa del protoplasma.

—¿Cómo se ve? —gritó un hombre desde abajo.

—Bien.

—¿Es grande?

—Mucho.

El pelirrojo se alzó con un movimiento experto y estiró el cuello. El derivo parecía viejo y muy amarillo: su fluido se había vuelto opaco por el paso del tiempo, lo que decoloraba el techo de asfalto. Era bastante delgado, por supuesto: cada capa medía poco más de un centímetro de grosor. Y era extraterrestre. Una forma de vida extraña, desconocida, caída del cielo sobre el techo de aquel almacén. La bilis le subió a la garganta y casi se atragantó. Se volvió, se inclinó y buscó a tientas el tapón del bidón de gasolina.

La gasolina ya estaba esparcida sobre el techo y el fósforo aplicado cuando llegó aullando la primera nave de la policía pasando al lado del lento avión para llegar directamente al techo.

La multitud se dispersó y el avión explorador se escapó. De pie en la seguridad de las sombras, el pelirrojo se dio cuenta de que el fuego ya no se podía apagar. Una nave apagafuegos de la policía arrojó espuma inútilmente durante un rato y luego se retiró. La nave vaciló, y luego descendió por debajo del nivel del techo para evitar que el fuego se extendiera hacia abajo. El derivo ya había perecido. En un momento dado, el cadáver que se secaba se estremeció y envió pedazos llameantes que se derramaron sobre el pavimento. Se encrespó rápidamente, se encogió, dejó escapar sus fluidos vitales y se deformó. Un chillido penetrante y agudo resonó arriba y abajo de la calle; su savia viviente protestaba contra el fuego. Luego, el tejido restante se carbonizó y se desintegró en fragmentos humeantes. La nave apagafuegos se elevó, lanzó unos cuantos chorros algunas veces más, y luego se retiró.

—Ya está —dijo el hombre pelirrojo a través de su teléfono de campaña. Sintió una satisfacción profunda y duradera, sabiendo que había matado con sus manos a la forma de vida alienígena—. Ahora podemos irnos.

8

En el escenario iluminado, las siluetas de brillantes colores bailaron y gesticularon. Las figuras disfrazadas cantaban con ganas, enérgicamente; el escenario relumbraba con un tremendo centelleo: había un pequeño cuadrado luminoso recortado en el otro extremo del pasillo. El tercer acto estaba llegando a su fin. Todos los personajes estaban en el escenario, y con infinita precisión cantaron sus líneas melódicas. En el foso, la orquesta, clásica y perfecta, se esforzaba con tremenda pasión.

Dominando el espectáculo, se alzaba la figura envejecida pero activa de Gaetano Tabelli, que aunque no estaba en la plenitud de su carrera, aún era un espléndido cantante y actor. Con el rostro enrojecido, el fabuloso Tabelli se tambaleaba sobre el escenario con una expresión de perplejo aturdimiento en sus enormes facciones arrugadas, luchando grotescamente por encontrar el camino a través del laberinto de sombras que formaba el mundo de Beaumarchais. Mirando a través de su monóculo, Tabelli escrutó a sus compañeros, alzando todo el tiempo su enorme, familiar y estruendosa voz de barítono. No había existido un Don Bartolo mejor. Y nunca lo habría. Aquella actuación, ese apogeo de puesta en escena operística consumada, de fuerza dramática y de arte vocal perfeccionado, había quedado congelado para siempre. Tabelli había muerto hacía ya diez años. Las figuras en el escenario eran imitaciones robóticas escrupulosamente exactas.

Pero aun así, la representación era totalmente convincente. Relajado y cómodo en su amplia silla, Cussick observaba con pasiva apreciación. Le gustaba mucho *Las bodas de Fígaro*. Había visto a Tabelli muchas veces; nunca se había cansado del mejor papel del gran intérprete. Y disfrutaba de los alegres disfraces, del flujo ininterrumpido de melodía lírica, del coro de mejillas sonrosadas que cantaba interludios campesinos. La música y la fantasmagoría de colores lo habían puesto gradualmente en un estado somnoliento. Medio dormido, se había reclinado en su asiento y lo absorbió todo alegremente.

Pero había algo mal.

Espabilado repentinamente, se enderezó. A su lado, Nina estaba sentada, tranquila y sumida en una satisfacción embelesada; su estado de ánimo no cambió. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se había puesto en pie.

Parpadeando, Nina salió de su trance.

—¿Qué? —susurró asombrada.

Él le hizo un gesto de silencio con la mano y se abrió paso por la fila hasta el pasillo. Un momento después, avanzaba pesadamente entre las hileras de rostros atentos en dirección a los escalones alfombrados de la parte trasera, y a la abarrotada zona de los espectadores de pie. Allí se detuvo para echar una última mirada al escenario.

La sensación se mantuvo, incluso a esa distancia. Pasó junto a los ujieres y llegó al vestíbulo. Allí, en la bóveda ahora vacía y alfombrada que todavía olía a humo de cigarro y perfume de mujer, se detuvo y encendió un nuevo cigarrillo.

Era la única persona en todo el vestíbulo desierto. Tras él, a través de las puertas medio abiertas, resonaban sonidos y voces y el dulce zumbido de una orquesta sinfónica vienesa. Vagamente irritado, deambuló por el vestíbulo. La inquietud no desapareció, y no ayudaba la rápida mirada de desaprobación que había ensombrecido el rostro de Nina. Ya la había visto antes; sabía lo que significaba. Tendría que dar explicaciones. Torció la boca ante la idea.

¿Cómo podría explicarlo?

Más allá del vestíbulo de la ópera se extendía la calle en penumbra, hundida en una desolada quietud. En el lado opuesto había edificios de oficinas desiertos, negros y vacíos, cerrados durante el fin de semana. La entrada de uno de ellos estaba medio iluminada por un anuncio luminoso que parpadeaba sin demasiada fuerza. En el asfalto había montones de basura arrastrada por la brisa nocturna. Carteles, pedazos de papel, basura urbana de varias clases. Incluso desde donde estaba parado, aislado por gruesas puertas de cristal, por el tramo de escalones de cemento, por la amplia acera y la propia calzada, Cussick fue capaz de distinguir las letras en un cartel arrugado.

PATRIO
mitin en
de la ma
JONES HARÁ
invitación públ

Desgarrado por la mitad, el póster yacía invisible, pero por cada uno de los que la policía había arrancado, otros mil cubrían todavía paredes y puertas; colgaban en restaurantes, escaparates, bares, lavabos, estaciones de servicio, escuelas, oficinas, casas privadas. El Flautista de Hamelín y su rebaño... el hedor a gasolina ardiendo.

Cuando estalló el estruendoso rugido de aplausos de la ovación final, Cussick se puso tenso. Algunas personas ansiosas no tardaron en salir de forma apresurada por las puertas ya abiertas; los ujieres aparecieron y rápidamente dejaron las hojas de las puertas fijas a los lados. Un momento después, surgió la primera falange de la multitud, riendo y conversando, envueltos en sus abrigos, los ciudadanos bien vestidos del piso principal se lanzaron al vestíbulo, como un frasco de costosas joyas que se hubiera volcado de repente. El público con ropa menos cara bajaba por las anchas escaleras. En un instante, Cussick quedó rodeado por un denso grupo de personas que hablaban, murmuraban y gesticulaban ruidosamente.

En ese momento, Nina se abrió paso hacia él.

—Hola —dijo incómodo.

—¿Qué te pasó? —quiso saber Nina, medio ansiosa, medio exasperada—. ¿Tuviste algún tipo de ataque?

—Lo siento. —Era algo difícil de explicar—. El paisaje del último acto me recordó algo. Algo lúgubre. Gente acechando en la oscuridad.

—¿Te recordó el trabajo? —comentó Nina con suavidad—. ¿Prisiones de la policía, tal vez? —La voz se le tensó, agudizada con una acusación momentánea—. ¿Conciencia culpable?

Cussick sintió que se ruborizaba.

—No, no es eso.

Al parecer, respondió demasiado alto; algunas personas cercanas miraron con curiosidad alrededor. Cussick cerró la boca enojado y se metió las manos en los bolsillos.

—Hablemos de ello en otro momento.

—Está bien —asintió Nina alegremente, sonriendo con su familiar destello de dientes blancos—. Nada de escenas. No esta noche.

Se dio la vuelta ágilmente sobre los talones y miró a los grupos de personas que los rodeaban. El modo en que mantenía fruncida la frente indicaba que todavía estaba molesta; no tenía dudas sobre eso. Pero el choque quedaba pospuesto.

—Lo siento —repitió Cussick con torpeza—. Es todo esto que está pasando. La escena a oscuras me lo recordó. Siempre me olvido de que toda

la escena está ambientada de noche.

—No te preocupes por eso —respondió Nina con insistencia, queriendo dejar de lado el asunto. Le clavó las uñas afiladas en el brazo con un movimiento rápido—. ¿Qué hora es? ¿Ya es medianoche?

Cussick consultó su reloj de pulsera.

—Un poco más tarde.

Nina frunció el ceño y miró rápidamente hacia la acera. Los taxis se deslizaban hacia la zona de carga, donde recogían a los pasajeros y arrancaban de inmediato.

—¿Crees que ya no lo veremos? Yo esperaré un poco, ¿no? Creí haberlo visto, hace un segundo, cuando salía.

—¿No iba a reunirse con nosotros en el apartamento?

Por alguna razón, no podía imaginarse a Kaminski en una ópera de Mozart; el hombre preocupado y de cara redonda con su grueso bigote pertenecía a otro siglo diferente.

—No, cariño —dijo Nina con paciencia—. Nos íbamos a ver aquí, ¿recuerdas? Estabas pensando en otra cosa, como de costumbre. Se supone que debemos esperarlo; él no sabe dónde vivimos.

La multitud comenzaba a fluir desde el vestíbulo hacia la calle. Las ráfagas de aire gélido de la noche penetraron en el zaguán. Todo el mundo se abrochó los abrigos y las pieles quedaron colocadas donde debían estar. El olor íntimo de perfume y humo de puro disminuyó rápidamente a medida que el vacío remoto y hostil del mundo exterior se abría paso.

—Nuestro pequeño cosmos se está deshaciendo —comentó Cussick con cierta morbosidad—. El mundo real está en camino.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nina distraídamente, todavía estudiando críticamente a las mujeres que los rodeaban—. Mira lo que lleva puesto esa chica. Allí, la de azul.

Mientras Cussick se volvía para mirar, una figura familiar se acercó a ellos.

—Hola —dijo Kaminski cuando ya casi estuvo a su lado—. Lo siento, he llegado tarde. Lo olvidé por completo.

El aspecto de Max Kaminski lo conmocionó. No había visto a su antiguo instructor político desde hacía meses. Kaminski estaba demacrado y encorvado, con los ojos inyectados en sangre, subrayados por unos hinchados círculos negros. Los dedos le temblaron mientras extendía la mano para estrechar la suya. Debajo de un brazo llevaba un voluminoso paquete

envuelto en papel marrón. Asintiendo levemente hacia Nina, consciente de ella por primera vez, la saludó con un murmullo:

—Buenas noches, Nina. Me alegro de verte de nuevo.

—No has venido a ver la ópera —observó Nina mientras miraba con expresión de desagrado el arrugado traje de negocios del hombre y el paquete mal envuelto.

—No, me la perdí. —La mano de Kaminski estaba húmeda y pegajosa; la retiró y se irguió torpemente, haciendo un esfuerzo por concentrarse—. No puedo permanecer sentado en actos largos. Bueno, ¿estamos listos para irnos?

—Ciertamente —respondió Nina con voz gélida. Su consternación se estaba convirtiendo rápidamente en aversión total. Era evidente que Kaminski había trabajado en un turno doble de quince horas. El agotamiento y la fatiga nerviosa estaban impresos en cada poro de su cuerpo encorvado—. ¿Qué es eso que llevas ahí? —le preguntó señalando el paquete.

—Te lo enseñaré después —le respondió Kaminski sin comprometerse y aferrándolo con más fuerza.

—Vámonos entonces —dijo Nina enérgicamente tomando el brazo de su marido—. ¿Adónde?

—Hay una chica —murmuró Kaminski, arrastrando los pies tras ellos—. Tenemos que recogerla. Tú no la conoces. Olvidé hablarte de ella. Muy buena chica. Eso nos convertirá en dobles parejas... —Intentó reír, pero lo que salió sonó más como un estertor de muerte—. No me pidas que te la presente, no sé su apellido. La recogí, o algo así, en una de las oficinas exteriores.

—Primero me gustaría ir al apartamento. Quiero ver cómo está Jackie —dijo Nina.

—¿Jackie? —Kaminski se apresuró a bajar desconcertado los escalones de cemento tras ellos—. ¿Quién es?

—Nuestro hijo —respondió Nina con frialdad.

—Es verdad —admitió Kaminski—. Tenéis un niño. Nunca lo he visto. —Su voz se apagó...—. Con todo este trabajo, no sé si voy o vengo.

—Ahora mismo estás yendo —replicó Nina, parada en la acera, con el cuerpo rígido, los brazos cruzados y un gesto de desaprobación en el rostro mientras esperaban que llegara un taxi—. ¿Estás seguro de que te encuentras en condiciones para esto? Parece que ya has iniciado tu parte de la celebración.

Cussick la cortó con brusquedad.

—Déjalo ya.

El taxi llegó y Nina se deslizó con cuidado en su interior. Los dos hombres la siguieron y el taxi salió disparado hacia el cielo. Debajo de ellos, las luces de Detroit centelleaban y parpadeaban, unas estrellas espaciadas de forma ordenada en un firmamento hecho por el hombre. El aire fresco de la noche entró en la cabina del taxi, un viento fuerte pero revitalizador que ayudó a Cussick a despejarle la cabeza. En ese momento, Kaminski pareció recuperarse un poco.

—A tu esposo y a mí no nos ha ido demasiado bien últimamente —le dijo a Nina: una disculpa tardía—. Probablemente lo hayas notado.

Nina asintió.

—Nos estamos desmoronando. La tensión... —Hizo una mueca—. No es fácil ver todo lo que defiendes caerse a pedazos. Un ladrillo tras otro.

—¿Los gráficos siguen subiendo? —preguntó Cussick.

—Como un cohete. Cada región, cada estrato social. Está llegando a todos... Un alcance transversal. ¿Cómo demonios podemos aislar una cosa así? Hay gasolina ardiendo en cada esquina de todas las calles del mundo.

—¿Eso te sorprende? —preguntó Nina pensativamente.

—Es ilegal —replicó Kaminski con rabia infantil—. No tienen derecho a matar esas cosas.

Las delgadas cejas dibujadas a lápiz de Nina se alzaron.

—¿Realmente te importan esos... bultos?

—No —admitió Kaminski—. Por supuesto no. Ojalá todos se quemaran chisporroteando bajo el sol. Y tampoco a él; a nadie le importan los derivados de una forma u otra.

—Qué extraño —replicó Nina, con una voz cuidadosamente modulada—. Millones de personas están resentidas, dispuestas a infringir la ley para mostrar su resentimiento, y dices que a nadie le importa.

—A nadie que importe —repuso Kaminski, perdiendo el sentido de lo que estaba diciendo—. Solo a los tontos los preocupa, a los idiotas. Jones lo sabe y nosotros lo sabemos, los derivados son un medio, no un fin. Son un motivo de reivindicación, un pretexto. Estamos jugando un juego, un juego enorme y muy elaborado. —Cansado, murmuró—: Dios, lo odio.

—Entonces, deja de jugar a ello —dijo Nina con pragmatismo.

Kaminski reflexionó.

—Quizá tengas razón. A veces pienso eso; sobre todo cuando estoy trabajando sin parar, enterrado en gráficos e informes. Es una idea.

—Dejemos que quemen a los derivados —terció Cussick—. ¿Y luego, qué? ¿Con eso se acaba todo?

—No. —Kaminski asintió a regañadientes—. Por supuesto que no. Entonces comienza lo verdaderamente importante. Porque los derivados no están aquí; solo algunos de ellos han llegado a nuestro sistema. Vienen de algún lado; tienen un punto de origen.

—Más allá de los ocho muertos —dijo Nina enigmáticamente.

Aquello lo despertó de su letargo, y Kaminski se volvió para mirar a la mujer. Su rostro astuto y arrugado, con un gesto sombrío por la sospecha, todavía la estaba estudiando cuando el taxi comenzó a descender. Nina abrió su bolso y encontró un billete de cincuenta dólares.

—Hemos llegado —dijo al cabo de un momento—. Puedes entrar, si quieres. O puedes esperar aquí, solo tardaré un momento.

—Entraré —dijo Kaminski. Estaba claro que no quería quedarse solo—. Me gustaría ver a vuestro hijo... Nunca lo he visto. —Mientras buscaba a tientas la puerta, murmuró con incertidumbre—: No lo he visto nunca, ¿verdad?

—No —respondió Cussick, profundamente impresionado por el deterioro de su viejo instructor. Cuidadosamente, alargó la mano por delante de Kaminski y abrió la puerta del taxi—. Pasa y entra en calor.

La sala de estar del apartamento se iluminó automáticamente cuando Nina abrió la puerta principal. Del dormitorio salió un gemido gorgoteante e indignado: Jackie estaba despierto y enfadado.

—¿Está bien? —preguntó Cussick con nerviosismo—. ¿Ese cacharro no funciona?

—Probablemente tenga hambre —respondió Nina, quitándose el abrigo y tirándolo sobre una silla—. Voy a calentarle el biberón.

Desapareció por el pasillo en dirección la cocina con la falda arremolinándose alrededor de sus tobillos.

—Siéntate —lo invitó Cussick.

Kaminski se sentó agradecido. Dejó su paquete a su lado, en el sofá.

—Tienes una casa muy acogedora. Limpia, fresca, todo nuevo.

—Lo redecoramos todo cuando nos mudamos.

Kaminski miró alrededor inquieto.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—¿Ayudar? —Cussick se echó a reír—. No, a menos que seas un experto en la alimentación de bebés.

—No lo soy. —Kaminski jugueteó con la manga de su abrigo con gesto infeliz—. Nunca he tenido nada que ver con eso. —Echó un vistazo a la sala

de estar y en su cara apareció una leve expresión de ansia—. ¿Sabes?, tengo muy claro que te envidio.

—¿Por esto? —La sala de estar estaba bien amueblada y ordenada. Era un apartamento pequeño, rigurosamente cuidado, que mostraba el gusto de la mujer por el mobiliario y la decoración—. Supongo que sí —admitió Cussick—. Nina lo mantiene arreglado. Pero solo tiene cuatro habitaciones. Como me recuerda de vez en cuando —añadió secamente.

—Tu esposa me muestra mucha hostilidad. Lo siento, y eso me preocupa. ¿Por qué le ocurre tal cosa? —dijo Kaminski evidentemente nervioso.

—La policía.

—¿Le molesta nuestro trabajo? —Kaminski hizo un gesto de asentimiento—. Eso pensé que era. No es muy popular ahora mismo. Y cada vez lo es menos. A medida que Jones sube, nosotros bajamos.

—A ella nunca le ha gustado —aclaró Cussick con voz suave. Oía los sonidos distantes de Nina moviéndose en la cocina, calentando la leche del bebé, sus tacones repiqueteando con rapidez mientras se apresuraba hacia el dormitorio, sus murmullos tenues mientras hablaba con el bebé—. Trabajaba en una agencia de información. El relativismo nunca caló profundamente en los medios de comunicación; todavía están atascados en los viejos lemas de bondad, verdad y belleza. La policía no es bella, sin duda... y se pregunta si es buena. —Siguió hablando lleno de sarcasmo—: Después de todo, admitir la necesidad de la policía secreta sería admitir la existencia de cultos absolutistas fanáticos.

—Pero ha oído hablar de Jones.

—A veces pienso que las mujeres son receptores totalmente pasivos, como los pedazos de papel de tornasol.

—Algunas mujeres —contestó Kaminski negando con la cabeza—. No todas.

—Lo que el público piensa de Jones, ella lo piensa. Puedo decir lo que creen simplemente hablando con ella. Parece captarlo de forma intuitiva, por medio de una especie de ósmosis psíquica. —Calló un momento antes de añadir—: Un día, robó unos pequeños vasos de una tienda. No pude comprenderlo en ese momento. Más tarde lo entendí... pero hizo falta que pasara otras dos veces más para que me quedara claro.

—Oh —exclamó Kaminski—. Sí, por supuesto. Eres policía. Ella está resentida contigo. Entonces viola la ley... es su forma de protestar contra la policía. —Levantó la mirada—. ¿Ella lo entiende?

—No exactamente. Sabe que siente una indignación moral hacia mí. Me gusta pensar que no es más que un idealismo de eslogan ya desgastado. Pero tal vez sea algo más. Nina es ambiciosa; viene de una buena familia. Socialmente, le gustaría estar sentada en los palcos, no en el patio de butacas. Estar casada con un policía nunca ha sido algo socialmente útil. Es un estigma. Y es incapaz de superar eso.

—Eso dices tú. Pero sé que estás muy enamorado de ella —dijo Kaminski pensativamente.

—Bueno, espero poder mantenerla a mi lado.

—¿Te irías de Seguridad para seguir con ella? Es decir, si tuvieras que elegir.

—No sabría decírtelo. Espero que nunca tenga que hacer esa elección. Probablemente depende de qué pase con todo esto de Jones. Y nadie puede saberlo, excepto el propio Jones.

Nina apareció en la puerta.

—El niño ya está bien. Podemos irnos

—¿Te apetece salir? —le preguntó Cussick mientras se ponía en pie.

—Por supuesto que sí —respondió Nina enfáticamente—. No voy a quedarme sentada en casa; eso te lo puedo asegurar.

—Nina, ¿podría ver a Jack antes de irnos? —preguntó Kaminski con cierta vacilación mientras la mujer recogía sus cosas.

Nina sonrió; su rostro se suavizó.

—Claro que sí, Max. Vamos al dormitorio. —Dejó de nuevo sus cosas—. Pero no hagas demasiado ruido.

Kaminski recogió su paquete y los dos hombres la siguieron obedientemente. La habitación era oscura y cálida. En su cuna, el bebé dormía profundamente, con una mano en la boca y las rodillas levantadas. Kaminski se detuvo un momento, con las manos en la barandilla de la cuna. El único sonido era la respiración amortiguada del bebé y los continuos chasquidos del robot vigilante.

—No tenía tanta hambre, en realidad. Ya lo había alimentado —dijo Nina señalando al robot—. Simplemente me echaba de menos.

Kaminski comenzó a alargar una mano hacia el bebé, pero luego cambió de opinión.

—Tiene un aspecto saludable —dijo con torpeza—. Se parece mucho a ti, Doug. Tiene tu frente, pero el pelo es de Nina.

—Sí —coincidió Cussick—. Va a tener un buen cabello.

—¿Y el color de los ojos?

—Azules. Como Nina. El ser humano perfecto: mi poderoso intelecto y su belleza.

Pasó un brazo alrededor de su esposa y la abrazó con fuerza.

Kaminski se mordisqueó el labio y habló a media voz:

—Me pregunto cómo será el mundo cuando crezca. Me pregunto si correrá por las ruinas con una pistola y un brazalete... cantando un lema.

De repente, Nina se dio la vuelta y salió de la habitación. Cuando la siguieron, la encontraron de pie junto a la puerta de la sala de estar, con el abrigo puesto y el bolso bajo el brazo, poniéndose los guantes con movimientos rápidos y bruscos.

—¿Listos? —preguntó con voz seca. Abrió la puerta del pasillo con un leve puntapié—. Entonces vamos. Recogeremos a... la chica de Max y nos pondremos en marcha.

9

La chica estaba esperando recatadamente en el anexo de Seguridad. Kaminski ordenó que el taxi se detuviera delante del oscuro camino pavimentado. Se bajó de un salto y caminó por la sombría senda hacia el largo edificio de hormigón. Después de un breve intervalo, regresó con una figura pequeña y solemne. Para entonces, había logrado conocer su apellido.

—Tyler —murmuró mientras la ayudaba a subir al taxi—, te presento a Doug y a Nina Cussick. —Luego señaló a la chica—: Tyler Fleming.

—Hola —dijo Tyler con voz ronca, echando la cabeza hacia atrás y sonriéndoles tímidamente.

Tenía unos grandes ojos oscuros y pelo corto negro azabache. Su piel era suave y ligeramente bronceada. Era esbelta, casi flaca, con un cuerpo muy joven y sin forma bajo su sencillo vestido de noche.

Nina la examinó con ojo crítico.

—Te he visto por aquí. ¿No eres una empleada de Seguridad?

—Estoy en investigación —contestó Tyler con un susurro casi inaudible—. Solo llevo en Seguridad unos meses.

—Te irá bien —comentó Nina mientras le indicaba al taxi que ascendiera.

Al cabo de un momento, ya estaban en camino hacia arriba. Con gesto irritado, Nina golpeó con el índice el botón de alta velocidad montado en el apoyabrazos.

—Ya es casi la una en punto —explicó—. Si no nos damos prisa, no veremos nada.

—¿Ver? —repitió Cussick con un eco aprensivo.

Por indicación de Nina, el taxi los dejó en la sección norte de la playa de San Francisco. Cussick pagó al contador robot noventa dólares, y el taxi se marchó disparado. A su derecha estaba la avenida Columbus y sus famosas filas de bares, antros de mala muerte, cabarets y restaurantes del mercado negro. Había mucha gente vagando por las calles; el cielo estaba repleto de taxis que cubrían el trayecto entre ciudades y que no paraban de aterrizar y

despegar. Los carteles multicolores parpadeaban, y a cada lado había imágenes que parloteaban.

Al ver dónde Nina los había llevado, Cussick sintió una punzada de consternación. Sabía que ella había ido a San Francisco varias veces; los informes policiales mencionaban su presencia en el área de vigilancia de North Beach. Pero él había asumido que era algo clandestino, una protesta encubierta, pero no esperaba que ella lo llevara allí. Nina ya se dirigía hacia la escalera descendente de una barra subterránea; parecía saber exactamente adónde iba. Corrió a ponerse a su lado.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le preguntó.

Nina se detuvo.

—¿Hacer qué?

—Esta es una zona que desearía que hubieran demolido. Lástima que las bombas no terminaran de una vez por todas con este lugar.

—Estaremos bien —le aseguró ella con cierto remilgo—. Conozco gente aquí.

—Dios mío —exclamó Kaminski, viendo por primera vez dónde estaban—. ¡Estamos cerca de ellos!

—¿De quién? —preguntó Cussick, desconcertado.

El rostro cansado de Kaminski se endureció. No dijo nada más; colocó una mano sobre el hombro de Tyler y la condujo hacia la escalera. Nina ya había comenzado a bajar. A regañadientes, Cussick la siguió. Kaminski fue el último, en un oscuro mundo propio, pensando y murmurando sobre asuntos esotéricos conocidos solo por la mordaz duda de su propia conciencia. Tyler, seria y serena, descendió voluntariamente, sin resistencia. A pesar de tan joven como era, parecía totalmente calmada, no había señales de sorpresa en su rostro.

El nivel subterráneo estaba atestado de gente, una masa densamente compacta que se agitaba y ondulaba como un solo organismo. Un constante estallido de ruido metálico rugía ensordecedoramente; el aire era denso por el humo, la transpiración y el constante griterío de los seres humanos. Varios robots camareros, suspendidos del techo, giraban aquí y allá, sirviendo bebidas y recogiendo vasos.

—Por aquí —les indicó Nina, liderando el camino.

Cussick y Kaminski intercambiaron miradas. Aquellos lugares no eran estrictamente ilegales, por supuesto, pero Seguridad habría preferido cerrarlos. La región de North Beach en San Francisco era la bestia negra de

los escuadrones del vicio, un último remanente de los barrios rojos anteriores a la guerra.

Nina se sentó a una pequeña mesa de madera apretujada contra la pared. Sobre ella, una vela de imitación parpadeaba irregularmente. Cussick acercó una caja de embalaje y se sentó con gesto incómodo; Kaminski realizó el ritual mecánico de encontrar una silla para Tyler y luego otra para él. Inclínandose, dejó su paquete en el suelo, apoyado contra una pata de la mesa. Los cuatro se sentaron muy apretujados, tocándose con los codos y los pies, unos frente a otros a través de la superficie cuadrada de la mesa cubierta de agua.

—Bueno, aquí estamos —dijo Nina alegremente.

Su voz era apenas audible por encima del estrépito. Cussick se inclinó e intentó esquivar el constante clamor. El aire enrarecido, el movimiento frenético de la gente, todo eso lo ponía vagamente enfermo. El buen ánimo de Nina tenía una calidad sombría y deliberada al respecto, y se preguntó qué pensaría Tyler. Ella no parecía pensar nada: bonita, competente, se sentó y se desabrochó el abrigo con una expresión agradable en el rostro.

—Esto es el precio que pagamos. —La voz de Kaminski llegó a oídos de Cussick—. Tenemos el relativismo; todos contentos.

Algunas de sus palabras llegaron a Nina.

—Oh, sí —dijo mostrándose de acuerdo con una sonrisa tensa—. Tienes que dejar que la gente haga lo que quiera.

El camarero robot cayó como una araña de metal desde el techo, y Nina centró su atención en pedir. De la lista de precios seleccionó una preparación oral de heroína, y luego pasó la carta a su marido. Petrificado, Cussick observó cómo el robot sacaba una bolsa de celofán con cápsulas blancas.

—¿Tomas de eso? —quiso saber.

—De vez en cuando —respondió Nina evasiva mientras rasgaba el envoltorio con sus uñas afiladas.

Aturdido, Cussick pidió marihuana para él; Kaminski hizo lo mismo. Tyler examinó la lista de precios con interés, y, finalmente, eligió un licor elaborado a partir de la droga de la artemisia. Cussick pagó la cuenta, y el camarero, después de entregar los pedidos, cogió el dinero y se fue.

Su esposa, ya bajo la influencia de la heroína, estaba sentada con la mirada vidriosa, respirando superficialmente, con las manos juntas. Se veía el tenue brillo de la transpiración en su garganta, que, gota a gota, bajaba hasta la clavícula, donde se evaporaba por el calor del local. Él sabía que la droga estaba muy cortada por orden de la policía, pero todavía era un narcótico

poderoso. Percibía un movimiento rítmico casi invisible en su cuerpo; ella se tambaleaba hacia delante y hacia atrás por una perturbación auditiva desconocida para los otros.

Extendió un brazo y le tocó la mano. Tenía la carne fría, pálida, dura como la piedra.

—Cariño —dijo suavemente.

Con un esfuerzo, ella consiguió fijar la mirada en él.

—Hola —respondió un poco triste—. ¿Cómo estás?

—¿Realmente nos odias tanto?

Ella sonrió.

—No a ti, a nosotros. A todos nosotros.

—¿Por qué?

—Bueno —dijo Nina, con una voz remota y distante, llevada a la realidad por una fantástica fuerza de voluntad—. Me parece tan increíblemente desesperanzador... Todo... como dice Max. No hay nada. Estamos viviendo en la muerte.

Kaminski, que fingía no oír, que fingía no escuchar, se quedó helado, asimilando cada palabra, sintiendo un intenso dolor.

—Quiero decir, estaba la guerra, y ahora aquí estamos nosotros —añadió Nina—. Y Jackie también. ¿Para qué? ¿Adónde podemos ir? ¿Qué podemos buscar? Ni siquiera estamos autorizados a tener ilusiones románticas, nunca más. Ni siquiera podemos decirnos mentiras. Si lo hacemos... —sonrió, sin rencor— entonces nos llevan a los campos de trabajos forzados.

Fue Kaminski quien respondió:

—Tenemos a Jones... el torbellino que nos barre. Eso es lo peor de nuestro mundo... está permitido que venga la bestia.

Tyler bebió un sorbo de cóctel y no dijo nada.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Nina—. No puedes mantener tu mundo tal y como está... te das cuenta de que se ha terminado. Jones ha llegado. Tienes que reconocerlo. Él es el futuro; todo está entretejido, atado, mezclado. No puedes tener el uno sin el otro... Tu mundo no tiene futuro propio.

—Jones nos matará a todos —dijo Kaminski.

—Pero al menos tendrá un significado. Haremos algo. —La voz de Nina se apagó, alejándose más de ellos—. Va a ser por algo. Nos esforzaríamos por alcanzar algo, como solíamos hacer.

—Idealismo vacío —replicó Cussick con tristeza.

Nina no respondió. Ya había desaparecido en un mundo interior; su cara estaba en blanco, carente de expresión.

En la plataforma elevada montada en la parte trasera de la sala había empezado una conmoción. Era la pista de atracciones del lugar; el espectáculo nocturno. Los clientes centraron su atención allí; el grupo de gente al pie de la escalera estiró los cuellos con impaciencia. Cussick observó sin ganas, indiferente a lo que estaba sucediendo, con la mano todavía apoyada en la de su esposa.

El espectáculo constaba de dos personas, un hombre y una mujer. Sonrieron al público, y luego se quitaron la ropa. A Cussick le recordó el primer día que vio a Jones, ese día a principios de la primavera, cuando había cruzado el terreno negro y fangoso para visitar la feria. El luminoso día de abril había sido testigo de la variedad de monstruosidades, fenómenos y mutantes reunidos tras la guerra. El recuerdo brotó en su interior, una mezcla de nostalgia por su propia juventud esperanzada, sus vagas ambiciones y su idealismo.

Las dos figuras en el escenario, profesionalmente ágiles y flexibles, habían comenzado a hacer el amor. El acto se llevaba a cabo como un ritual: lo habían hecho tantas veces que se trataba de una serie de movimientos de baile, sin pasión ni intensidad. Tras un breve rato, como una especie de ritmo creciente, el sexo del hombre comenzó a cambiar. Después de un tiempo, fueron los movimientos rítmicos de dos mujeres. Luego, hacia la conclusión, la figura que originalmente se presentó como una mujer se transformó en un hombre. Y el baile terminó como había comenzado: con un hombre y una mujer haciendo el amor en silencio.

—Una gran hazaña —admitió Kaminski mientras el hombre y la mujer se ponían la ropa, se inclinaban para saludar y abandonaban el escenario. Habían intercambiado la ropa, y el efecto final fue abrumador. Una ovación de aplausos sinceros se extendió por la sala: la pareja eran unos artistas—. Recuerdo cuando vi por primera vez mutantes hermafroditas en acción. Ahora parecen solo unos más... —Kaminski añadió irónicamente—: Otro ejemplo más de relativismo en acción.

Durante unos momentos, ninguna de las cuatro personas habló. Finalmente, Tyler dijo:

—Me pregunto hasta dónde podemos llegar.

—Creo que hemos ido tan lejos como podemos —respondió Cussick—. Todo lo que podemos esperar ahora es ser capaces de aguantar.

—¿Fuimos demasiado lejos? —preguntó Kaminski con un tono de voz lastimero.

—No —respondió Cussick rotundamente—. Teníamos razón. Tenemos razón ahora. Es una paradoja, una contradicción, un delito criminal decirlo, pero teníamos razón. Secretamente, encubiertamente, tenemos que creer que fue así. Aferró convulsivamente la fría mano de su esposa—. Tenemos que tratar de evitar que nuestro mundo se desmorone por completo.

—Quizá sea demasiado tarde —apuntó Kaminski.

—Sí —se mostró de acuerdo Nina de repente—. Es demasiado tarde. —Apartó los dedos de Cussick. La mandíbula se le movió de forma espasmódica y se inclinó hacia delante, con los dientes castañeteando y las pupilas dilatadas—. Por favor, cariño...

Cussick se puso en pie, y Tyler hizo lo mismo para colocarse a su lado.

—Yo me ocuparé de ella —dijo la muchacha, rodeando inmediatamente la mesa en dirección a Nina—. ¿Dónde está el baño de mujeres?

—Gracias —dijo Kaminski aceptando un cigarrillo de Cussick. Las mujeres todavía no habían regresado. Después de encenderlo, Kaminski comentó—: Supongo que sabes que Jones ha escrito un libro.

—¿Algo diferente a las publicaciones de los Patriotas Unidos?

Kaminski levantó el paquete envuelto en papel marrón que tenía en el suelo al lado de la mesa y lo abrió con cuidado.

—Es un resumen. Se titula *La lucha moral*. Describe su programa completo, lo que realmente quiere, lo que realmente representa. El mito del movimiento.

Colocó el grueso volumen en el centro de la mesa y pasó unas cuantas páginas.

—¿Te lo has leído? —preguntó Cussick mientras lo examinaba.

—No por entero. No está completo. Jones lo está dando a conocer oralmente. El libro es una transcripción de sus arengas... Está creciendo a pasos agigantados.

—¿A qué te referías cuando dijiste que estábamos cerca de ellos? ¿De quién estabas hablando? —preguntó Cussick.

Una expresión extraña, oblicua y retraída apareció en la cara del más mayor de los dos hombres. Recogió el libro y comenzó a envolverlo de nuevo.

—No recuerdo haber dicho eso.

—Sí, cuando estábamos llegando.

Kaminski se tomó su tiempo con el paquete. Lo dejó en el suelo otra vez, apoyado contra la pata de la mesa.

—Puede que algún día entres en eso. Pero todavía no.

—¿No puedes darme alguna información?

—No, la verdad es que no. Lleva cierto tiempo en marcha; es importante. Obviamente es aquí, en esta zona. Por supuesto, involucra a varias personas.

—¿Lo sabe Jones?

Kaminski se estremeció.

—Dios no lo quiera. Aunque claro, tal vez lo sepa. ¿No lo sabe todo? De todos modos, no puede hacer nada al respecto... no tiene poder legal.

—Entonces eso se encuentra bajo la jurisdicción del Fedgov.

—Sí, claro —admitió Kaminski con gesto sombrío—. El Fedgov todavía sigue en funcionamiento. Están probando algunos últimos trucos antes de que se desmorone.

—No parece que creas que podemos vencer esta situación.

—¿Es la impresión que doy? Simplemente nos enfrentamos a un profeta... Deberíamos ser capaces de manejar algo así. Ya ha habido profetas antes. El Nuevo Testamento está lleno de ellos.

—¿Qué quieres decir con eso? Está Juan el Bautista. ¿Te refieres a él?

—Me refiero a Aquél a quien Juan profetizó.

—Estás delirando.

—No, estoy repitiendo. Oigo ese tipo de cosas. La Segunda Venida... Después de todo, se suponía que aparecería de nuevo, en algún momento. Y el mundo ciertamente lo necesita ahora.

—Pero eso supone que los derivados son... —Cussick hizo una mueca—. ¿Cuál es el término?

—Hordas del infierno. —Kaminski continuó mientras exhalaba bocanadas de humo gris de cigarrillo—: Las legiones de Satanás. Los malvados.

—Entonces no hemos retrocedido cien años. Hemos retrocedido mil.

—Quizá esto no sea tan malo. Los derivados no son personas, son burbujas sin conciencia. Supongamos lo peor. Supongamos que Jones logra comenzar una guerra. Acabamos con los derivados aquí y luego limpiamos los planetas uno por uno. Después de eso... —Kaminski hizo un gesto hacia el techo—. A las estrellas. Con grandes acorazados. Damos caza a esos cabrones y exterminamos la raza. ¿Bien? ¿Y luego qué? El enemigo ha desaparecido. Una raza de amebas gigantes ha perecido. ¿Eso es tan malo? Solo estoy tratando de ver todas las posibilidades. Iremos más allá de nuestro sistema. Y en ese momento, sin ese estímulo, sin el odio, sin la sensación de luchar contra un enemigo, simplemente nos quedamos sentados.

—Estás diciendo lo mismo que dice Jones —reflexionó Cussick.

—Puedes apostar a que sí.

—¿Quieres que te muestre tu error? El peligro no está en la guerra, está en la actitud que hace posible la guerra. Para pelear, tenemos que creer que tenemos razón y que ellos están equivocados. Blanco contra negro, bueno contra malvado. Los derivados no tienen nada que ver con eso; son solo un medio.

—No estoy de acuerdo contigo en un punto —respondió Kaminski con fervor—. ¿Estás convencido de verdad de que en la propia guerra no hay peligro?

—Claro —se reafirmó Cussick, pero de repente se sintió inseguro—. ¿Qué daño puede hacernos un primitivo protoplasma unicelular?

—No lo sé. Pero nunca hemos librado una guerra contra seres que no son terrestres. No me gustaría correr el riesgo. Recuerda que todavía no sabemos lo que son. Puede que algún día nos llevemos una sorpresa. Una sorpresa o incluso algo peor. Puede que lo averigüemos.

Tyler y Nina volvieron a sus asientos tras serpentear entre las mesas abarrotadas y casi pegadas entre sí. Nina se sentó juntando las manos, pálida y temblorosa, pero totalmente recuperada y consciente, con la atención puesta en la plataforma elevada.

—¿Se han ido? —preguntó débilmente.

—Nos preguntábamos cómo deciden esos hermafroditas qué son qué en cada momento —dijo Tyler—. Es decir, mientras Nina y yo estábamos allí, uno de ellos podría entrar, y no sabríamos si sentirnos ofendidas o no. —Tomó con delicadeza un sorbo de su copa—. Entraron y salieron muchas mujeres de aspecto inusual, pero ninguno de los hermafroditas.

—Hay uno de ellos allí —comentó Nina con voz temblorosa—. Al lado del emisor de melodías.

Uno de los bailarines se encontraba apoyado en la máquina de metal, el que había comenzado su actuación como un chico joven. Todavía era una mujer, que era como había terminado la representación. Delgada, con el pelo de color castaño muy corto, vestida con falda, blusa y sandalias, era un andrógino perfecto. Su cara suave y neutral estaba carente de toda expresión; parecía un poco cansada, nada más.

—Pídele que venga a sentarse con nosotros —dijo Nina tocándole el brazo a su esposo.

—No hay sitio —replicó Cussick con sequedad. No quería tener nada que ver con eso—. Y no vayas. —La vio hundirse de nuevo en el asiento—. Quédate aquí.

Nina le lanzó una rápida mirada parecida a la de un animal y luego se calmó.

—Sigues sintiéndote así, ¿no?

—¿Así cómo?

—Déjalo. —Nina movió las manos con gesto inquieto sobre la superficie de la mesa—. ¿Podríamos tomar algo para beber? Me apetece un coñac.

Cuando llegaron las nuevas bebidas, Nina levantó la copa en un brindis.

—Brindo... —anunció, y los demás acercaron sus copas y hubo un leve tintineo cuando se tocaron—. Por un mundo mejor.

—Dios —dijo Kaminski con cansancio—. Odio oír hablar así.

Nina sonrió levemente.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Porque no significa nada. —Con los hombros caídos, Kaminski tomó un sorbo de su whisky sour—. ¿Quién no está a favor de un mundo mejor?

—¿Es cierto que enviaron exploradores a Próxima Centauri? —preguntó Tyler al cabo de unos momentos.

Kaminski asintió.

—Así es.

—¿Ha habido suerte?

—Todavía no se han informatizado los datos.

—En otras palabras, nada que valga la pena —dijo Tyler.

Kaminski se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—Jones —murmuró Nina.

—Entonces, pregúntale a él. O espera el anuncio oficial. No me molestes al respecto.

—¿Qué pasa con Pearson? —preguntó Cussick, para cambiar de tema—. He oído rumores de que está trabajando día y noche, formando hombres, organizando proyectos.

—Pearson está decidido a detener a Jones —respondió Kaminski de forma distraída—. Está seguro de que se puede hacer.

—Pero si nos volvemos tan fanáticos como ellos...

—Pearson es peor. Él come, duerme, piensa y vive Jones. No puede descansar. Cada vez que entro en su ala, hay un batallón de policías armados pululando, rifles, tanques y proyectiles.

—¿Crees que te servirá?

—Cariño, ¿no ves algo positivo en todo eso? —dijo Nina, midiendo sus palabras.

—¿Como qué?

—Quiero decir que aquí tenemos a un hombre con este maravilloso talento... Puede hacer algo que nosotros nunca hemos hecho. Ya no tenemos que adivinar. Ahora sabemos. Podemos estar seguros de hacia dónde vamos.

—A mí me gusta adivinar —dijo Cussick rotundamente.

—¿Te gusta? Quizá ahí es donde está el fallo... Tal vez no te das cuenta de que la mayoría de la gente quiere la certeza. Has rechazado a Jones. ¿Por qué? Porque tu sistema, tu gobierno, se basa en el desconocimiento, en las conjeturas. Asume que nadie puede saber. —Nina le clavó sus fríos ojos azules—. Pero ahora podemos saber. Así que, en cierto modo, estás pasado de moda.

—Bueno, entonces estoy sin trabajo —dijo Tyler divertida.

—¿Qué hacías antes de venir a Seguridad? —le preguntó Cussick.

—No hacía nada. Este es mi primer trabajo. Solo tengo diecisiete años. Me siento un poco fuera de lugar con gente como vosotros... La verdad es que no tengo ninguna experiencia.

Kaminski señaló el vaso de la chica antes de hablar.

—¿Puedo decirte una cosa?: este ajeno te va a pudrir el sistema nervioso. Ataca los ganglios espinales superiores.

—Oh, no —respondió Tyler rápidamente—. Estoy preparada para esto. —Se tocó el bolso—. Para beber ajeno dependo de un neutralizador sintético. De otro modo no lo tomaría.

El respeto de Cussick por ella aumentó otro poco.

—¿De qué parte del mundo vienes? —preguntó con curiosidad.

—Nací en China. Mi padre era un funcionario político en la secretaría de Kweiping del Partido Comunista Popular de China.

—Entonces naciste en ese lado de la guerra —dijo Cussick asombrado—. Te criaste en lo que la gente solía llamar el lado judío-ateísta-comunista —añadió con una mueca.

—Mi padre era un devoto trabajador del partido. Luchó con toda su alma y corazón contra los mahometanos y los fanáticos cristianos. Él fue quien me crio. A mi madre la mataron las toxinas bacterianas. Como ella no era una funcionaria del partido, no tenía derecho a un refugio. Viví con mi padre en las oficinas del partido, a unos dos kilómetros bajo tierra. Estuvimos allí hasta que terminó la guerra. —Se corrigió a sí misma—. Es decir, yo me quedé allí. A mi padre lo fusiló el partido cerca del final de la guerra.

—¿Fusilado por qué?

—Desviacionismo. El libro de Hoff también circuló por nuestra zona. Mi padre y yo hicimos copias a mano de algunos pasajes... y las distribuimos entre los trabajadores del partido. Fue bastante revolucionario; muchos de nosotros nunca habíamos oído hablar sobre el sistema de valores múltiples. La idea de que todos podían estar en lo cierto, de que todos tenían derecho a su propia forma de vida, tuvo un efecto sorprendente en nosotros. El concepto Hoff de estilo de vida personal... fue emocionante. Ni dogma religioso ni dogma antirreligioso; no más disputas sobre qué interpretación de los textos sagrados era la correcta. Se acabaron las sectas, los grupos escindidos, las facciones; nada de herejes a los que fusilar, quemar y encerrar.

—No eres china —comentó Nina.

—No, soy inglesa. Mi familia eran misioneros anglicanos antes de que se convirtieran en comunistas. Había una comunidad de comunistas ingleses viviendo en China.

—¿Recuerdas mucho de la guerra? —le preguntó Kaminski.

—No mucho. Los grupos de asalto cristianos desde Formosa..., principalmente las tareas de impresión por la noche... la distribución secreta.

—¿Cómo escapaste? —quiso saber Cussick—. ¿Por qué no te fusilaron a ti también?

—Tenía ocho años, era demasiado joven como para que me fusilaran. Uno de los jefes del partido me adoptó, un anciano caballero chino muy amable que todavía leía a Lao-Tse y que tenía tallas de oro incrustadas en los dientes. Estaba bajo la custodia del PC cuando la guerra terminó y el aparato del partido se desintegró. —Meneó la cabeza—. Fue todo un desperdicio tan terrible... La guerra se podría haber evitado con tanta facilidad, si la gente hubiera sido tan solo un poco menos fanática.

Nina se había puesto de pie.

—Cariño —le dijo a su esposo—. ¿Podrías hacerme un favor? Me gustaría bailar.

Habían despejado una parte del espacio abarrotado para que la gente pudiera bailar; algunas parejas se movían mecánicamente de un lado a otro.

—¿De verdad te apetece? —le preguntó Cussick con cierta cautela mientras se ponía de pie—. Bueno, un minuto.

—Es una chica encantadora —comentó Nina en tono distante mientras los dos se abrían paso por la sala llena de gente.

—Es interesante, eso de hacer circular material de Hoff entre los funcionarios del partido.

De repente, Nina apretó con fuerza la mano de su marido.

—Ojalá... —Su voz se quebró, llena de pesar—. ¿No hay alguna manera en que podamos volver?

—¿Volver? —Cussick estaba perplejo—. ¿Volver adónde?

—A como estábamos. Sin pelearnos todo el rato. Parecemos tan separados... Ya no nos entendemos.

Estrechó a su esposa para acercársela. Bajo sus manos, el cuerpo de Nina era sorprendentemente frágil.

—Es todo este puñetero asunto... Algún día terminará y estaremos juntos como solíamos estarlo.

Sorprendida, Nina lo miró implorante.

—¿Tiene que haber terminado? ¿Tiene que ser eliminado? ¿No podemos aceptarlo?

—No —dijo Cussick—. Nunca lo aceptaré.

Las uñas afiladas de la mujer se clavaron inútilmente en su espalda. Durante un momento, Nina apoyó la cabeza contra su hombro, y la mata de cabello rubio le cubrió el rostro. El olor familiar de su esposa le cosquilleó en la nariz: el dulce perfume de su cuerpo, el calor de su cabello, la suavidad de sus hombros desnudos, la textura sedosa de su vestido, el tenue brillo de la transpiración brillando en su labio superior. La abrazó con más fuerza todavía, apretándola silenciosamente, anhelante. Luego, ella levantó la barbilla, sonrió vacilante y lo besó en la boca.

—Lo intentaremos —dijo en voz baja—. Haremos todo lo posible. ¿Verdad?

—Claro —respondió Cussick de corazón—. Es demasiado importante, no podemos dejar que nuestras vidas se nos escapen así. Y ahora que tenemos a Jack... —Hundió los dedos con brusquedad en la base de su cuello y levantó su espesa mata de cabello—. No vamos a dejarlo en manos de los buitres.

10

Después de bailar, la llevó de regreso a la mesa, agarrando con fuerza sus pequeños dedos hasta que los dos estuvieron sentados. Kaminski estaba desplomado, medio dormido, y murmuraba vagos sonidos roncós. Tyler estaba sentada y muy erguida. Se había terminado su copa y había pedido otra.

—¿Otra ronda? —preguntó Nina, con alegría un tanto falsa. Llamó a un camarero y pidió lo mismo—. Max, parece que te vas a morir ahí mismo.

Con un esfuerzo, Kaminski levantó su peluda cabeza.

—Señora, deje a un hombre algo de dignidad —respondió.

La noche estaba llegando a su fin; la gente comenzaba a salir poco a poco del bar y subía la escalera hasta el nivel de la calle. En la plataforma elevada, el hombre y la mujer habían reaparecido, se habían quitado la ropa y vuelto a su actuación. Cussick apenas se fijó en ellos. Sumido en una melancólica contemplación, se quedó sentado y bebiendo su copa en silencio, apenas consciente de las voces y de la espesa opacidad del aire. Cuando terminó el espectáculo, la mayor parte del público se levantó y comenzó a dirigirse a empujones hacia la salida. El local ya estaba medio vacío. Desde la escalera llegó una ráfaga de aire gélido de madrugada que se arremolinó haciendo estremecer a la gente que aún estaba sentada a sus mesas.

—Es tarde —dijo Cussick.

En la cara de Nina, sentada frente a él, apareció una breve expresión de pánico.

—No van a cerrar hasta dentro de un buen rato —protestó patéticamente—. Y en la parte de atrás no cierran en absoluto. Baila conmigo otra vez antes de irnos.

Cussick negó con la cabeza.

—Lo siento cariño. Me caería.

Nina se levantó.

—Max, ¿bailas conmigo?

—Claro —respondió Kaminski—. Haré lo que sea. Disfrutad del rato que queda.

Sujetándola torpemente del brazo, la medio condujo, medio arrastró, a través de la gente que se alejaba, hacia la parte delantera del local. Allí, algunas parejas sudorosas se balanceaban hacia delante y hacia atrás. Los dos hermafroditas, ahora ambos mujeres, estaban bailando tranquilamente con clientes masculinos. En ese momento, cansados de eso, cambiaron de sexo, se hicieron hombres y vagaron por las mesas en busca de parejas femeninas. Sentado a su mesa, Cussick dijo:

—¿Pueden controlarlo? —preguntó.

Tyler tomó un sorbo de su bebida.

—Probablemente. Es todo un arte.

—Es algo depravado.

Una por una las luces se atenuaron. Cuando Cussick volvió a mirar, vio a Kaminski desplomado sobre una mesa, sin bailar. ¿Dónde estaba Nina entonces? No pudo localizarla durante unos momentos; luego identificó su familiar cabello rubio. Estaba bailando con uno de los hermafroditas, con la cara vidriosa de emoción. Con el brazo alrededor de su cintura, el esbelto joven bailaba desapasionadamente, de forma experta. Antes de que Cussick se diera cuenta, se había puesto en pie.

—Espera aquí —le dijo a Tyler.

Tras recoger su bolso y su abrigo, Tyler comenzó a seguirlo.

—Será mejor que no nos separemos.

Pero Cussick solo podía pensar en Nina. Su esposa y el hermafrodita caminaban cogidos de la mano a través de lo que el instinto le decía que era la entrada a las habitaciones traseras que aún estaban abiertas. Empujó a un lado a un grupo de parejas que le impedían el paso y los siguió. Cruzó durante un instante una densa oscuridad y luego se encontró en un pasillo desierto. Corrió a ciegas con la cabeza agachada hacia delante. Al doblar una esquina, se detuvo en seco.

Nina, apoyada contra la pared, con un vaso en la mano, estaba hablando vehementemente con el hermafrodita. Su cabello rubio era una cascada desordenada. Tenía el cuerpo desmadejado por la fatiga, pero sus ojos todavía relucían, brillantes y febriles.

Cussick se le acercó.

—Vamos, cariño. Tenemos que irnos.

Era vagamente consciente de que Tyler y Kaminski lo habían seguido.

—Adelante —dijo Nina, con voz tensa y acerada—. Vete. Lárgate.

—¿Y tú? —preguntó sorprendido—. ¿Qué pasa con Jack?

—A la mierda Jack —dijo en tono agónico—. A la mierda con todo, con todo tu mundo. No voy a volver, voy a quedarme aquí. Si me quieres, por el amor de Dios, quédate conmigo.

El hermafrodita se volvió levemente y se dirigió a Cussick:

—Ocúpate de tus asuntos, amigo. En este mundo, todos hacen lo que quieren.

Cussick extendió la mano, agarró la camisa de la criatura y lo levantó en el aire. El hermafrodita era increíblemente ligero; forcejeó y se retorció, y en un instante se había escapado de las manos de Cussick. Retrocedió y fluyó para convertirse en una hembra. Con mirada burlona, bailó ágilmente para alejarse de él.

—Adelante —jadeó—. Golpéame.

Nina se había dado vuelta y se alejaba por el pasillo. La hermafrodita, al darse cuenta, se apresuró a correr tras ella, con una expresión ansiosa en el rostro. Cuando la criatura siguió a Nina por el pasillo hacia una puerta lateral, Tyler se le echó encima y la agarró. Con un movimiento experto, hizo girar a la criatura y tiró de su brazo hacia atrás en una llave inmovilizadora. El hermafrodita fluyó instantáneamente para transformarse en hombre. Cussick dio un paso adelante y lo golpeó en la mandíbula. El otro se desplomó sin emitir ni un solo sonido, totalmente inconsciente, y Tyler lo soltó.

—Nina se ha ido —dijo Kaminski manteniéndose en equilibrio con un esfuerzo.

Otras personas pasaron presurosas a su lado. Apareció el compañero del hermafrodita, que juntó las manos horrorizado y se dejó caer con miedo de tocar a su colega inerte.

Tyler miró a su alrededor y le habló con rapidez a Cussick.

—Está familiarizada con este lugar. Si esperas que se vaya contigo, tendrás que convencerla para que lo haga. —Tyler le propinó un empujón de ánimo—. Ponte en marcha.

La encontró casi de inmediato. Había salido del pasillo para entrar en una habitación lateral, un callejón sin salida con una sola entrada. Allí la arrinconó, cerró la puerta y echó el cerrojo. Nina se agazapó en un rincón, frágil y lastimosa, con los ojos brillantes de miedo, temblando y mirándolo en silencio.

La habitación era sencilla, higiénicamente limpia en su pureza ascética. Las cortinas, la posición de los muebles, le decían la insoportable verdad: solo

Nina podría haber arreglado esa habitación. Era su habitación. Su huella, su imagen, estaba estampada en cada centímetro de la estancia.

Oyó ruidos fuera. El ronco gruñido de Kaminski sonó con fuerza:

—Doug, ¿estás ahí?

Salió al pasillo y se quedó frente a Kaminski y a Tyler.

—La encontré. Está bien.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Quedarme aquí. Es mejor que os vayáis. ¿Podréis encontrar la salida?

—Por supuesto —dijo Tyler, comprendiendo. Tomó a Kaminski de la mano y lo hizo retroceder un paso—. Buena suerte. Vamos, Max. Aquí no hay nada que podamos hacer.

—Gracias —dijo Cussick, plantado con gesto firme delante de la puerta—. Os veré más tarde a los dos.

Kaminski, protestando y desconcertado, se retiró ante la insistencia de la chica delgada que lo sujetaba fuertemente por el brazo.

—Llámame —murmuró— cuando estés de vuelta; cuando hayas salido de aquí. Para saber que estás bien.

—Lo haré —asintió Cussick—. No olvides tu paquete.

Se quedó allí unos instantes, hasta que los dos desaparecieron por el pasillo. Luego se dio la vuelta y volvió a entrar en la habitación.

Nina estaba sentada con el cuerpo algo erguido y la cabeza apoyada contra la pared, las piernas cruzadas y los pies metidos debajo de ellas. Le sonrió levemente.

—Hola —lo saludó.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Cussick mientras cerraba la puerta y se acercaba a ella—. Se han ido. Les dije que se marcharan. —Se sentó en el borde de la cama—. Es tu habitación, ¿verdad?

—Sí —respondió sin mirarlo.

—¿Desde hace cuánto?

—Oh, no mucho. Una semana, quizá. Diez días.

—De verdad que no lo entiendo. ¿Quieres estar aquí con esta gente?

—Quería huir. No podía soportar ese maldito apartamento diminuto... Quería estar sola, hacer algo. Es tan difícil de explicar... parte de ello no lo entiendo ni yo misma. Es como el robo, simplemente sentí que tenía que hacerme valer.

—Por eso nos trajiste a todos aquí, entonces. No significaba nada hasta que pudieras mostrárnoslo.

—Supongo que sí. Sí, supongo que tienes razón. Quería que lo vieras, para que lo supieras. Entonces verías que tenía un lugar adonde ir... que no dependo de ti. Que no estoy indefensa, atada a tu mundo. Fuera, en el bar principal, me asusté... Tomé la heroína para recuperar los nervios. —Sonrió levemente—. Es un desastre.

Cussick se inclinó sobre ella y la tomó de las manos. Tenía la piel fría y ligeramente húmeda.

—Ahora no tienes miedo, ¿verdad?

—No —logró responder—. No contigo aquí.

—Nos quedaremos aquí esta noche —le dijo—. ¿Eso es lo que quieres? —Ella asintió con tristeza—. Entonces ¿mañana por la mañana volveremos a casa?

Nina se volvió y respondió con voz angustiada:

—No me preguntes. No me hagas decirlo. Tengo miedo de decir nada ahora.

—Está bien. —Le dolió, pero no insistió para conseguir una respuesta—. Podemos decidir mañana, después de dormir bien y desayunar. Después de que saquemos todo esto del cuerpo. Este veneno, esta podredumbre.

No tuvo respuesta. Nina había caído medio dormida; con los ojos cerrados, yacía apoyada contra la pared, con la barbilla contra el pecho, el cuerpo relajado.

Cussick se quedó sentado e inmóvil durante mucho tiempo. La habitación se enfrió. Fuera, en el pasillo, solo había silencio. El reloj le indicó que eran las cuatro y media. Al cabo de un momento, se inclinó y le quitó los zapatos a Nina. Los colocó en el suelo junto a la cama, vaciló, y luego le desabrochó los botones del vestido. Este estaba intrincadamente abotonado y le llevó algo de tiempo. Nina se despertó levemente en un par de ocasiones, se removió y volvió a dormirse. Finalmente, el vestido quedó desabrochado; le sacó la parte superior por la cabeza y la colocó sobre el respaldo de una silla, le levantó las caderas y forcejeó para sacar la falda por los pies.

Le sorprendió lo pequeña que realmente era. Sin el ornamentado y caro vestido, parecía inusualmente desnuda, indefensa, vulnerable a cualquier herida. Era imposible sentir rencor hacia ella. Le colocó la manta alrededor de los hombros tapándola hasta debajo de la barbilla. Su espesa mata de cabello rubio se derramó sobre el tejido de lana, unas gruesas vetas de miel sobre el dibujo a cuadros rojos y negros. Le apartó algunos mechones que le cubrían los ojos y se sentó junto a ella en la cama.

Durante un tiempo interminable, se quedó allí sentado, con la mente en blanco, mirando a las sombras de la habitación. Nina durmió mal a ratos; de vez en cuando se volvía, se retorció, dejaba escapar sonidos débiles y temerosos. Luchaba en una oscuridad invisible y libraba batallas solitarias, sin él, sin nadie. En el análisis final, cada uno de ellos estaba aislado del otro. Cada uno de ellos sufría a solas.

Casi ya de mañana, oyó un sonido distante y amortiguado, un ruido que venía de muy lejos. Durante un tiempo no le prestó atención; el eco lejano latía inútilmente contra su conciencia embotada. Y luego, finalmente, lo identificó. Era una voz humana, áspera y fuerte, una voz que reconoció. Tieso, temblando de frío, salió de la cama y se dirigió a la puerta. Con infinito cuidado, la abrió y salió al helado y desierto corredor.

Era la voz de Jones.

Cussick caminó lentamente por el pasillo. Pasó por delante de puertas cerradas y pasajes laterales, pero no vio a nadie. Eran las seis menos veinte de la mañana; el sol comenzaba a salir. A través de una ventana abierta al final del corredor, vio un cielo gris y sombrío, tan ominoso y hostil como el metal de un arma de fuego. Mientras caminaba, la voz sonó con más fuerza. De repente, dobló una esquina y se encontró frente a un gran almacén.

No era Jones, no realmente. Era una grabación. Pero su presencia, su espíritu vital y cruel, estaba allí. Los hombres y mujeres escuchaban atentamente sentados en varias hileras de sillas. El almacén estaba lleno de fardos, cajas, paquetes enormes amontonados por todas partes. El corredor lo había llevado a un edificio totalmente diferente que unía varios establecimientos, una variedad de negocios. Aquella era la zona de carga de un almacén comercial.

En la pared había carteles pegados. Mientras estaba en la puerta escuchando la voz furiosa y apasionada, se dio cuenta de que se trataba de una sala de reuniones oficial. Era una reunión previa al amanecer. Aquella gente eran trabajadores que se reunían antes de que comenzara su jornada laboral. En el otro extremo, donde los altavoces zumbaban, colgaba el emblema de Jones, el caduceo de Hermes. Dispersos a través de los asistentes destacaban varios uniformes de las organizaciones de Patriotas Unidos: grupos de mujeres y jóvenes, brazaletes, emblemas e insignias. En un rincón había dos policías de Seguridad con el casco puesto. La reunión no era ningún secreto. Las reuniones nunca fueron secretas, no había necesidad.

Nadie molestó a Cussick mientras caminaba de regreso por el pasillo. En el edificio comenzaba a haber movimiento. Fuera se oía el rumor de los

camiones comerciales en el proceso de carga y descarga. Encontró la habitación de Nina y entró.

Estaba despierta. Cuando se apartó de la puerta, ella se incorporó con los ojos muy abiertos.

—¿Adónde has ido? Pensé que...

—Ya he vuelto. Oí ruidos. —El lejano gruñido de la voz de Jones aún era audible—. Eso.

—Oh. —Nina asintió—. Sí, se están reuniendo. Es parte de esto. Mi habitación.

—Has estado trabajando para ellos, ¿verdad?

—En nada importante. Simplemente doblando documentos y escribiendo direcciones. El tipo de cosas que solía hacer. Repartir información. Publicidad, supongo que lo llamarías.

Sentado en el borde de la cama, Cussick recogió el bolso de su esposa y lo abrió. Papeles, tarjetas, lápiz de labios, un espejo, llaves, dinero, un pañuelo... Lo esparció todo sobre la cama. Nina lo miraba en silencio; se había erguido para sentarse apoyada en un codo. Cussick revisó el contenido del bolso hasta que encontró lo que quería.

—Sentía curiosidad —dijo—. El grado y la fecha específica.

Su tarjeta de pertenencia a Patriotas Unidos estaba fechada el 17 de febrero de 2002. Era miembro desde hacía ocho meses, desde antes de que Jack naciera. Los símbolos de código con los que estaba familiarizado la identificaban como una trabajadora a tiempo completo, a un nivel de bastante responsabilidad.

—Estás realmente involucrada en esto —comentó, metiendo de nuevo el contenido en el bolso—. Mientras yo estaba ocupado, tú también lo has estado.

—Hay mucho trabajo —dijo débilmente—. Y ellos necesitan dinero. He podido ayudar también con eso. ¿Qué hora es? Casi las seis, ¿no?

—Todavía no. —Encendió un cigarrillo y se quedó sentado y fumando. Sorprendentemente, se sentía tranquilo y razonable. No era consciente de ninguna emoción. Tal vez llegarían después. Tal vez no—. ¿Y bien? Supongo que es muy temprano para irnos de aquí.

—Me gustaría dormir un poco más —respondió ella. Bajó los párpados, bostezó, se estiró y le sonrió esperanzada—. ¿Podemos?

—Claro.

Cussick apagó el cigarrillo y comenzó a desatarse los cordones de los zapatos.

—Es algo emocionante, en cierto modo —dijo Nina con nostalgia—. Como una aventura: los dos aquí, la puerta cerrada, el secreto. ¿No estás de acuerdo? Quiero decir, no es... algo rancio. Rutina. —Siguió hablando mientras él se ponía en pie junto a la cama para desabrocharse la camisa—. Me aburro tanto, estoy tan tremendamente cansada de lo mismo siempre, día tras día. La monótona vida ordinaria; una mujer casada con un bebé, un ama de casa soñolienta. No vale la pena vivir... ¿no sientes eso? ¿No quieres hacer algo?

—Tengo mi trabajo.

—Lo sé —respondió ella con tristeza.

Cussick apagó la luz y se le acercó. La blanca y fría luz del sol se colaba en la habitación oscura, más allá de los bordes de la cortina. En aquella luminosidad austera, el cuerpo de su esposa estaba claramente recortado. Ella apartó las mantas para él. En algún momento se había quitado el resto de la ropa, se había levantado de la cama y colgado cuidadosamente su vestido en el armario. Sus zapatos, sus medias, su ropa interior habían desaparecido, probablemente en los cajones de la cómoda. Se echó a un lado para hacerle sitio y luego alargó los brazos ansiosa, con las manos ávidas y exigentes.

—¿Crees que esta será la última vez? —le preguntó con voz tensa.

—No lo sé.

Solo era consciente de la fatiga. Se tumbó en la cama, agradecido a pesar de lo dura y angosta que era. Nina lo cubrió, alisó las mantas de lana con ternura a su alrededor.

—¿Esta es tu pequeña cama privada? —le preguntó, con un leve rastro de ironía.

—Es un poco como... como en la Edad Media —le respondió ella—. Solo esta pequeña habitación, una cama individual, como un camastro. El tocador y el lavabo. Castidad, pobreza, obediencia... Una especie de limpieza espiritual para mí. Para todos nosotros.

Cussick no trató de pensar sobre eso. El sensual y orgiástico vicio de la noche anterior, las drogas, el licor y el escenario, el espectáculo degenerado... y ahora eso. No tenía sentido. Pero había un patrón, un significado más allá de la lógica. Se ajustaba perfectamente.

Los hombros pálidos, desnudos y adorables, se apretaron contra los suyos. Nina abrió los labios, y con sus ojos grandes lo miró, impregnada de la cercanía abrasadora del amor.

—Sí —susurró, buscando en su rostro, tratando de ver dentro de él, tratando de entender lo que pensaba y sentía—. Dios, te amo demasiado.

Él no dijo nada. Pegó los labios al torrente ardiente de cabello flameante que estaba derramado sobre la almohada y las mantas. Una y otra vez se anudó a él, se aferró en silencio y trató de mantenerse agarrada. Pero él ya se estaba escapando. Cussick se puso de lado y permaneció así durante cierto tiempo, con una mano en el cuello de Nina, junto a su oreja, acariciándola con los dedos.

—Por favor —susurró ella de forma apasionada—. Por favor, no me dejes.

Pero no había nada que él pudiera hacer. Se estaba deslizando más y más lejos de ella... y ella también lo estaba dejando. Encerrados en los brazos del otro, con los cuerpos desnudos pegados, ya estaban separados por un universo. Apartados por el tamborileo metálico amortiguado incesante de la voz del hombre que golpeaba contra las paredes desde muy lejos, por el interminable murmullo de palabras, gestos, discursos. El incansable estruendo de un hombre apasionado.

11

La noticia se extendió como la pólvora. Cussick no tuvo que decírselo a nadie; todos lo sabían. Tan solo había pasado un mes, a mitad de noviembre, cuando Tyler lo llamó, inesperadamente, sin previo aviso. Se encontraba en su despacho, rodeado de informes y datos. La llamada llegó a través de un rutinario videoteléfono del circuito interno de la oficina, así que no estaba preparado para ello.

—Siento molestarte —dijo la imagen animada de Tyler sin más preámbulo. Ella también estaba en su escritorio. Más allá de su pequeña figura uniformada había una máquina de escribir eléctrica y una oficina bien organizada. Sus ojos oscuros y grandes tenían una mirada seria, y sostenía una cinta de datos que acababan de ser procesados—. Veo que están reclasificando a tu esposa con su apellido de soltera. Se supone que debemos identificarla como Nina Longstren.

—Así es.

—¿Quieres decirme qué pasó? No te he visto desde aquella noche.

—Te veré en otro sitio después del trabajo. Donde tú quieras. Pero no puedo hablar ahora. —Señaló la montaña de trabajo amontonada en su escritorio—. Sé que no hace falta explicarlo.

Se encontró con ella en la amplia escalinata situada delante del edificio principal de Seguridad. Eran las siete de la tarde; el frío cielo invernal era negro como el tizón. Tyler lo esperaba enfundada en un grueso abrigo de pieles, las manos metidas en los bolsillos, y con un pañuelo de lana anudado bajo la barbilla y cubriendo su corto pelo negro. Mientras él bajaba los escalones de piedra que los separaban, ella emergió de entre las sombras, con una nube de aliento condensado flotando como un halo a su alrededor y partículas heladas brillando en el cuello de piel de su abrigo.

—Puedes contarme tan poco o tanto como quieras —dijo—. No quiero que pienses que me estoy entrometiendo.

No había mucho que contar. A las once de la mañana siguiente había llevado a Nina a casa. Ninguno de los dos dijo demasiado. Hasta que él la

llevó a la sala de estar familiar, ninguno de los dos se dio cuenta de que era totalmente en vano. Tres días después recibió la notificación preliminar de la oficina matrimonial: Nina había instado el proceso de disolución. La veía brevemente, de vez en cuando, cuando recogía sus pertenencias y sacaba sus cosas del apartamento. Para cuando les entregaron los documentos finales, ella ya se había establecido en otra vivienda.

—¿Cuál era vuestra relación? —preguntó Tyler—. Seguía siendo amistosa, ¿no?

Esa había sido la peor parte.

—Sí —respondió tajante—. Todavía éramos amistosos entre nosotros.

Había llevado a Nina a cenar la última noche legal de su matrimonio. Los últimos papeles sin firmar los llevaba doblados en un bolsillo. Después de estar sentados sin ganas durante una hora en el semidesierto restaurante, finalmente habían puesto a un lado la cubertería y habían firmado los papeles. Eso era todo: el matrimonio había terminado. Después la llevó a un hotel, había sacado su equipaje más urgente del apartamento y la había dejado allí. La idea del hotel era una elaborada farsa: ambos estuvieron de acuerdo en que sería mejor que no se acercara a la nueva vivienda de Nina.

—¿Qué hay de Jack? —preguntó Tyler. Se estremeció y lanzó una vaharada de aliento helado hacia él—. ¿Qué será de él?

—Jack ha ingresado en una guardería del Fedgov. Legalmente, sigue siendo nuestro hijo, pero a todos los efectos prácticos no tenemos ningún derecho sobre él. Podemos verlo cuando queramos, pero no tenemos ninguna responsabilidad con él.

—¿Vas a poder sacarlo? No conozco la ley que se aplica a esos asuntos.

—Solo podemos sacarlo mediante una petición conjunta. Es decir, con un nuevo matrimonio.

—Así que ahora estás solo —dijo Tyler.

—Así es. Ahora estoy solo.

Después de dejar a Tyler, cogió su coche del aparcamiento de la comisaría y recorrió la ciudad para llegar hasta el apartamento. Se cruzó con multitudes aparentemente interminables de seguidores de Jones, «los chicos Jones», como habían acabado llamándolos. La organización aprovechaba cada oportunidad disponible para demostrar su creciente poder. Los manifestantes, todos con pancartas, se apresuraban a través del crepúsculo; eran hordas de figuras idénticamente vestidas, con rostros embelesados y devotos.

¡ACABAD CON EL REINADO TIRÁNICO

DEL RELATIVISMO ALIENÍGENA!
¡LIBERAD LAS MENTES DE LOS HUMANOS!

Otra versión apareció brevemente al lado de su coche:

DISOLVED LA POLICÍA SECRETA DE CONTROL
DEL PENSAMIENTO TERRORISTA
PONED FIN A LA CONCENTRACIÓN DE LOS CAMPOS
DE TRABAJO DE ESCLAVOS
¡RESTAURAD LA LIBERTAD Y EL LIBRE ALBEDRÍO!

También había lemas más sencillos, los más efectivos:

HACIA LAS ESTRELLAS

Las pancartas iluminadas brillaban por todas partes. No pudo evitar sorprenderse. Reinaba una excitación salvaje al respecto, un furioso sentido festivo significado en la idea de salir del sistema solar, de alcanzar las estrellas, los otros sistemas, los inalcanzables otros soles. No se encontraba al margen: él también quería eso.

Utopía. La Edad de Oro. No la habían encontrado en la Tierra: la última guerra les había hecho ver que eso nunca llegaría. Desde la Tierra se habían vuelto hacia los otros planetas, habían construido una ficción romántica, se habían contado a sí mismos mentiras piadosas. Los otros planetas, se decían, eran mundos verdes y fértiles, con valles llenos de agua y colinas boscosas. El paraíso: la antigua y eterna esperanza. Pero los otros planetas eran infiernos de gas metano congelado, con kilómetros de roca descarnada, sin vida ni sonido, solo la muerte sibilante de rocas, gas y oscuridad vacía.

Pero los seguidores de Jones no se habían dado por vencidos; tenían un sueño, una visión. Estaban seguros de que la Segunda Tierra existía. De alguna manera, alguien se las había ingeniado para ocultársela: había una conspiración. En la Tierra, era el Fedgov; el relativismo los estaba sofocando. Más allá de la Tierra, eran los derivados. Una vez que el Fedgov desapareciera, una vez que los derivados fueran destruidos... volvería la vieja historia. Pastos verdes más allá de la siguiente colina.

Sin embargo, no era repugnancia lo que Cussick sentía por las soñadoras y apresuradas figuras, sino admiración. Eran idealistas. Él, por otro lado, solo era un realista. Y se sentía avergonzado.

En cada esquina de la calle se levantaba una mesa iluminada con un letrero. En cada mesa, un trabajador de la organización se sentaba con una

petición, recogiendo nombres de las personas que esperaban en las filas.

REFERÉNDUM UNIVERSAL,
EXIJAN QUE EL FEDGOV SE RETIRE
Y NOMBRE A JONES COMANDANTE SUPREMO
PARA HACER FRENTE A LA CRISIS ACTUAL

Esa era la visión escalofriante: las filas de gente cansada, agotada por un largo y duro día de trabajo, dispuesta a hacer cola pacientemente. No los rostros entusiastas de los seguidores devotos, sino esos ciudadanos monótonos y ordinarios que deseaban abolir su gobierno legal, que deseaban poner fin a un gobierno de derecho y crear en su lugar una autoridad absoluta: la voluntad incondicional de individuos independientes.

Mientras subía la escalera de su apartamento, Cussick oyó un leve chillido agudo. Su mente, tan abatida y pesada, no reaccionó. No fue hasta que abrió la puerta principal y encendió la luz que identificó la señal de llamada del videoteléfono.

Cuando lo activó, apareció una imagen grabada en la cinta visual con un breve mensaje. La cara del director Pearson, severa y dura, se irguió y habló:

—Quiero que vuelvas a la oficina. Ven aquí inmediatamente, esto cancela todo lo demás. —La imagen emitió un chasquido y luego prosiguió. Una vez más, la boca seca de Pearson se abrió y repitió aquellas palabras—: Quiero que vuelvas a la oficina. Ven aquí inmediatamente, esto cancela todo lo demás.

El mensaje comenzaba por tercera vez cuando Cussick lo cortó bruscamente y dejó que el aparato se apagara.

Al principio se sintió tremendamente molesto. Estaba cansado, quería cenar e irse a la cama. Y existía la posibilidad, en términos generales, abstractos, de llevar a Tyler a un espectáculo. Por un instante consideró hacer caso omiso del mensaje. Pearson no tenía forma de comprobarlo, quizá no hubiera llegado a casa hasta bastante más tarde.

Mientras pensaba en ello, Cussick entró en la cocina vacía y desierta y comenzó a prepararse un sándwich. Para cuando terminó, ya había tomado una decisión. Salió corriendo del apartamento, bajó la escalera hasta el garaje y sacó rápidamente el coche. Condujo a gran velocidad mientras se comía el sándwich, de regreso a los edificios de la policía. Algo que Tyler había dicho, algo que no parecía importante en ese momento, había cobrado de pronto un sentido aterrador.

Pearson lo dejó entrar de inmediato.

—Esta es la situación —explicó—: Tu amigo Kaminski, a las tres y media de la tarde, recogió sus informes, metió todo el material clasificado que pudo en su maletín y se largó.

Paralizado, Cussick no fue capaz de articular palabra. Se puso como un tonto a limpiarse las migas de sándwich de la boca.

—No nos sorprendió —continuó Pearson, a la vez que leía un memorándum, de pie detrás de su escritorio, una figura hombruna envarada y sombría—. Lo atrapamos a cientos de kilómetros de altura y obligamos a su nave a bajar.

—¿Adónde iba? —logró decir Cussick, pero ya lo sabía.

—Tenía un pequeño trato con la gente de Jones. Algo que lo ha preocupado durante meses. A cambio de sus datos, iban a proporcionarle un santuario. Tenían una especie de retiro pactado y Kaminski iba a esconderse y mantenerse al margen de la guerra, o lo que sea que se avecine. Se lavó las manos; no quería saber nada más. Y, por supuesto, no podía dimitir. Hoy día, nadie renuncia a la policía. No en esta situación de emergencia.

—¿Qué hicisteis con él? ¿Dónde está?

—Está en el campo de trabajo de Saskatchewan. Para el resto de su vida. Ya lo han llevado allí; hice que se lo llevaran enseguida. Tengo intención de hacer que todo esto salga a la luz. Quiero que sirva de ejemplo.

—Pero está enfermo —dijo Cussick con voz ronca—. Está viejo y enfermo. No sabe lo que hace. ¡Debería estar en un hospital, no en un campo de trabajos forzados!

—Deberían fusilarlo, lo que pasa es que ya no fusilamos a la gente. Lo único que podemos hacer es ponerlos a trabajar durante el resto de sus vidas. Tu viejo instructor clasificará cerrojos hasta que muera. —Pearson salió de detrás de su escritorio—. Te lo digo porque eres, en parte, responsable. Os hemos estado vigilando a todos; a Kaminski y a esa excomunista, Tyler Fleming, y a tu esposa. Sabemos que tu esposa es una agente de Jones; sabemos que ha estado trabajando con ellos, viviendo en una de sus unidades de reunión, recibiendo adoctrinamiento, y dándoles dinero. —Dobló su memorándum y añadió—: Kaminski estaba al tanto de todo. Se guardó esa información e intentó ocultarla.

—Él no quería que lo supiera—dijo Cussick.

—No quería que lo supiéramos, querrás decir. Nos dimos cuenta de que había muchas posibilidades de que se fuera, después de que tu esposa te dejara y cambiara de bando por completo. Esperábamos que él la siguiera, tarde o temprano. En cuanto a ti... —Pearson se encogió de hombros—, no

creo que haya ninguna posibilidad de que hagas lo que él hizo. Lo mismo pienso de esa chica. Sigue con nosotros. Pero es un asunto desagradable. — De repente, la dureza abandonó su voz—. Es algo terrible... ese maravilloso anciano. Pensé que deberías saberlo.

—Gracias —respondió Cussick en tono neutro.

—Quizá tengas razón. Es cierto que debería estar en un hospital. Pero no podemos hacer eso. Estamos luchando por nuestras vidas. Muchos de nosotros queremos salir de esta situación... tal vez todos.

—Puede ser —le dio la razón Cussick, sin apenas escucharlo.

—La gente de Jones está infiltrándose en todas partes. Toda la estructura se está desmoronando, cada clase, cada grupo. Aquí, en Seguridad, los hombres se escabullen, desaparecen... como Kaminski. Tuve que internarlo en un campo de trabajo. Si pudiera, lo mataría a sangre fría.

—Pero no querrías hacerlo.

—No. No querría hacerlo. Pero lo haría. —Durante un momento, se quedó en silencio. Luego continuó—: Kaminski se encargaba del programa de seguridad de un proyecto secreto del Fedgov. Algo del Departamento de Salud... No sé lo que es; nadie de aquí lo sabe. El Consejo lo sabe, por supuesto. Es el trabajo de un bioquímico llamado Rafferty. Probablemente has oído hablar de él; desapareció hace unos treinta años.

—Me acuerdo —dijo Cussick vagamente. No era capaz de centrar la mente—. ¿Max está bien? No está herido, ¿verdad?

—Está bien. —Con impaciencia, Pearson continuó—: Tendrás que hacerte cargo del aspecto de seguridad de este proyecto. Supongo que el hijo de puta de Jones lo sabe todo; impedimos que Kaminski se llevara sus papeles, pero Jones puede haber recibido un informe oral. —Entonces estalló enfurecido—. De todos modos, Jones no puede hacer nada. No tiene el poder, todavía. Y hasta que lo tenga, nosotros seguiremos protegiendo este proyecto.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Cussick estúpidamente.

—Obviamente, te enviaré con Rafferty para que averigües de qué va todo esto. —Pearson tomó un paquete de documentos de identificación de su escritorio y los dejó sobre la mesa—. A Rafferty ya lo han avisado sobre lo de Kaminski. Te está esperando. Todo está preparado. Ve ahora mismo e infórmame cuando creas que lo has resuelto. No sobre el proyecto. No quiero oír hablar de eso. Lo único que me interesa es la parte de seguridad. ¿Te ha quedado claro?

Aturdido, Cussick salió de la oficina. Un vehículo oficial de alta velocidad estaba parado en la acera; tres policías armados lo rodeaban, con sus cascos

relucientes y empuñando ametralladoras reglamentarias. Se pusieron en posición de firmes al instante cuando se les acercó, todavía conmocionado y confundido, apenas capaz de comprender lo que estaba sucediendo.

—No sé nada de esto —les informó—. No sé adónde vamos.

—Ya tenemos órdenes, señor —contestó uno de los policías armados—. Tenemos la ruta trazada.

Instantes después, se elevaba por encima de la oscura ciudad sin conocer su destino. A su derecha, uno de los policías había caído en un estado de plácido adormecimiento, con el arma descansando en su regazo. La aeronave estaba en piloto automático, y los otros dos policías empezaron a jugar a las cartas. Cussick se acomodó y se preparó para un largo viaje.

El viaje, sin embargo, terminó abruptamente. De repente, la nave bajó el morro; uno de los policías dejó a un lado sus cartas y retomó el control manual. Abajo, en la oscuridad, destellaban las luces titilantes de una gran ciudad. Cussick no se percató de que se encontraban en San Francisco hasta que la aeronave se posó en la pista de una azotea. Entonces, a eso era a lo que Kaminski se refería aquella noche. «Cerca de ellos»... el proyecto del que había murmurado, sobre el que había rumiado, pero del que no había hablado. Iba a descubrir de qué se trataba, pero no pensaba en el proyecto del Fedgov. Pensaba en Kaminski en el campo de trabajos forzados.

El casco se deslizó hacia un lado con un chasquido y los tres policías salieron de la nave. Cussick bajó con cuidado. Un viento increíblemente frío lo azotaba todo a su alrededor; temblando, miró para ver dónde estaba. Al parecer, era la zona de negocios del centro. Las grandes formas opacas de los edificios de oficinas se alzaban en la fría oscuridad.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó irritado.

Lo condujeron a lo largo de una rampa, cruzaron una puerta con una intrincada cerradura múltiple y bajaron una serie de escalones metálicos. Un momento más tarde, se enfrentaba a un anciano pequeño y de aspecto modesto vestido con un uniforme médico blanco. El caballero se quitó las gafas, parpadeó y extendió la mano. Rafferty parecía un hombre sencillo, y mostraba cierta preocupación en sus secas facciones. Sobre sus labios se veía la tenue sombra de un intento fracasado de bigote.

—Sí. Soy Rafferty. Pero ahora no están aquí. Tendrá que esperar.

—Doctor, no sé nada de esto. —Sacó los papeles que Pearson le había dado y se los entregó—. Me llamaron sin previo aviso. ¿Tiene noticias de Kaminski?

Rafferty miró con desconfianza a su alrededor, luego dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo. El bioquímico aprovechó que Cussick caminaba a su lado para explicarse:

—Los envié cuando Pearson me notificó que Kaminski se había pasado al otro lado. Fue idea mía; los quería fuera de aquí, por si acaso Kaminski le hubiera pasado información a la gente de Jones. Es una tontería. Si Jones lo sabe ahora, es que lo sabe desde hace un año. Pero pensé que podría haber un ataque... He visto a esas turbas trepar a edificios después de esos asuntos protoplasmáticos. Pensé que podrían venir aquí, usando eso como pretexto.

—¿Adónde me lleva?

—Voy a mostrarle el proyecto. Tengo que hacerlo si se va a encargar de la seguridad. Dios mío, no puede cuidar de ellos si no entiende lo que son.

Cussick se encontró en un laberinto formado por blancos y luminosos pasillos absolutamente asépticos. Los médicos deambulaban por el lugar, enfrascados en tareas clínicas que iban más allá de su comprensión. Ninguno de ellos le prestó atención.

—Este es su hábitat, el Refugio, lo llamamos —explicó Rafferty al tiempo que se detenía ante un alargado muro transparente—. Haré que limpien y reparen toda la estructura mientras están fuera, para matar dos pájaros de un tiro. —Examinó una serie de medidores de la pared—. Podremos entrar dentro de unos minutos.

Cussick estaba mirando el interior de un enorme tanque lleno de vapor. Las nubes de densa humedad se arremolinaban ocultando el macabro paisaje. Había maquinaria en funcionamiento que rociaba la atmósfera mediante unas boquillas finas. El suelo parecía esponjoso. Habían brotado gruesos arbustos aquí y allí; había elementos de materia vegetal completamente desconocidos para él. Había charcos de agua sobre el suelo. Solo se veían colores verdes y azules; todo el tanque se parecía más a un mundo marino que a un mundo terrestre.

—La atmósfera es un compuesto de amoníaco, oxígeno, freón y rastros de metano —le explicó Rafferty—. Se puede ver lo húmedo que está todo. La temperatura media es elevada para nosotros, normalmente alrededor de unos cuarenta grados Celsius.

Cussick logró distinguir diferentes construcciones medio perdidas en las densas nubes de vapor de agua. Eran estructuras pequeñas, con paredes brillantes sobre las que caían gruesas gotas producto de la condensación. Era un mundo húmedo, caliente, vaporoso, compacto... y totalmente desconocido.

—¿Viven ahí?

—El Refugio es su medio. Lo construyeron para satisfacer sus necesidades, un enclave cerrado diseñado para mantenerlos con vida. Lo llaman su útero; en realidad, es más bien una incubadora, una membrana de transición entre el útero y el mundo. Pero nunca saldrán de aquí. —Un técnico se acercó y él y Rafferty cambiaron unas palabras—. Muy bien. Ya podemos entrar.

Unos paneles de la pared se deslizaron hacia un lado y los dos hombres entraron en el Refugio. A Cussick le faltó el aire mientras ardientes remolinos de gas explotaban a su alrededor. Se detuvo, tropezó, sacó su pañuelo y se lo puso en la nariz.

—Se acostumbrará —dijo Rafferty irónicamente.

—Es como ir a un baño de vapor. Peor.

Cussick transpiraba copiosamente; no podía respirar ni tampoco ver. Mientras caminaban, Rafferty le explicó la situación con calma:

—Ellos no pueden vivir fuera, y nosotros no podemos vivir aquí. Por lo tanto, este Refugio tiene que ser cuidadosamente mantenido. Es posible destruirlos simplemente abriendo unas cuantas válvulas, dejando salir el aire del interior y dejando entrar el nuestro. O rompiendo la pared. O dejando que se enfríe. O cortando su suministro de alimentos. Obviamente, sus sistemas biológicos requieren una dieta totalmente diferente a la nuestra. Kaminski siempre hizo un excelente trabajo a la hora de proteger el Refugio; ha tenido hombres del servicio secreto desplegados por todas partes. Nadie, ni siquiera yo, puede entrar en este edificio sin ser revisado y cacheado por uno de sus hombres.

Las pesadas máquinas siguieron funcionando y el aire se fue despejando gradualmente. Cussick ya podía ver un poco mejor, y el gas atascado en sus pulmones comenzaba a disolverse.

—¿Adónde los ha mandado?

—Existe una zona alternativa muy pequeña. Así podemos venir aquí periódicamente y repararlo todo en detalle. —Rafferty señaló a los equipos de trabajo que se dirigían hacia el Refugio—. No es un duplicado de esto, solo una furgoneta provista de un equipo portátil. Y a ellos les da la sensación de no estar encerrados. Los recogeremos alrededor de las dos de la tarde; les gusta quedarse el mayor tiempo posible. Lo llevaré a sus habitaciones.

Cussick tuvo que agacharse para entrar por la puerta.

—Deben ser de baja estatura —comentó.

—Muy bajos, muy pequeños. Louis, el más pesado, pesa menos de cuarenta y cinco kilos. —Rafferty se detuvo—. Esta es su cocina. Sillas,

mesa, platos.

Todo estaba en miniatura. Una casa de muñecas: pequeños muebles, pequeños cubiertos, una réplica de cualquier cocina estándar pero a escala reducida. De la mesa, Cussick tomó una copia impregnada de cera del *Wall Street Journal*.

—¿Leen esto? —preguntó incrédulo.

—Por supuesto. —Rafferty lo condujo por un pequeño pasillo hasta llegar a una habitación lateral—. Este es el cuarto de uno de ellos. Se llama Frank. Mire a su alrededor. Verá libros, cintas grabadas, ropa como la nuestra. ¡Son personas!, seres humanos en el sentido cultural, espiritual, moral y psicológico. Intelectualmente, están tan cerca de nosotros como... —Hizo un gesto—. Más cerca de nosotros que algunos de esos dementes aulladores de ahí fuera, con sus carteles y eslóganes.

«Dios mío», murmuró Cussick cuando vio un juego de ajedrez, una maquinilla de afeitar eléctrica, un par de tirantes y, pegado a la pared, un calendario de chicas. En el aparador había una edición del *Ulises*, de James Joyce.

—Son mutantes, ¿no? ¿A causa de la guerra?

—No —respondió Rafferty—. Son mis hijos.

—Figuradamente, quiere decir.

—No, literalmente. Yo soy su padre. Sus embriones fueron extraídos del vientre de mi esposa y colocados en una membrana artificial. Yo engendré a cada uno de ellos; mi esposa y yo somos los padres de todo el grupo.

—Pero... entonces... son mutantes deliberadamente creados.

—Por supuesto. Durante más de treinta años he trabajado con ellos, desarrollándolos de acuerdo a nuestro programa. Cada uno está un poco más perfeccionado. Hemos aprendido mucho... La mayoría de los primeros murieron.

—¿Cuántos hay?

—Ha habido cuarenta, en total. Pero solo ocho están vivos: siete en el Refugio y un bebé en una incubadora separada. Es un trabajo delicado, y no tenemos un corpus de conocimiento del que aprender.

El pequeño y monótono doctor hablaba con calma; se limitaba a exponer los hechos. Su orgullo bondadoso iba más allá de cualquier jactancia.

—Mutantes criados artificialmente —dijo Cussick mientras merodeaba por la estrecha habitación—. Por eso tienen un ambiente común.

—¿Has visto algún mutante producto de la guerra?

—Bastantes.

—Entonces no debe de resultarle tan sorprendente. Es un poco difícil de asimilar al principio. Y en cierto modo, supongo que es casi gracioso. He visto a los médicos reírse a carcajadas. Son pequeños y frágiles. Tienen el ceño fruncido de preocupación, como yo. Se afanan por todo el Refugio; discuten, disputan, pelean, se preocupan y hacen el amor. Tienen una comunidad completa. El Refugio es su mundo y en él forman una sociedad orgánica total.

—¿Cuál es su propósito? —preguntó Cussick. Ya empezaba a atisbar el sentido del proyecto—. Si no pueden vivir fuera, en la Tierra...

—Eso es todo —respondió Rafferty con toda naturalidad—. No están hechos para que vivan en la Tierra. Están destinados a vivir en Venus. Intentamos desarrollar un grupo para sobrevivir en Marte, pero no obtuvimos resultados positivos. Marte y la Tierra son demasiado diferentes, pero con Venus es un poco más probable que tengamos éxito. Este Refugio, este mundo en miniatura, es una réplica exacta de las condiciones que nuestras naves exploradoras encontraron en Venus.

12

Fuera del edificio en miniatura, el doctor Rafferty se inclinó y le mostró a Cussick una de las esponjas autóctonas del Refugio.

—Esto es artificial. Pero hay auténticas esponjas como esta en Venus. Las trajeron aquí y nuestros equipos hicieron réplicas.

—¿Por qué no simplemente trasplantarlas? ¿No crecerían las verdaderas aquí?

—Le explicaré por qué un poco más tarde. —Se puso en pie y llevó a Cussick al borde de un pequeño estanque—. Y estas son imitaciones, también.

Rafferty sacó del agua una criatura parecida a una serpiente que no dejaba de retorcerse, con unas piernas cortas y rechonchas que se agitaban furiosamente. Rafferty le giró la cabeza con un gesto rápido; esta cayó pesadamente a un lado y la criatura dejó de moverse.

—Un artilugio mecánico, se puede ver el cableado, pero también se trata de un modelo exacto de la auténtica fauna de Venus.

Volvió a girarle la cabeza en sentido contrario y la criatura comenzó a retorcerse de nuevo. Rafferty la tiró al agua y el animal se marchó nadando sin problemas.

—Esas montañas... —dijo Cussick señalando hacia arriba— ¿son un telón de fondo basado en el paisaje venusino?

—Correcto. —Rafferty se alejó rápidamente—. Podemos ir allí, si quiere. Pasean alrededor de sus montañas todo el tiempo. —Mientras los dos hombres caminaban de roca en roca, Rafferty continuó con su explicación—: Este Refugio es una escuela, así como también un entorno. Está diseñado para prepararlos, para adecuarlos a un entorno que no es terrestre. Cuando vayan a Venus, estarán preparados, al menos todo lo bien que podamos. Probablemente algunos de ellos morirán; pueden resultar dañados por el cambio. Después de todo, no podemos ser infalibles. Lo hemos hecho lo mejor posible para imitar las condiciones de Venus, pero no hemos podido hacerlo perfecto al pie de la letra...

—Un momento —lo interrumpió Cussick—. Ellos ¿están inspirados en las formas de vida humanoides de Venus?

—No —admitió Rafferty—. Son creaciones nuevas, no imitaciones. Los embriones humanos originales se alteraron según el principio del fenotipo: los sometimos a condiciones no terrestres, específicamente, a una escala de tensiones similares a las que operan en Venus. Las tensiones fueron intrincadas; tuvimos muchos fracasos. En cuanto nacieron los bebés alterados, los introdujimos en incubadoras de tipo V: el entorno nuevamente reproducía el patrón de Venus. En otras palabras, deformamos cada embrión y seguimos aplicando las tensiones después del nacimiento de los bebés. Como es evidente, si los colonos humanos aterrizan en Venus, no sobrevivirán. El Fedgov ya lo ha intentado. Pero si hubiera algunos cambios físicos específicos, sería posible mantener viva una colonia. Si pudiéramos organizar los pasos de forma escalonada, por etapas, con bloqueos a través de los cuales podrían pasar... conseguiríamos la aclimatación que queremos. La adaptación, en realidad. Sabíamos que, con el tiempo, la progenie mutaría en respuesta a las presiones externas. Poco a poco, las generaciones posteriores se autorremodelarán a lo largo de líneas de supervivencia. Muchos morirán, pero algunos seguirán luchando. Finalmente obtendremos una especie cuasi humana, no físicamente como nosotros, pero, sin embargo, seres humanos. Individuos alterados aptos para vivir en Venus.

—Ya veo —dijo Cussick—. Esta es la solución del Fedgov.

—Por supuesto. Nunca encontraremos las condiciones exactas que tenemos aquí en la Tierra: no existen dos planetas idénticos. Por Dios, ya tenemos la suerte de contar con Venus, un planeta con nuestra densidad, con gravedad, humedad y calor. Naturalmente, es un infierno literal para usted y para mí, pero no hace falta mucho para convertir el cielo en un infierno: un aumento de la temperatura de diez grados, un aumento del uno por ciento de humedad. —Le dio una patadita a un líquen negro azulado que trepaba por el costado de una roca plana antes de continuar—. Podríamos haber esperado mil años, tomar el camino largo. Mandar colonos humanos, una carga tras otra, enviando innumerables naves para comenzar una colonia. La gente habría muerto como moscas. Habrían sido desgraciados. La naturaleza puede permitírselo, pero nosotros no. Nuestra gente lo hubiera aborrecido.

—Sí —coincidió Cussick—. Eso ya ha quedado demostrado.

—Al final, los resultados hubieran sido los mismos. Pero ¿habríamos estado dispuestos a aceptar las pérdidas? Creo que hubiéramos abandonado. No tenemos miles de años y millones de vidas para dar; nos hubiésemos dado

por vencidos y habríamos traído de vuelta los colonos a casa. Porque, en el análisis final, no queremos adaptarnos a otros planetas, queremos que estos se ajusten a nosotros. Incluso si encontramos una segunda Tierra, no sería suficiente. Aquí, con este proyecto, tenemos la semilla de un futuro mucho más consistente. Si esto funciona, si los mutantes de Venus sobreviven, podremos continuar y perfeccionar nuestras técnicas. Desarrollar colonias mutantes para otros planetas, para entornos más radicales. Al final, podremos poblar el universo, sobrevivir en cualquier lugar. Si tenemos éxito, lo habremos conquistado totalmente. La especie humana será indestructible. Este Refugio, este enclave cerrado y mi trabajo, todo esto parece artificial, pero lo que he hecho es tratar de acelerar la evolución natural. He intentado sistematizarla, eliminar la aleatoriedad, el desperdicio y la falta de objetivo. En lugar de enviar terrestres a Venus, vamos a enviar venusinos. Cuando lleguen allí, no encontrarán un entorno extraño y hostil, encontrarán su verdadero mundo, el auténtico mundo que ya conocen... como modelo. Encontrarán la versión definitiva de esta réplica.

—¿Ellos conocen todo esto?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque era esencial que pensaran que nadie era responsable de su situación —aclaró Rafferty—. Si supieran que los alteramos deliberadamente, que los hemos incapacitado para vivir en la Tierra, nunca nos lo habrían perdonado. Más de dos décadas en este Refugio víctimas de un experimento científico. Siempre se les ha dicho que son mutantes naturales, mutantes producidos por la guerra, como los demás. Fueron elegidos sin su permiso. Eran sujetos involuntarios, y muchos de ellos murieron. ¿Cree que alguna vez nos habrían perdonado sabiendo que les habíamos hecho esto?

—Pero al cabo del tiempo lo descubrirán.

—Lo descubrirán cuando lleguen a Venus. Para entonces, y a todos los efectos prácticos, ya no importará. Porque no estaremos allí; estarán solos. El resentimiento será absurdo en ese momento. Se alegrarán de su alteración. ¡Dios mío, significará la supervivencia! En Venus, usted y yo seríamos los monstruos, incapaces de sobrevivir. En Venus necesitaríamos refugios como este.

Después de un momento de reflexión, Cussick preguntó algo más:

—¿Cuándo puedo ver a esos venusinos?

—Lo arreglaré. Dentro de pocos días, sin duda. Toda esta confusión ha trastornado nuestra rutina, y ellos también lo notan. Están tan tensos como

nosotros.

Veinticuatro horas más tarde, mientras estaba inmerso en la transferencia de sus documentos a San Francisco, Cussick vio a los mutantes de Venus por primera vez. El doctor Rafferty se reunió con él en la planta baja del edificio. Eran las dos de la mañana y la calle estaba fría y nublada.

—Lo llamé porque este es una excelente oportunidad —dijo Rafferty, guiándolo hacia la rampa de ascenso—. Nuestros pequeños amigos se emocionan un poco, de vez en cuando. Han decidido que pueden dejar entrar a cualquiera en su casa.

Después de que la furgoneta devolviera a los mutantes medio conscientes al Refugio, Cussick y Rafferty se quedaron de pie en la acera empapada de niebla. La inutilidad de la lucha de los mutantes pendía en la penumbra sobre ellos; ambos hombres sintieron la proximidad opresiva de la derrota.

—Tal vez tienes razón sobre Jones —dijo finalmente Rafferty tuteándolo—. Tal vez solo sea humano. —Sacó las llaves de su automóvil y se dirigió hacia donde lo tenía aparcado—. Pero es como pelear contra el océano. Nos hundimos más profundamente cada día. Una civilización ahogada en el diluvio. La nueva inundación.

—La fuerza divina —dijo irónicamente Cussick.

—No podemos destruir a Jones. Solo podemos esperar que haya algo más allá de él, algo al otro lado. —Rafferty abrió la puerta de su vehículo y se acomodó en su interior—. Puedes cancelar los bloqueos de la calle, si quieres. Pero mantenlos a mano.

—Lo haré —dijo Cussick—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Rafferty.

El motor arrancó y el automóvil se alejó. Cussick se quedó solo. Los helados zarcillos de niebla lo rodeaban. Se estremeció al darse cuenta de lo que debía de haberles parecido a los cuatro mutantes. Aquellas pequeñas criaturas frágiles, con sus esperanzas, sus sueños confusos, sin saber quiénes o qué eran... Y fuera de su útero de cristal, esperándolos, la noche y las siluetas grises que avanzaban: la organización Jones.

Cussick caminó lentamente por la oscura acera hasta que llegó a la primera barricada.

—Está bien —le dijo al sargento con casco—. Podéis desmontarla.

El sargento no le prestó atención; el escuadrón de la policía estaba de pie alrededor de sus aparatos de retransmisión, escuchando atentamente una emisión de circuito cerrado.

Con gesto irritado, Cussick alargó una mano para agarrar al sargento por el hombro. Justo en ese momento se dio cuenta de lo que estaban escuchando, y se olvidó del sargento, de Rafferty, de las barricadas, de los mutantes venusinos. Se inclinó y se abrió paso para acercarse al altavoz. Escuchó envarado la transmisión.

—«... las primeras etapas del ataque hicieron caer en las manos de Seguridad al menos el cincuenta por ciento de los líderes criminales. En las principales áreas metropolitanas, los equipos armados están reuniendo al personal restante del nivel político. La operación avanza de manera ordenada... Hay muy poca resistencia. El propio reverendo Floyd Jones resultó herido en una escaramuza entre sus partidarios y las unidades de policía. Un informe de Nueva York describe grandes peleas callejeras entre bandas fanáticas y tanques de la policía. A toda la policía armada de esa zona se le ordena presentarse en sus puntos de reunión; todas las órdenes anteriores quedan canceladas de forma automática. Repetimos la notificación original: el Consejo Supremo del Gobierno Mundial Federal ha declarado que la organización designada como Patriotas Unidos es ilegal, y todos los miembros de dicha organización han quedado clasificados como elementos criminales. La legislación ordena a la policía del servicio secreto arrestar y entregar a los tribunales públicos a todos los miembros de la organización Patriotas Unidos y a todas las personas afiliadas a subgrupos como la Liga de la Lealtad Juvenil, el de las Mujeres...»

Cussick se volvió, con el cuerpo medio congelado por el frío de la noche. Pataleó contra el suelo, se sopló las manos y agitó con fuerza los brazos. Así pues, Pearson había entrado en acción. El Consejo había ratificado su programa: estaban deteniendo a Jones y a su organización, los estaban sentenciando y dispersando por diferentes campos de trabajo. Probablemente conforme a la Cláusula Dos, el estatuto que otorgaba a Seguridad la autoridad necesaria para arrestar a miembros de cultos carismáticos que amenazaban con la divulgación gratuita de los principios del relativismo. Una cláusula deliberadamente vaga, colocada en los libros como una legislación general para cubrir cualquier situación que no estuviera controlada de otra manera.

Pero Jones debía de saberlo. La organización debía de estar esperando el ataque. Jones debía de haber anticipado un año antes que, impulsado por su ultraje, Pearson seguiría adelante, haría un gran esfuerzo final para aplastar el floreciente movimiento. La traición de Kaminski había incitado a Pearson; quería ponerse en acción, hacer algo, realizar un último intento para salvar al

Fedgov antes de que todo estuviera decidido. Pero en la mente de Jones ya se había decidido.

Mientras escuchaba la transmisión de audio de la policía, Cussick se preguntó cómo iba a ser posible tomar por sorpresa a Jones. A menos que, por supuesto, quisiera ser arrestado. A menos que hubiera sido su plan recibir un disparo. En ese caso, Pearson probablemente había sellado la sentencia final del Fedgov.

Posiblemente, incluso con toda probabilidad, Pearson, en su furioso deseo de actuar, hubiera hecho de la victoria de Jones una absoluta certeza.

13

La multitud rugía. En la tarde de aquel histórico día, la multitud quedaba desdibujada bajo el sol, y sus voces al unísono aclamaban al pequeño hombre de pie en la plataforma, una diminuta figura que gesticulaba, hablaba y agitaba los brazos. Los altavoces transmitían el discurso, amplificaban la voz original hasta hacerla resonar por encima del ruido de la multitud. Más allá de la aglomeración de personas estaban las ruinas de Frankfurt, Alemania.

—Amigos —gritó Jones—, la plutocracia atrincherada ha intentado silenciarme. Pero no lo han conseguido. Como enormes parásitos, se sientan tras sus escritorios para gobernar el mundo. Se han enriquecido a nuestra costa, se han aprovechado de nosotros. Pero esto va a acabar. Lo sé.

Todos gritaron su aprobación.

—¡Debemos contraatacar! —rugió Jones—. Más allá del mundo, más allá de los sistemas muertos. Es nuestro destino. A la raza no se le puede negar su futuro. Nada nos detendrá. No pueden derrotarnos.

Continuó y continuó. Y en algún lugar, de pie en silencio entre los espectadores, al margen de la enloquecida muchedumbre, esperaba el asesino de la policía.

Había sido soldado en la guerra. Era un excelente tirador, con una maleta repleta de medallas. En el último período de la guerra, se convirtió en asesino profesional. La posibilidad de que su disparo no alcanzara el objetivo era de una entre un millón.

El día del discurso, a Pratt lo llevaron desde el campo de trabajo de Manresa, en España, hasta las afueras de Frankfurt. Mientras el largo coche de chasis bajo ronroneaba por las serpenteantes carreteras, repasó la forma en que lo haría. No había mucho en lo que pensar, todo su cuerpo estaba preparado para el trabajo que tenía por delante. Después de un rato, apoyó la cabeza en el lujoso asiento y disfrutó del impulso de la poderosa turbina.

El coche lo dejó en una zona desierta, un área de escombros y cráteres de bomba que no había sido reconstruida. Pratt se sentó entre las ruinas, sacó el almuerzo y se lo comió. Luego se limpió la boca, cogió el rifle y caminó hacia

la ciudad. Era la una y media, tenía mucho tiempo. Por la carretera se cruzó con una multitud de personas y vehículos, una marea constante de individuos que acudían a escuchar a Jones. Pratt se unió a ellos, era uno de muchos. Mientras caminaba, llevaba el rifle colgado. Era un rifle de guerra, el que usó durante los últimos días de confusión. Sus condecoraciones le permitían llevarlo, el rifle era una insignia de honor.

El discurso no le interesaba. Era un hombre demasiado práctico para conmoverse por el tumulto de palabras. Mientras Jones gritaba y gesticulaba, el soldado de mandíbula afilada merodeaba alrededor, buscando el punto en el que se originaría la marcha, el lugar donde Jones tomaría el mando de sus soldados grises.

Aquella parte de Frankfurt aún permanecía en ruinas. Era una zona residencial, la última que iba a ser reconstruida. Los habitantes vivían en barracones temporales construidos por el gobierno. Cuando el discurso de Jones acabó, varios grupos de trabajadores de la organización comenzaron a reunirse por aquí y por allá, sin duda de una forma preestablecida. Pratt, de pie con su rifle, observó con interés.

Ante él tenía lo que parecía una rueda de cemento. La rueda era una masa sólida de seguidores, reunidos en un único montón sombrío. La bandera con el caduceo ondeaba por todas partes. Todo el mundo llevaba brazaletes o uniformes. Delante de la rueda gris se extendía un tramo abierto de la Landstrasse, la carretera aún intacta que conducía a la ciudad. La carretera existía desde el tiempo del Tercer Reich, la había construido el genio de la ingeniería nazi, el *doktor* Todt, y su O. T. Gruppe. Era una carretera excelente. A no mucho tardar, la rueda gris se desenrollaría y marcharía hacia abajo, hacia la ciudad.

La policía había despejado con esmero todo el tráfico de la carretera. Las patrullas recorrían de un lado a otro la franja desierta, apartando a la gente con gestos furiosos. Unos cuantos niños y un perro callejero correteaban emocionados delante de ellos.

El ruido ya era ensordecedor. Los remolinos de espectadores se aproximaban al punto de reunión procedentes de los campos cercanos. Pratt hizo una mueca cuando los grupos llegaron hasta él, con los ojos vidriosos, las bocas abiertas y medio ahogados de proferir gritos sin sentido. Levantó el rifle y se subió a una pila de escombros, fuera del camino.

Un montón de periodistas y fotógrafos de prensa con cámaras provistas de *flash* tomaban fotos de la multitud y de la masa gris de agentes de la organización que formaban las primeras filas. Había antidisturbios por todas

partes, en parejas y en grupos de tres. Todos iban armados, parecían crueles e inquietos con sus uniformes marrones. Había cuatro ambulancias aparcadas en la parte donde se estrechaba la carretera, dos a cada lado. Cerca, se habían instalado complejos equipos de televisión, los técnicos y los equipos médicos bromeaban y ganduleaban. También a ellos les tomaban fotografías. Lo fotografiaban todo.

Pratt se abrió paso con cuidado. Consiguió deslizarse por los extremos de la multitud y salir a un lugar abierto. Un momento después, estaba de pie junto a la barricada principal de la policía, levantada al borde de la carretera. Los policías uniformados lo miraron sin comprender; no lo conocían. Uno de ellos, un gigante con una enorme cara de luna, se separó del resto y avanzó corriendo hacia él de forma amenazadora, con la ametralladora levantada.

— ¡Vete al otro lado! —le gritó a Pratt—. ¡Sal de la carretera!

La policía estaba tendiendo una pesada cuerda blanca a ambos lados del asfalto para mantener la marcha controlada. Querían asegurarse de que iba en la dirección correcta; se suponía que iba a donde las unidades armadas esperaban.

— ¡Joder! —gritó el enorme policía—. ¡Te dije que te fueras de aquí! ¿Quieres que te maten?

— ¿Dónde está McHaffie? —respondió Pratt.

— ¿Quién eres tú?

Pratt localizó al comandante de policía McHaffie, el oficial a cargo de la operación. Se acercó a él y le mostró su identificación.

— Está bien —murmuró McHaffie, preocupado. No sabía cuál era la misión de Pratt, solo que tenía un trabajo relacionado con la seguridad—. Sube allí en uno de los camiones, ahí es donde tendrás la mejor vista. Los estúpidos cabrones comenzarán en cualquier momento.

McHaffie había escogido un buen lugar para la barricada. Una vez que los manifestantes la hubieran pasado en dirección a la ciudad, los camiones atravesarían la cuerda y se darían la vuelta, bloqueando la carretera. Luego, cuando la multitud regresara, los equipos de policía los revisarían. Retenidos entre dos muros policiales, Jones y sus seguidores quedarían atrapados como ganado. Había más camiones esperando para llevar a los seguidores a campos de trabajos forzados.

La barricada era formidable. Dudaba si la multitud, que para entonces ya sería una turba enloquecida, podría traspasarla. Había camiones, además de armas pesadas, y tal vez una línea de tanques. No estaba muy familiarizado con esa parte. Ese sería el inicio de la carga policial: la muerte de Jones y los

acólitos que lo rodeaban. Y después seguiría el resto del mundo, ciudad tras ciudad. Durante un período de días, quizá semanas, la represión continuaría. Poco a poco y con eficacia.

Pratt llegó hasta el camión y comenzó a subir. Seis o siete manos se acercaron para ayudarlo, se tumbó con torpeza, agarrándose al rifle y forcejeando, hasta que alguien lo ayudó a ponerse en pie. Se sacudió la ropa y buscó un lugar cerca de la parte delantera. No era el único que llevaba un rifle, pudo ver varios destellos bajo la luz del sol de la tarde. Cuando levantó el arma, allí de pie, nadie le prestó atención. Todos estaban atentos a los manifestantes.

—Este es un buen sitio —le dijo a McHaffie mientras el oficial de policía lo seguía.

McHaffie miró el rifle.

—¿Qué es eso que llevas ahí? ¿Un viejo A-5? Ojalá los hubieseis tirados todos a la basura. —Sin duda, pensaba que Pratt no era más que un veterano de guerra belicoso—. Deberíamos haberles quitado los percutores.

—Hay mucha gente allí abajo —comentó inquieto un sargento.

—¿Cree que nos atacarán? —preguntó un joven nervioso, casi un niño—. Están locos, podrían hacer cualquier cosa.

—No lo creo —respondió McHaffie vagamente mientras observaba la multitud con sus binoculares.

—Quieren que los maten —dijo el sargento—. Para eso están ahí. Nos pueden ver. Jones debe de saber que los vamos a acorralar. ¿No puede ver el futuro? ¿No es esa su forma de actuar?

El cálido viento los golpeaba desde las ruinas y los cráteres medio llenos de escombros. A lo lejos, a través del brumoso cielo, una hilera de vehículos avanzaba lenta e inexorablemente. Los hombres de los camiones estaban inquietos e irritables, golpeaban las armas contra el casco de metal de los vehículos, escupían al exterior, se cubrían los ojos del brillante sol y miraban furiosos la rueda gris de los manifestantes.

—No durará mucho —dijo McHaffie.

La multitud se estaba colocando de forma ordenada detrás de la falange gris.

—¿Cuánta gente crees que hay? —preguntó Pratt.

—Miles. Millones. Supongo que el gran hombre subirá a su coche mientras los demás caminan. —McHaffie señaló hacia una limusina aparcada—. Uno de sus ricos patrocinadores se la regaló.

—Se supone que debe de ir delante —dijo uno de los periodistas al oír a McHaffie—. Según dice la basura que publican, estará justo al principio, marchando a la cabeza.

—Eso creo que hará —asintió Pratt.

—¿Sabe algo de él? —le preguntó un periodista, con su engreído rostro descarado y ansioso a la vez. Era un típico periodista de Berlín, con traje de lana holgado y una pipa en la boca, cínico y distante.

—No —dijo Pratt.

—¿Es cierto que Jones es un estafador que escapó de los campos de trabajos forzados bolivianos?

—Oí que solía actuar en un espectáculo de fenómenos raros —dijo el sargento—. Es un mutante, uno de esos despojos producto de la guerra.

Pratt no dijo nada. Le dolía la cabeza del resplandor del sol y del polvo del viento seco. Solo quería que todo acabara pronto.

—Deje que le pregunte algo —le dijo el reportero a McHaffie—. Aquellos tipos de allí, ¿qué son? ¿Algún tipo de conspiración? ¿Cuál es la historia de todo esto?

—Póngase en marcha —murmuró McHaffie.

—¿No es una conspiración? ¿Para qué está Jones ahí? Tiene muchos patrocinadores ricos, ¿no? Es un presbítero o algo así. Esto es una secta, ¿verdad? Los ricos despilfarran el dinero y tienen un montón de ropa, coches y joyas, y él tiene todas las chicas que quiere, ¿no?

Nadie contestó.

En ese momento, el periodista se dirigió a un policía alto y delgado que estaba apoyado contra la barandilla, provisto de equipo para disparar cohetes.

—Oye —le dijo el reportero en voz baja—. ¿Todo esto en realidad es un truco del Fedgov para avivar el interés en la colonización? ¿Tendrán un gran acuerdo de inmigración? Dime algo. Dios —murmuró el reportero de forma lastimera—, solo estoy intentando comprender todo esto. Debe de haber algo que... Intento descubrir en qué está metido.

Un policía bajito y con la cara roja subió al camión llevando consigo el sistema de comunicaciones.

—Me alegro de estar aquí arriba —le dijo a McHaffie—. Esto va a ser una locura cuando lleguen a las barricadas de la ciudad.

El reportero puso una mano sobre el brazo del hombre.

—Oiga, amigo, ¿qué puñetas es todo esto? ¿Qué hacen todos esos chiflados?

El policía de cara roja hizo una pausa y cogió aliento antes de contestarle.

—No es una conspiración.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren? Dígame algo.

—Si fuese una conspiración no tendríamos ningún problema. Podríamos comprarlos.

—Eso es interesante. —El reportero lo miró con interés—. ¿Conoce a ese tal Jones?

—No —admitió el policía de cara enrojecida—. Pero mi mujer le estrechó la mano una vez. Ella es uno de los miembros.

El reportero no se lo podía creer.

—¿En serio?

—Es probable que esté allí abajo, en la marcha.

—Márchese ya —le espetó McHaffie al periodista, y luego se volvió hacia el policía de cara roja—. Vuelva e informe a su unidad.

El policía se fue obedientemente a la parte trasera del camión y saltó a la carretera.

El periodista escribió unas cuantas notas en una libreta y luego la guardó. Miró el rifle de Pratt con curiosidad.

—¿Qué es eso que tienes ahí, amigo? —le preguntó.

Pratt no dijo nada. Se sentía peor cada minuto que pasaba. Tenía la boca seca y con sabor ácido. Un ramalazo de una antigua malaria lo recorrió provocándole debilidad y escalofríos. Siempre le pasaba lo mismo antes de matar.

—Es un trozo de metal de aspecto siniestro —comentó el reportero—. ¿Le vas a volar la cabeza a alguien con eso?

—Vete de aquí, cabrón bocazas —le soltó el policía delgado—, antes de que este te vuele el culo con eso.

—Dios —se quejó el reportero—. Sois unos tipos muy susceptibles. —Se dirigió hacia el otro lado de la camioneta—. Sois tan malos como esos pirados de ahí abajo.

Pratt se secó el sudor del labio superior y apoyó el rifle contra el costado del camión. El metal brilló, radiante y caliente bajo el fuerte sol. Los ojos le ardían y las piernas le comenzaron a temblar. Se preguntó cuánto tardaría la multitud gris en desplegarse y comenzar a avanzar. No mucho, probablemente.

—Déjame usar tus prismáticos —le pidió a McHaffie.

—Vigila que no se te caigan. —McHaffie le pasó los binoculares con manos temblorosas—. Dios, todo esto me está superando. Si algo sale mal, acabaré en un campo de trabajo con ellos.

Pratt miró a través de los prismáticos a la rueda de color gris, con su densa y obediente multitud detrás. Jones había llegado. Estaba de pie al frente, hablando con los encargados de la organización. Empezaron a formar a los manifestantes en columnas de diez, como una larga serpiente con la cabeza gris en el borde de la carretera y el cuerpo entre las ruinas. Los manifestantes que esperaban caminaban de un lado a otro. Pratt podía oírlos, un murmullo constante y débil. Gritaban y chillaban tan alto como podían.

—¿Los oyes? —le dijo a McHaffie.

—Devuélveme los prismáticos, creo que ya están empezando la marcha.

—No, no están empezando.

Pratt ajustó el enfoque. Allí estaba su presa, el pequeño y demacrado hombre, con sus gafas de acero, nada extraordinario y de poca importancia. Ese era Jones.

—¡Vamos! —gritó McHaffie—. ¡Vamos a por ellos!

Pratt le devolvió los prismáticos. McHaffie los cogió con rapidez y volvió a mirar.

—Dios, ahí vienen —susurró—. Ya han comenzado.

Las columnas de color gris se encaminaban hacia la carretera. La multitud, que chillaba y gritaba, avanzaba tras ellos. Los perros ladraban furiosos. Los niños corrían de un lado a otro con entusiasmo frenético. En los camiones, los policías armados se revolvían inquietos y preparaban las armas.

Jones, a la cabeza de las columnas, avanzaba con zancadas temblorosas y desiguales directamente hacia el centro de la carretera. Un ritmo rápido y mecánico, como una muñeca herida. Sin los prismáticos, Pratt no era capaz distinguir su rostro. Jones todavía estaba muy lejos. Empuñó el rifle y le quitó el seguro. Al levantarlo, se puso tenso y expectante. A su alrededor, todos los que tenían armas hicieron lo mismo.

—Recordad, no disparéis —murmuró McHaffie—. Dejadlos pasar, dejadlos llegar hasta más allá de la barricada. Y luego preparaos para acorralarlos.

En uno de los camiones, un policía se tambaleó y luego cayó de bruces sobre la carretera. Rodó, se levantó rápidamente y corrió impulsado por el pánico para ponerse a salvo detrás de la cuerda blanca.

—Enviad primero los camiones —ordenó McHaffie por el teléfono.

Las columnas de manifestantes traspasaron la barricada. Algunos de ellos miraban con miedo a los camiones estacionados, a la policía agazapada.

—¡A por ellos! —gritó McHaffie—. ¡Poned en marcha los motores, imbéciles!

El primero de los manifestantes había traspasado la barricada. Desde Frankfurt se acercaba la primera línea de tanques: el otro lado de la trampa se estaba cerrando. Los manifestantes nunca llegarían a la ciudad. Con agudos rugidos, los camiones se pusieron en marcha y salieron a la carretera detrás de los manifestantes para cortarles el paso. De repente, la multitud se detuvo. Los gritos de consternación resonaron por encima del estruendo de los motores. La columna se rompió y comenzó a desmembrarse y, de pronto, la larga serpiente se diseccionó a sí misma. Los que estaban delante comenzaron a correr confundidos.

—Están dentro —dijo McHaffie con voz apagada—. Están en medio.

Los manifestantes no avanzaban. Jones se había detenido, miraba a su alrededor con desconfianza. Como una pequeña rata, pensó Pratt. Una pequeña y sucia rata de dientes amarillos. Levantó el rifle y apuntó.

Toda la multitud se movía ya sin control. La muchedumbre que se dirigía hacia la carretera se dividió en manadas sin rumbo; la gente corría en todas direcciones, salían de la carretera, atravesaban la cuerda, no les importaba hacia dónde. Los veloces coches de policía corrían por los bordes de las ruinas y los hacían retroceder. Todo era un caos. Pratt no les prestaba atención, solo veía la pequeña y delgada figura de Jones.

—¡Estáis arrestados! —Resonó por los altavoces—. Deteneos y quedaos quietos. ¡Estáis bajo arresto de Seguridad!

Algunos se detuvieron. Los rostros conmocionados miraron hacia arriba: estaban aterrizando unidades aerotransportadas de la policía. Un grupo de matones de la organización apareció de pronto y corrieron hacia un pelotón de la policía. Agitando los garrotes, los matones se abalanzaron contra la unidad, que los esperaba. Una confusa masa de marrones y grises luchaba sobre el asfalto. Algunos manifestantes escaparon de la carretera hasta más allá de las ruinas. Los policías que corrían tras ellos los golpearon; se levantaron nubes de espeso polvo que oscurecieron la escena. El aire se llenó de gritos y rugidos estrepitosos. Se oyó el crujido de un camión, que se inclinaba gradualmente de costado. Un muro de fanáticos enloquecidos lo empujaba.

Pratt apuntó con cuidado y disparó.

Su bala no alcanzó a Jones ni por asomo. Aturdido, tiró del cerrojo, volvió a cargar y levantó el rifle de nuevo. Cuando disparó, Jones, de forma milagrosa e inexplicable, se echó a un lado. Falló por una décima de segundo. Sin duda, Jones se lo esperaba.

Pratt saltó desde el camión en el que estaba al siguiente y se abrió paso alrededor del borde de la multitud. Se bajó sobre un montón de ruinas y, con

el rifle en las manos, consiguió afirmar los pies y luego se adelantó con rapidez. Esta vez dispararía solo desde unos cuantos metros de distancia; esta vez estaría justo enfrente de Jones.

Pratt fue hacia la carretera y se adentró en la multitud. Usó la culata de su rifle como garrote y logró abrirse paso entre ellos. Una botella le golpeó la cabeza. Durante un segundo todo se oscureció y se hundió en una masa de cuerpos humanos que luchaban salvajemente. Luego consiguió ponerse en pie.

De repente, cayó otra vez al suelo. Agarró el rifle, trató de levantarse y consiguió ponerse de nuevo de rodillas antes de que una silueta de color gris lo golpeará con una tubería. Esta vez perdió algunos dientes y sintió la sangre caliente que le bajaba por la garganta, ahogándolo. Cegado, quedó tendido entre jadeos. Unas enormes botas le aplastaron las costillas a pisotones. Aulló, buscó a tientas hacia arriba, agarró la pernera de un pantalón y tiró. El hombre se tambaleó y cayó. Pratt rodó sobre él con un trozo de una botella rota en las manos. De un rápido golpe le cortó la garganta al individuo. Luego apartó el cuerpo y se puso en pie.

Delante de él vio un lugar despejado, un centro en calma entre la vorágine de figuras enfurecidas. Jones permanecía inmóvil; detrás de las gafas, sus ojos se movían de forma frenética. A su alrededor tenía un grupo de combatientes de la organización, una defensa de última hora.

Pratt se arrodilló y consiguió levantar el rifle. Una bruma temblorosa se agitaba delante de él. De forma automática, su dedo apretó el gatillo. No se oyó ningún estampido, solo la ligera vibración del arma.

Vio a Jones tambalearse, llevarse las manos al vientre y luego caer de espaldas. Solo lo había herido, le había dado en la barriga, no en la cabeza. Maldiciendo y llorando, Pratt tiró del cerrojo. Había fallado, no lo había matado.

Mientras intentaba disparar de nuevo, apareció una enorme figura gris, echó una pierna hacia atrás y le propinó una patada al arma, que salió volando de sus manos. Aparecieron dos figuras más, experimentó un feroz segundo de agonía y luego todo terminó. Su último instante de vida acabó. Los tres matones grises lo habían decapitado.

Sentado en la acera, escupiendo sangre, Jones esperó a los equipos médicos de la policía. Desde donde estaba podía ver el cadáver del asesino. Débilmente, a través de una neblina, vio como las enfurecidas figuras grises descuartizaban lo que quedaba de él.

Todo había acabado. La sangre brotaba entre sus dedos apretados. Estaba herido pero seguía vivo. En su agonía ya podía sentir el alegre rugido de la victoria.

14

Pearson estaba sentado en su escritorio cuando le llegaron los primeros informes. Los escuchó distraído, parecían llegar de muy lejos, remotos e inciertos, sin importancia inmediata. Dejó constancia de la recepción y cortó la transmisión.

Después de un rato, se dio cuenta de que había fracasado. Pratt estaba muerto y Jones yacía gemebundo en un hospital de la policía. Jones seguía vivo. Bueno, eso era todo.

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Con las manos en los bolsillos, se quedó allí de pie, mirando la oscura ciudad nocturna. Apenas se movía nada. En los días siguientes, las unidades de la policía reunirían a los seguidores de Jones en esa zona. No había prisa, podía esperar. De hecho, podía esperar eternamente.

Pero tenía que seguir adelante con todo aquello. Hasta el amargo final. Él lo había empezado y él tenía que acabarlo. No tenía intención de echarse atrás ahora solo porque no quedaba ninguna esperanza.

Pensó por un momento en tratar de asesinar a Jones en el hospital, mientras yacía indefenso. No, él ya había hecho su gesto quijotesco. Ya había demostrado lo que se proponía demostrar, lo que tenía que saber.

No podrían asesinar a Jones. Era inútil. El Fedgov ya había pasado por todo eso, también él podía tirar la toalla.

De hecho, esperó dos semanas. Esperó hasta que comenzaron a llegar las cifras reales del plebiscito. Esperó incluso hasta que el edificio apestó con el humo acre del papel quemado, cuando los documentos oficiales de Seguridad se convirtieron en cenizas. Cuando el Consejo Supremo dimitió, Pearson estaba de pie en silencio en su oficina de Detroit, con la cabeza hundida entre los hombros y las manos en los bolsillos.

Unas horas antes de que la débil y pálida figura de Jones se levantara de la cama del hospital, entrara en un coche oficial y se dirigiera hacia Detroit, Pearson llamó a Cussick.

—Iré para allá —le dijo Pearson—. Hablaré contigo en tu apartamento. Vamos a volar el edificio. No queremos que quede nada.

Lo primero que notó al entrar en el apartamento de Cussick fue el desorden que había por todas partes. No lo recordaba así. Por un momento se quedó en la puerta, desconcertado y confundido.

—Vale —dijo al fin—. Tu esposa se ha marchado. Estás aquí solo. Cussick cerró la puerta del vestíbulo.

—¿Quieres tomar algo?

—Desde luego —asintió Pearson agradecido—. Uno largo con agua.

—Me queda parte de una botella de un buen escocés —dijo Cussick. Preparó las bebidas y se sentaron.

—Hemos acabado —dijo Pearson.

—Lo sé.

—Fue un error. Estaba claro que nadie podía acabar con él. Pero tenía que intentarlo. Ya sabes, el hijo de perra podría haber estado marcándose un farol. Era una posibilidad remota, pero quería ponerlo a prueba. Pragmático, ya sabes.

—¿Qué viene ahora? —preguntó Cussick—. ¿Hay algo que no hayamos hecho?

A Pearson se le desencajó el rostro frío e impassible.

—En realidad, tenemos, técnicamente, dos horas más de autoridad —dijo despacio—. Es lo que tardará Jones en legalizar el gobierno. Hasta ese momento, aún estoy a cargo del proyecto de Rafferty.

—¿Sabes en qué consiste el proyecto? Creí que no lo sabías.

Pearson miró hacia el techo.

—Hay dos naves preparadas. Es decir, naves reales, naves que pueden viajar al espacio. Ya sabes a lo que me refiero. Interplan, las llaman. Protegidas por decreto gubernamental en algún lugar secreto, listas para ponerse en marcha. Están en alerta las veinticuatro horas del día. Siempre a punto. Siempre revisadas y repostadas. Se supone que son las mejores. Tengo entendido que funcionan por haz automático. Alguien, no recuerdo quién, me dijo una vez que una estación piloto en Venus las controla en cuanto salen de la Tierra. Tal vez no sea Venus. Tal vez sea Marte.

—Venus —afirmó Cussick.

Pearson asintió mientras tomaba un trago de su bebida.

—Sabes, por supuesto, que es un pequeño juego de cierta complejidad. Naturalmente, sé en qué consiste el proyecto, lo descubrí el primer día. Pero, para que conste, hablo solo de las dos naves. Ellos, ya sabes a quienes me

refiero, se dividirán en dos grupos, cuatro en una nave y cuatro en otra. Así, si una no consigue llegar, quedará la otra.

—En Venus... —preguntó Cussick— ¿hay provisiones? ¿Algún tipo de instalaciones?

—Montañas de provisiones. Miles de instalaciones. Todo lo que tenemos que hacer es conseguir que lleguen los ocho hasta allí.

Cussick se puso en pie.

—Se lo notificaré a Rafferty.

Pearson también se puso en pie.

—Mi coche está fuera. Te llevaré hasta allí. Mejor aún, yo también iré contigo.

Al cabo de media hora ya estaban en San Francisco. Rafferty estaba dormido, Cussick lo despertó y le dio el mensaje. Avisaron al personal de las naves. La furgoneta de transporte estaba preparada y los ocho venusianos en su interior: siete adultos y un bebé aún en la incubadora. Asustados y desconcertados, los mutantes estaban sentados muy juntos, acurrucados, tímidos, miraban de reojo, parpadeando rápidamente, hablaban en voz baja y con inseguridad.

—Buena suerte —les dijo Rafferty.

Pearson y Cussick acompañaron a la furgoneta de transporte hasta el campo de despegue. Supervisaron la carga de las naves, cuatro mutantes en cada una de ellas. Los complejos sellos de seguridad quedaron colocados en su lugar y situaron las naves en posición vertical. Mientras Cussick, Pearson y Rafferty observaban desde las sombras en el borde del campo, las naves despegaron simultáneamente. En total, todo el proceso duró una hora y media, a Jones aún le quedaban treinta minutos de espera.

—¿Os apetece un trago? —les preguntó Cussick a Pearson y a Rafferty.

Los tres acabaron completamente borrachos. En el sombrío estupor, el tiempo y el espacio dejaron de tener sentido. El mundo se desdibujó en un caótico remolino de fantasmas a la deriva, sonidos confusos, colores cambiantes y rayos de luz. En algún momento durante el proceso, un hecho captó por un segundo la atención de Cussick.

Cuatro hombres con uniformes de color gris estaban de pie alrededor de ellos y examinaban sus documentos de identificación con gran esmero. Confundido, con un enorme esfuerzo de voluntad, se centró en ellos.

—¿Qué queréis? —exigió saber.

Pero no estaban interesados en él, fue a Pearson a quien agarraron y se llevaron. Repentinamente horrorizado, Cussick luchó con fuerza; en un

arrebató, se lanzó y trató de salvar a Pearson. Una de las figuras de uniforme gris lo empujó y lo tiró al suelo y otro le pisoteó la cara.

Un momento después, se habían ido. Cussick yacía en el suelo junto a la forma inerte de Rafferty, entre taburetes volcados y vidrios rotos. Poco a poco, con torpeza, el frío gris de la cordura regresó a su mente. Habían detenido a Pearson.

Fuera del bar resonaba una creciente cacofonía de sonidos: el rugido de los motores, gritos, chillidos, pasos de marcha, proyectiles explosivos.

La media hora que les quedaba había pasado. Jones estaba al mando. El día del Gobierno de Crisis, el nuevo orden mundial, había comenzado.

15

En el abarrotado taller de techo bajo, una figura pequeña estaba sentada y encorvada sobre un banco de trabajo; con la pistola de soldar agarrada con ambas manos, meditaba melancólicamente sobre una masa enredada de piezas electrónicas y cableados. Excepto por el zumbido de la bobina de la pistola, el lugar estaba en silencio. Nada se movía. Las paredes metálicas del taller eran frías, pulidas, impersonales. Los compartimentos de almacenamiento, estarcidos con números de código, cubrían todas las superficies planas. No se desperdiciaba ningún espacio; el taller era un dechado de eficiencia.

Los transistores, relés y montones de cables extendidos en el banco formaban el mecanismo de dirección de un cohete de señales. El cohete en sí, de casi dos metros de largo y unos diez centímetros de diámetro, estaba apoyado en una esquina, y no era nada más que una delgada piel de metal aún sin sus entrañas. Pegado a la pared detrás del banco colgaban varios planos y esquemas grasientos y arrugados. La luz blanca azulada surgía de una flexible lámpara serpenteante. Herramientas de reparación de todo tipo centelleaban con un brillo metálico.

—No puedo hacerlo —dijo Louis en voz alta para sí mismo.

De repente, comenzó a aflojar febrilmente los cables y soldarlos en combinaciones alternativas. Durante diez minutos, la soldadura humeó y chisporroteó, y luego activó el mecanismo del cohete. Los tubos se iluminaron y la electricidad recorrió el circuito.

No pasó nada. En otro arranque de actividad, volvió a soltar los cables, los cambió al azar y los soldó de nuevo. Sopló y escupió sobre el metal que se estaba enfriando, hurgando en las terminales humeantes, y observó ansiosamente cómo el circuito transmitía energía una última vez.

Siguió sin pasar nada.

Colocó el interruptor de tiempo en noventa segundos, el intervalo que Dieter había calculado. Tictac, hizo el mecanismo. Tictac, tictac, tictac, tictac... hasta que no pudo soportarlo, redujo el intervalo a cinco segundos y

esperó en una histeria controlada hasta que los relés se cerraron y los chasquidos cesaron.

Su reloj de pulsera le indicó que aún faltaba un segundo. En noventa segundos, eso representaría dieciocho segundos de diferencia. O incluso peor: tal vez nunca funcionara. Tal vez el cohete de señales pasaría de largo frente a la otra nave, hacia la oscuridad, sin ni siquiera lanzar su agarre magnético. A la mierda con todo aquello. No sabía lo suficiente sobre electrónica.

—No sirvo para nada —dijo hablando en general, refiriéndose a sí mismo y no a lo que había hecho. Refiriéndose a él mismo y a toda su vida. En el pequeño taller, el eco de su voz volvió chirriante hasta sus oídos, un sonido flojo y quebradizo... pero un sonido al fin y al cabo. Cualquier sonido era bienvenido.

—Tú... —le dijo a los restos enredados en el banco, expresándose desde el fondo de su alma.

No había nadie cerca para escuchar, así que pensó en algunos insultos y los pronunció en voz alta. Parecía extraño escuchar su débil voz balbuceando palabrotas. Se sintió sorprendido, casi pasmado. La rabia desapareció y la vergüenza tomó su lugar.

—Irma podría arreglarlo —dijo con tristeza.

Y luego se sintió abrumado por el miedo. Puro, auténtico temor. Cerró los ojos muy lentamente y gritó. Como un hombre con algo terrible atrapado en su garganta, sentado rígidamente en el banco de trabajo, con los dedos doblados como garras, la piel fría y pegajosa, la lengua agarrotada, los hombros encorvados, la boca cerrada, chillando el miedo para sacarlo de dentro de él.

Y eso no ayudaría, porque de todos modos no lo oirían en la Tierra. «Estoy aquí fuera —gritaba—. Estoy a millones de kilómetros, aquí, solo. No hay nada a mi alrededor. Me estoy hundiendo y nadie lo sabe, o le importa un bledo. ¡Ayudadme! ¡Llevadme de vuelta! ¡Quiero ir a casa!»

Y durante todo ese momento fue consciente de que era una estupidez infantil, porque, de hecho, no estaba solo: Dieter y Vivian y el bebé, Laura, estaban con él, además de una nave de metal titánica de una longitud de cuatro manzanas de edificios, que pesaba miles de toneladas, atestada de turbinas, dispositivos de seguridad, suministros por un valor de mil millones de dólares. Así que todo era una tontería.

Tembloroso, extendió la mano y tocó la pared. Por Dios, parecía lo suficientemente real. ¿Qué más podía pedir? ¿Podría ser más real? ¿Qué

aspecto tendría si fuera más real? Sus pensamientos giraron y giraron sin un eje, girando enloquecidos cada vez con más rapidez.

Se dirigió hacia la puerta, la cerró, echó el cerrojo, observó por la mirilla y quedó satisfecho. Estaba encerrado. Incluso si se volviera completamente loco, no importaría: nadie lo vería, nadie lo sabría, no podía hacer ningún daño. Podría destrozar todo el taller y no importaría nada. No era como correr fuera de allí, donde podría dañar al delicado piloto automático.

Las paredes del taller tenían una cualidad brillante y fría. Parecían láminas de metal, finas como el papel, incluso más delgadas. Una frágil piel metálica entre él y el vacío. Podía sentirlo allí fuera. Puso una mano contra la pared, sufriendo increíblemente al hacerlo, pero forzándose a sí mismo. Realmente tocó el vacío exterior.

Podía escucharlo. Podía sentirlo, prácticamente olerlo. Un olor a humedad, como papel mohoso. Un montón de basura desierta soplando por la noche; un viento tan débil que era invisible, que se movía tan levemente que no se notaba ningún movimiento, solo la sensación de su presencia. Siempre estaba allí, fuera de la nave. Nunca cesaba.

El resentimiento sustituyó al miedo. ¿Por qué no trabajaron en la comunicación entre las dos naves? ¿Y por qué no arreglaron algún tipo de sonido? No había sonido; las turbinas estaban apagadas, a excepción de ruidos ocasionales que duraban fracciones de segundo, cuando los propulsores laterales se encendían momentáneamente para corregir el rumbo. ¿Cómo sabía que la nave se estaba moviendo? Prestó atención, pero no oyó nada; olfateó, miró, extendió la mano, pero no había nada allí. Solo la pared de lámina de metal, aparentemente más delgada que el papel, tan frágil que podía rasgarla en pedazos.

Una y otra vez reflexionó. Una y otra vez. Y durante todo ese tiempo, la nave y su compañera invisible se estaban acercando a Venus.

En la otra nave, Frank estaba en la sala de comunicaciones, inclinado sobre el receptor.

—«En las primeras setenta y dos horas del Gobierno de Crisis —declaró la voz tenue y cargada de estática del locutor de la Tierra—, ya ha habido un cambio marcado en la moral de la gente.»

Irma y Frank se miraron cínicamente.

—«La apatía y futilidad anteriores que caracterizaron la vida bajo el sistema del Fedgov han desaparecido; la ciudadanía tiene un nuevo entusiasmo, un nuevo propósito en la vida. Ahora tiene confianza en sus

líderes; sabe que ellos actuarán; sabe que no están corrompidos por la parálisis intelectual.»

—¿Qué significa eso? —preguntó Syd con sequedad.

—Significa que actúan primero y piensan después —respondió Irma.

La voz siguió su perorata entusiasmada. En la esquina, la grabadora tomaba nota de todo. Las cuatro personas escuchaban con avidez, sin querer perderse una palabra, mostrando su repugnancia por todo lo que decía la voz.

—Es tan... tonto —dijo Irma—. Es una especie de mezcla de estupidez y basura, como mala publicidad. Pero ellos se lo creen; se lo toman en serio.

—Las ruedas están en marcha —tartamudeó Garry—. Lo aplastan todo. Cuesta poco afilar las espadas. Eh, esto podría ser un nuevo negocio si alguna vez volvemos a la Tierra: afilado de espadas, pulido de armaduras, herraje de caballos... Nuestro lema sería: «Todo en equipamiento medieval. Si es medieval, lo tenemos».

Nadie lo estaba escuchando; el locutor había terminado y los tres adultos estaban sumidos en sombríos pensamientos.

—Tenemos suerte —dijo Frank al cabo de un rato—. Si estuviéramos allí, la Cruzada Popular contra la Horda Invasora nos perseguiría. No somos una horda, y no estamos invadiendo, pero, aparte de eso, encajamos bastante bien.

—Es bueno que alguien haya pensado en enviarnos lejos —comentó Syd—. ¿Fue idea de Rafferty? Todo ese asunto fue tan confuso al final... Todavía no estoy seguro de lo que pasó.

—Rafferty estaba fuera —afirmó Garry—. Lo vi corriendo alrededor. Nos gritó algo, pero no pude oírlo.

—Obviamente, lo tenían todo preparado —dijo Frank—. No construyeron estas naves esa misma mañana. Alguien, probablemente Rafferty, planeó sacarnos de la Tierra. Eso podemos suponer. El verdadero problema es: ¿qué demonios hay en el punto de llegada?

—Tal vez solo querían deshacerse de nosotros —sugirió Irma con inquietud—. Más o menos nos lanzaron al espacio. Un viaje de ida, nada más.

—Pero si solo quisieran deshacerse de nosotros, podrían haberlo hecho hace años —señaló Syd—. Hacerlo de una forma barata y fácil, sin tomarse la molestia de construir el Refugio, y estas naves, y todo el equipo adaptado a nuestras necesidades. No tiene sentido.

—¿Cómo es Venus? —le preguntó Irma a Garry—. Tú lees libros, lo sabes todo.

El chico se sonrojó.

—Un páramo estéril. Sin aire, sin vida.

—¿Estás seguro? —quiso saber Frank, nada convencido.

—Páramos áridos. No hay agua. Polvo seco que sopla por todas partes. Desiertos.

—Burro —protestó Frank, disgustado—. Eso es Marte.

—¿Cuál es la diferencia? Marte, Júpiter, Venus, Plutón... son todos iguales.

—¿Vamos a vivir en una cúpula con los equipos de exploradores? —se preguntó Syd.

—No podemos. Tendremos que disponer de una cúpula propia. Un Refugio dentro de un refugio.

—Nos lo deberían haber dicho —se quejó Garry.

—No hubo tiempo —repuso Syd.

—¿Tiempo?, una mierda —replicó Frank—. Han tenido treinta años para contárnoslo. Toda mi vida, año tras año, y ni una sola palabra.

—Lo siento —dijo Irma—, pero no veo que haga ninguna diferencia. ¿Qué hay que contar? Sabemos hacia dónde vamos. No hay nada que podamos hacer al respecto; no podemos alterar el rumbo de las naves.

—El problema —comentó Syd pensativamente—, es que estamos acostumbrados a que las cosas las decidan por nosotros. Nunca hemos hecho nada por nuestra cuenta. Somos como niños; nunca hemos crecido.

—Nuestro útero —dijo Frank mostrándose de acuerdo mientras señalaba la nave—. Y todavía está a nuestro alrededor.

—Les permitimos pensar por nosotros, que hicieran nuestros planes. Seguimos a la deriva, como ahora. No sabemos lo que es tener responsabilidad.

—¿Qué más podemos hacer? —quiso saber Garry.

—Nada —reflexionó Syd—. Me pregunto si alguna vez terminará. Me pregunto si llegará un momento en que estemos solos, haciendo nuestros propios planes.

Nadie dijo nada; nadie podía imaginar cómo debía de ser eso.

El viaje entre la Tierra y Venus llevó doscientas ochenta horas y cuarenta y cinco minutos. En las últimas etapas, cuando el orbe brumoso y verdoso se había acercado y llenado el cielo, Frank estaba sentado solo en la sala de comunicaciones, con las manos juntas, esperando.

La nave ya no estaba en silencio. A su alrededor, el suelo y las paredes retumbaban con el estruendo de los chorros de frenado. Los relés automáticos respondían al planeta; se estaba preparando un rumbo en espiral que gradualmente haría descender la nave hacia la superficie. Las hileras de luces

que Frank tenía delante se iluminaban en patrones cambiantes: el equipo robótico se estaba enfrentando a la situación.

El altavoz chasqueó, chisporroteó con electricidad estática y luego habló:

—Aquí la cúpula de servicio en Venus. —Era una voz humana, fuerte y muy cercana, a no más de unos miles de kilómetros de distancia—. ¿Quiénes son? ¿Por qué están aterrizando? No tenemos ningún informe. —La voz sonaba esperanzada pero escéptica—. Por favor, identifíquense. ¿Son una nave de suministro? ¿Reemplazos? ¿Un grupo de bailarines?

Otra voz preguntó:

—¿Nos traen más equipamiento? Andamos escasos en maquinaria de procesamiento de alimentos.

—Libros —dijo el primer individuo enfáticamente—. Dios, nos morimos. ¿Qué es todo eso de Jones? ¿Quién puñetas es Jones? ¿Todo está en orden?

—¿Traéis noticias? —preguntó el otro hombre ansiosamente—. ¿Es cierto que están enviando naves más allá de Sirio? ¿Armadas enteras?

Frank se sintió impotente; no había nada que pudiera hacer para responder. El transmisor, como todo lo demás, estaba controlado por robots. Era terrible oír las voces suplicantes muy cerca y no ser capaces de responder. Y luego vino la respuesta. Al principio no logró imaginarse dónde se había originado. Resonó ensordecedoramente; el sonido le inundó los oídos en oleadas atronadoras.

—Esta nave —proclamó la voz—, está dirigida por robots. Sus pasajeros no tienen control sobre ella. La nave y su compañera están bajo la protección del Fedgov.

Era la voz del doctor Rafferty. La voz, grabada e incorporada en el equipo automático de la nave, salía del cuadro de luces directamente sobre su cabeza. Una cinta antigua, preparada cuando aún existía el Fedgov, cuando el término todavía significaba algo.

—Esta nave se guiará a sí misma hasta las instalaciones restringidas en el área N del planeta —explicaba Rafferty—. La nave acompañante, también controlada por un robot, la seguirá después de un intervalo de una hora. Se solicita que se brinde a los pasajeros la mayor cooperación posible, especialmente en el caso de que se produzcan dificultades imprevistas. —Y agregó—: Esta es una explicación grabada por un representante legal del Fedgov. Se repetirá en bucle hasta que se produzca el aterrizaje.

Las voces más débiles volvieron a sonar, llenas de asombro.

—¡Son ellos! —gritó una débilmente—. ¡Lleva las ambulancias a N! ¡Están bajando en automático!

Se oyeron sonidos, y el transmisor de Venus se apagó. Ahora solo había electricidad estática, hasta que, cinco minutos después, la declaración de Rafferty se repitió atronadoramente.

Continuó, espaciada entre lapsos de cinco minutos, hasta que los chorros de emergencia rugieron a los costados y la nave se hundió en las gruesas bandas inferiores de la atmósfera que rodeaba el planeta.

Frank salió de la sala de comunicaciones tropezando por las prisas y cruzó el pasillo hasta el salón comedor. Estaba vacío; los otros se habían marchado. Aterrorizado, corrió en semicírculo, gritando en mitad del estruendo. La nave estaba llena de sonidos, un escandaloso clamor chirriante, como si cada molécula hubiera dejado crecer una boca y gritara su dolor.

Garry apareció y lo agarró del brazo; estaba gritando, pero no pudo oír nada. Solo gestos y movimientos de la boca. Frank lo siguió y Garry lo condujo a una cámara interior, una celda reforzada en el corazón de la nave. Irma y Syd estaban juntos y en silencio, con los ojos muy abiertos y pálidos por la conmoción. La cámara era la sala médica en miniatura de la nave. Se habían retirado allí instintivamente, buscando seguridad.

Los cohetes de frenado se habían apagado. O la nave se había quedado sin combustible o estaba planeando deliberadamente. Frank se preguntó acerca de la otra nave. Pensó en Louis, Vivian, Dieter y el bebé. Ojalá pudieran estar juntos, los ocho, deseó...

El impacto borró sus pensamientos. Y durante mucho tiempo, nunca supo cuánto, solo hubo una simple nada; ni mundo ni uno mismo, solo una inexistencia vacía. Ni siquiera la conciencia del dolor.

La primera sensación que regresó fue la de peso. Estaba acostado en la esquina y en su interior se repetía una fuerte vibración intermitente. La cabeza le resonó como una gran campana de iglesia mientras la giraba lentamente para mirar a su alrededor con una sensación de náusea. La estancia estaba destrozada, arrugada como si algún titán la hubiera pisoteado. En un punto concreto, el techo y el suelo se habían unido. De las tuberías rotas salían cascadas de un líquido que probablemente era fluido aislantes. En algún lugar de la penumbra, un carro de reparación automática se afanaba ridículamente en arreglar una brecha en el casco que era tan grande como una casa de dos pisos.

Bueno, todo había acabado. La nave había reventado como una vejiga demasiado inflada. Una niebla espesa, fragante y humeante flotaba ondulante en el aire procedente del exterior. Las ambulancias llegarían para encontrarlos muertos.

—Frank —susurró Garry.

Frank luchó por levantarse. Syd yacía doblada sobre sí misma. Probablemente estaba muerta. Le buscó el pulso. No, estaba viva. Garry y él caminaron a trompicones a través de las ruinas de la cámara hacia lo que había sido el pasillo. Estaba taponado por una pared colapsada; la única salida era la brecha en el casco. Solo podían ir por un camino: hacia fuera. Alrededor de ellos, la nave estaba totalmente aplastada.

—¿Dónde está Irma? —preguntó Frank con voz ronca.

Garry se estaba abriendo paso a empujones a través de los montones de escombros, hacia la rasgadura en el metal.

—Fuera. Ha salido gateando.

Desapareció entre los remolinos de niebla húmeda gruñendo y forcejeando, y se dejó caer por la brecha. Frank lo siguió.

La escena era increíble. Durante unos momentos, ninguno de los dos fue capaz de asimilarla.

—Estamos de vuelta en casa —murmuró el niño, aturdido y confuso—. Algo ha salido mal. Hemos dado media vuelta.

Pero no era el Refugio. Y aun así... lo era. Las colinas nubladas familiares se alzaban perdidas en la humedad ondulante. Los líquenes verdes crecían por todas partes; el suelo era una alfombra enmarañada de exuberantes plantas en crecimiento. El aire olía a intrincada vida orgánica, un olor intenso y complejo, similar al olor que recordaban pero, al mismo tiempo, mucho más vivo. Se quedaron boquiabiertos: no había una pared que lo delimitara. No había un casco finito que los confinara. El mundo se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Y por encima. El mundo estaba por todas partes.

—Dios mío —dijo Frank—. No es falso. —Se inclinó y agarró un insecto semejante a un caracol que se arrastraba por el suelo—. No es un robot, esto está vivo. ¡Es auténtico!

Irma apareció en mitad de la niebla. Un reguero de sangre le goteaba sobre un ojo; tenía el cabello enmarañado y la ropa rota.

—Estamos en casa —dijo sin aliento mientras aferraba un abultado haz de vida vegetal que había reunido entre los brazos—. Míralo, ¿lo recuerdas? Y podemos respirar. Podemos vivir.

Unas grandes columnas de vapor se elevaban a lo lejos, unos géiseres de agua hirviendo que salían forzados a través de las rocas hacia la superficie. Las olas de un inmenso océano golpeaban en algún lugar, invisible en la cortina de humedad que se desplazaba.

—Escuchad —dijo Frank—. ¿Oís eso? ¿Oís el agua?

Ellos oyeron. Escucharon. Se inclinaron y sintieron. Se arrojaron al suelo, aferrándolo frenéticamente, con las caras pegadas a la tierra húmeda y cálida.

—Estamos en casa —lloró Irma.

Todos lloraban y gemían, derramando lágrimas de alegría desconcertada. Y por encima de ellos, la otra nave ya estaba tronando.

16

Bajo la capa de nubes, la temperatura de la superficie de Venus variaba entre los 37 y los 38 grados Celsius. La atmósfera inferior era una mezcla de amoníaco y oxígeno, muy cargada de vapor de agua. Entre los océanos y las colinas abundaba una variedad de formas de vida, construyendo y evolucionando, planeando y creando.

Louis e Irma estaban reparando un tractor impulsado por turbina, cuando Dieter apareció entusiasmado.

—¡Está listo! —gritó de pie en la entrada del cobertizo—. ¡Vamos a comenzar!

Louis sacó la cabeza de debajo del tractor.

—¿Qué está listo? —preguntó ceñudo.

—El maíz. Vamos a cosecharlo. Tenemos todo el equipo allí abajo; Vivian lo está conectando. —Dieter saltaba de un lado a otro con frenesí—. Tenéis que participar, esto puede esperar. Ya he avisado a Frank y a Syd; han ido hacia allí. Se encontrarán con nosotros por el camino. Y Garry los sigue.

Louis se arrastró para salir de debajo del tractor.

—No es maíz. Deja de llamarlo maíz.

—Es maíz en el sentido espiritual. Es la esencia del maíz.

—¿Incluso si es verde oscuro? —preguntó Irma, divertida.

—Incluso si es de rayas púrpura y lunares de plata. Incluso si tiene treinta metros de altura y mazorcas bordadas con encaje. Incluso si de la mazorca brota ambrosía y café molido. Sigue siendo maíz.

Louis se enjugó la frente.

—No podemos ir hasta que el tractor esté funcionando. —Había casi setenta kilómetros campo a través hasta donde se encontraba Dieter—. Creo que necesitamos una nueva bobina de encendido; lo que significa regresar a la nave.

—A la porra con eso —exclamó dijo Dieter con impaciencia—. Tengo mi carro con el jamelgo, todos cabemos dentro.

El carro y el propio jamelgo esperaban en silencio. Louis se acercó cautelosamente, con los ojos entrecerrados por la suspicacia.

—¿Cómo lo llamas? —Había visto animales desde muy lejos, nunca tan cerca. El jamelgo era principalmente patas, con unas enormes pezuñas planas como ventosas de cuero. Una capa de pelo enmarañado, desigual y andrajosa, le colgaba sobre el pellejo. Tenía una cabeza pequeña y los ojos medio cerrados, con expresión indolente—. ¿Cómo lo atrapaste? —quiso saber.

—Son muy dóciles, si tienes paciencia. —Dieter se subió al carro y agarró las riendas—. He aprendido muchísimo de esta criatura. Son una especie cuasitelepática; todo lo que tengo que hacer es pensar lo que quiero, y obedece. —Arrugó la nariz desdeñosamente—. Olvídate de ese tractor, no puedes mantenerlo funcionando para siempre. Este es el vehículo del futuro: la carreta de jamelgo.

Irma se metió con cautela en el carro al lado de Dieter, y después de un momento, Louis lo siguió. El carro era primitivo pero sólido; Dieter lo había construido laboriosamente durante los cuatro meses anteriores. El material era una fibra de planta parecida a un pan grueso que ya les resultaba familiar, y que se endurecía rápidamente al exponerse al aire. Después de dejarlo secar, se podía cortar, serrar, pulir y teñir. A veces, los animales migratorios roían el material, pero ese era el único peligro conocido.

Los enormes pies planos del jamelgo comenzaron a pisotear rítmicamente y el carro avanzó. Detrás de ellos, la cabaña de Louis menguó. Irma y él la habían construido sin ayuda. Había pasado un año y ya habían logrado mucho. La cabaña, construida de la misma sustancia similar al pan, estaba rodeada de hectáreas de tierra cultivada. El llamado «maíz» crecía en grupos densos; no era realmente maíz, pero servía como tal. Las vainas hinchadas maduraban en la atmósfera húmeda. Alrededor de la base del cultivo se arrastraban insectos: depredadores que devoraban las plagas que atacaban a las plantas. Los campos estaban irrigados por zanjas poco profundas que llevaban hasta allí el agua de un manantial subterráneo que brotaba a la superficie en un torrente caliente y burbujeante. En aquella atmósfera cálida y húmeda, casi inmutable, prácticamente un invernadero por su estabilidad, era posible sacar adelante cuatro cosechas al año.

Delante de la cabaña había máquinas a medio montar que habían sacado de los restos de las naves. Irma estaba reconstruyendo nuevas herramientas a partir de los restos de las viejas. Las tuberías de combustible de las naves se habían convertido en desagües de aguas residuales. El cableado de la placa de

control llevaba electricidad desde el generador impulsado por agua a la cabaña.

Cerca del cobertizo, más allá de la cabaña, había un grupo de herbívoros autóctonos de aspecto sombrío que comían heno húmedo con un mastigar soñoliento. Habían reunido varias especies, aunque todavía no estaba claro para qué podía servir cada una. Ya habían catalogado diez tipos con carne comestible, además de dos variedades que secretaban líquidos bebibles. Una bestia gigantesca cubierta de pelo grueso servía como fuente de poder. Y ahora estaba el jamelgo de patas grandes que Dieter utilizaba para tirar de su carro.

El jamelgo corrió decididamente por el camino, y en cuestión de segundos había alcanzado su velocidad máxima. Con las pezuñas casi volando, aceleró como un avestruz peludo, con la cabeza pequeña erecta y las patas convertidas en un borrón de movimiento. Plop-plop-plop era el ruido que hacía un jamelgo venusino a la carrera. El carro se zarandeó con fuerza y Louis e Irma se agarraron con todas sus fuerzas. Exuberante de alegría, Dieter agarró las riendas y azuzó a la criatura para que corriera más.

—Ya vamos lo bastante rápido —logró decir Irma, apretando los dientes.

—No has visto nada todavía —gritó Dieter—. A esta cosa le gusta correr de verdad.

Delante había una gran zanja, con un montón de rocas y arbustos alrededor. Louis cerró los ojos; el carro ya estaba a punto de hacerse pedazos.

—No lo lograremos —gruñó—. Nunca llegaremos al otro lado.

Al llegar a la zanja, el jamelgo desplegó dos rechonchas alas raídas y las agitó enérgicamente. El jamelgo y el carro se elevaron ligeramente en el aire, volaron sobre la zanja y luego bajaron bruscamente al otro lado.

—Es un pájaro —jadeó Irma.

—¡Sí! —gritó Dieter—. Puede ir a cualquier parte. Ese es mi buen jamelgo. —Se inclinó precariamente hacia delante y le dio una palmada a la criatura en el pellejo peludo—. ¡Noble jamelgo! ¡Majestuoso pájaro!

El paisaje pasó a toda velocidad. A la derecha, a lo lejos, se elevaba una nebulosa cadena de montañas, en su mayoría ocultas por los remolinos de niebla que mantenían la superficie del planeta siempre húmeda. Una cobertura densa de vegetación en crecimiento y de insectos que se arrastraban... Allá donde Louis miraba, había vida. Excepto en un punto carbonizado en la base de las montañas, una llaga negra que ya comenzaba a volverse verde a medida que la vida vegetal la cubría silenciosamente.

Las cúpulas de los exploradores habían estado allí. Los no venusinos que los habían precedido habían permanecido encerrados en sus «refugios», sus estaciones herméticas. Ahora estaban muertos; solo quedaban los ocho venusinos.

Cuando la segunda nave aterrizó, las ambulancias ya estaban en camino. El segundo aterrizaje tuvo más éxito. Nadie había resultado herido y la nave estaba prácticamente intacta. Las ambulancias habían recogido a los heridos y los habían llevado a las instalaciones ya preparadas antes de su llegada. Durante el primer mes, los no venusinos habían cooperado plenamente, a pesar de las órdenes del Gobierno de Crisis. Luego, hacia marzo, este había dejado de transmitir. Una semana después, un proyectil de gran potencia había estallado en las cúpulas no venusinas; al cabo de un día, solo existían los ocho venusinos.

La muerte de los no venusinos fue toda una conmoción, pero una conmoción de la que podrían recuperarse. El problema de su propia existencia se había simplificado: ahora estaban totalmente solos, sin comunicación de ningún tipo con no venusinos.

Había mucho material intacto a su disposición entre las cúpulas en ruinas y sus propias naves e instalaciones. Comenzaron a trasladarlo inmediatamente y a ponerlo en funcionamiento. Pero un letargo se apoderó de ellos. Finalmente, dejaron de realizar esas peregrinaciones regulares y de recoger los materiales fabricados en la Tierra, la maquinaria y los productos industriales.

Ninguno de ellos realmente quería continuar desde el punto en que lo habían dejado. Lo cierto es que querían comenzar de abajo hacia arriba. No querían construir una réplica de la civilización de la Tierra; era su propia comunidad típica, orientada a sus propias necesidades únicas, orientadas a las condiciones de Venus, lo que querían.

Tenía que ser una civilización agrícola.

Ya tenían cultivos y cabañas sencillas, zanjas de irrigación, ropa tejida con fibra vegetal, electricidad, un par de carros tirados por jamelgos y un sistema de letrinas y pozos. Habían domesticado animales nativos y encontrado materiales de construcción naturales. Fabricaban herramientas básicas y artefactos funcionales. En su primer año habían logrado miles de años de evolución cultural. Tal vez en una década...

A un lado del prado había un largo barranco. Varios derivados dispersos yacían aquí y allá entre los arbustos. Un enjambre de ellos se había posado la

semana anterior. Y más allá del barranco, a la sombra de una amplia cresta, descansaba un inmenso fajo de material blanco.

—¿Qué es eso? —inquirió Dieter interrumpiendo los pensamientos de Louis—. Nunca he visto esa forma de vida.

Frank y Syd se acercaron en el segundo carro tirado por un jamelgo. Los venusinos se reunieron en silencio, incómodos ante la presencia del siniestro montículo blanco. El bebé se agitó inquieto en los brazos de Syd.

—No es de aquí —dijo Frank finalmente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Dieter—. ¿Quién eres tú para juzgar eso?

—Quiero decir que no es venusino —le explicó Frank—. Bajó más o menos un día después que los derivados.

—¡Bajar! —Dieter estaba perplejo—. ¿Qué quieres decir?

Frank se encogió de hombros.

—Como los derivados. Descendió.

—Vi a otro —comentó Irma—. Al parecer, es una segunda forma de vida interestelar.

De repente, Louis cerró la mano alrededor del hombro de Dieter.

—Lleva el carro hasta allí. Quiero examinarlo.

El rostro de Dieter se contrajo con un gesto de resentimiento.

—¿Por qué? Quiero enseñarte mi maíz.

—A la porra tu maíz —respondió Louis bruscamente—. Será mejor que echemos un vistazo a esa cosa.

—Le eché un vistazo al otro —dijo Frank—. Parecía inofensivo. No pude ver ninguna característica especial... Es una sola célula, como los derivados. —Vaciló—. Lo abrí para examinarlo. Tiene un núcleo, una pared celular y gránulos dentro del citoplasto. Lo de siempre. Sin duda, es un protozoo.

Dieter dirigió el carrito hacia la masa blanca. No tardaron en llegar y se detuvieron a su lado. El otro carro lo siguió. Uno de los jamelgos olisqueó la masa blanca, y luego comenzó a mordisquearla.

—Deja eso —le ordenó Dieter con nerviosismo—. Tal vez sea venenoso.

Louis saltó y se acercó.

La masa se mostraba ligeramente húmeda. Estaba vivo. Louis cogió un palo y comenzó a pincharlo, tanteando. Se trataba de una segunda forma de vida procedente del espacio, una forma más rara, no tan común como los pequeños derivados.

—¿Solo dos? —preguntó—. ¿Nadie ha visto más?

—Hay uno por allí —dijo Irma señalando un punto.

A medio kilómetro más o menos, una tercera masa había aterrizado hacía poco. Desde donde estaban, lo vieron agitarse pesadamente... La masa avanzaba con lentitud sobre el suelo. Su movimiento se ralentizó. Finalmente, se detuvo.

—Está muerto —comentó Dieter con indiferencia.

Louis caminó hacia allí a través de la esponjosa superficie verde de vida vegetal. Unos diminutos animales semejantes a crustáceos de caparazón duro se escabullían bajo los pies, no les prestó atención y mantuvo la mirada en la cercana bola de color blanco. Cuando llegó, descubrió que la criatura no estaba muerta: había encontrado una depresión hueca y se estaba fijando a ella laboriosamente. Fascinado, la vio exudar un cemento viscoso. El cemento se endureció y la masa se ajustó firmemente al suelo. Allí se quedó, obviamente a la espera.

¿A la espera de qué? Caminó a su alrededor con curiosidad. La superficie de la cosa era uniforme. Ciertamente parecía una célula, eso era indiscutible: una única célula gigante. Cogió una piedra y se la tiró. La roca se incrustó en la sustancia blanca y se quedó allí.

Sin duda estaba relacionada con los derivados. Tal vez se trataba de dos etapas de crecimiento; esa era la explicación más probable. Sabía que los derivados estaban incompletos, carecían de la capacidad de ingerir alimentos, de reproducirse e incluso de mantenerse vivos. Pero esa criatura estaba claramente viva: se estaba preparando. ¿Una relación simbiótica, tal vez?

Mientras lo estudiaba, se percató del derivado.

El derivado estaba bajando. Ya lo había visto en otras ocasiones, pero siempre lo fascinaba. Estaba usando el aire como medio de transporte. Maniobraba cuidadosamente como una espora vegetal, primero flotando en una dirección, luego en otra, manteniéndose en el aire el mayor tiempo posible. A los derivados no les gustaba aterrizar, eso significaba el fin de la movilidad.

Bajó lentamente, descendiendo hacia su muerte, para expirar de forma infructuosa. El misterio sin sentido de la criatura interestelar: flotar millones, miles de millones de kilómetros, durante siglos... ¿para qué? ¿Para terminar allí y perecer sin propósito alguno?

El sinsentido cósmico habitual. Una vida sin objetivo. En los dos años anteriores, miles de millones de derivados habían sido exterminados. Era algo trágico, estúpido. Aquel, que flotando momentáneamente intentaba mantenerse vivo un último segundo final antes de caer en la muerte sin sentido. Una lucha sin esperanza. Como toda su raza, estaba condenado.

De repente, el derivo se plegó sobre sí mismo. Su cuerpo delgado y alargado se encogió como si fuera una goma elástica. Un segundo antes estaba extendido atrapando corrientes de aire; al siguiente, era un lápiz delgado y alargado. Se había enrollado literalmente sobre sí mismo para formar un tubo. Y así, delgado y tubular, cayó directamente hacia abajo.

El proyectil en forma de tubo aterrizó de un modo experto y deliberado directamente en la masa blanca.

Penetró limpiamente en la criatura de color blanco. La superficie se cerró a su paso y no quedó rastro del derivo.

—Es una casa —se dijo Dieter con incertidumbre—. Eso es una vivienda y el derivo vive en ella.

La masa blanca comenzó a cambiar. Increíblemente, Louis vio cómo se hinchaba hasta casi doblar su tamaño original. No podía ser; era imposible. Pero mientras miraba, la masa se dividió en dos hemisferios, unidos pero claramente distintos. Rápidamente, la masa blanca creció y formó cuatro unidades conectadas entre sí. El crecimiento se volvió frenético; la cosa burbujeaba y se hinchaba como la levadura. Dos, cuatro, ocho, dieciséis... Una progresión geométrica.

Un viento frío y siniestro se arremolinaba a su alrededor. La forma ondulada parecía cortar la luz del sol. De repente se hallaba en una sombra que lo oscurecía. Llevado por el pánico, Louis retrocedió. Su terror se contagió a los dos jamelgos. Cuando extendió la mano para agarrar el carro de Dieter, los pájaros desplegaron de repente las alas y salieron a toda prisa. Arrastraron los carros detrás de ellos y se alejaron de la abultada forma blanca. Se quedó solo, impotente y aturdido.

—¿Qué es eso? —gritó Frank.

La histeria impregnaba su voz, y todos empezaron a gritar también.

—¿Qué es eso? ¿Qué está pasando?

Dieter saltó al suelo y se afirmó con las piernas bien separadas y las riendas agarradas con firmeza.

—Vamos —le gritó a Louis—. ¡Sube!

Con un gruñido de aversión, el jamelgo se estremeció alejándose de Louis. Sin hacerle caso, se subió al carro y se sentó encorvado, moviendo los labios, con la cara blanca. Dieter volvió a subir de un salto y el carro comenzó a alejarse.

—Es un huevo —dijo Syd débilmente.

—Lo era —lo corrigió Louis—. Ya no. Ahora es un cigoto.

El huevo cósmico había sido fertilizado por el microgametofito. Y Louis, al verlo todo, supo lo que eran los derivados.

—Son polen —murmuró asombrado—. Eso es lo que han sido siempre. Y nunca lo adivinamos.

Los derivados eran polen lanzado en nubes por el espacio entre los sistemas estelares en busca de sus megagametofitos. Ni ellos ni la masa blanca era el organismo final; ambos eran elementos del embrión que en esos momentos crecía visiblemente. Y se dio cuenta de algo más. Nadie lo había adivinado, pero Jones debía de saberlo, y desde hacía ya cierto tiempo.

El equipo de biólogos extendió su informe sobre la mesa. Jones apenas echó un vistazo al conjunto de papeles; asintió y se alejó, sumido en pensamientos meditabundos.

—Nos tememos que se trata de eso —dijo Trillby, el jefe del equipo—. Eso explica su estado incompleto; es por eso que no tienen sistemas digestivos o reproductivos. Son el sistema reproductivo. La mitad, al menos —agregó.

—¿Cuál es la palabra? —preguntó Jones de repente—. La he olvidado.

—Metazoos. Multicelulares. Diferenciados en varios órganos y tejidos especiales.

—¿Y no hemos visto las etapas finales?

—Dios, no —respondió Trillby enfáticamente—. Nada parecido. El organismo usa el planeta como matriz. Lo máximo que hemos observado es el embrión y lo que podría corresponder a la etapa del feto. En ese punto, sale del planeta. La atmósfera, el campo gravitacional, son un medio para el desarrollo temprano; después de eso, ya ha terminado con nosotros. Supongo que el organismo final no es planetario.

—¿Vive entre sistemas? —preguntó Jones, frunciendo el ceño. Su rostro arrugado mostraba preocupación; solo escuchaba a medias al hombre—. Se reproduce en planetas... en lugares protegidos.

—Tenemos razones para creer que todos los llamados derivados son granos de polen de una sola planta adulta, si esos términos tienen algún significado —explicó Trillby—. Tal vez no sea vegetal ni animal. Quizá una combinación de ambos... La inmovilidad de una planta y el uso del método de polinización de una planta.

—Plantas —repitió Jones—. Las plantas no pelean. Están indefensas.

—En términos generales. Pero no deberíamos suponer que estos...

Jones asintió con aire ausente.

—Por supuesto... es absurdo. La verdad es que no sabemos nada sobre ellos. —Se acarició la frente en un gesto de cansancio—. Voy a quedarme su informe. Gracias.

Los dejó allí de pie, rodeando el informe como un grupo de gallinas ansiosas. También fue dejando atrás las oficinas hasta que salió al pasillo estéril y con corrientes de aire que conectaba el ala administrativa con el ala de la policía. Echó un vistazo a su reloj de bolsillo y vio que ya era casi la hora. El tiempo de... Tiempo. Enfurecido, guardó el reloj, odiando ver su rostro apacible y desdeñoso.

Había reflexionado durante un año sobre el informe. Lo había memorizado palabra por palabra y luego había enviado al equipo a recoger los datos. Habían hecho un buen trabajo: era un estudio exhaustivo.

Del exterior del edificio le llegaron sonidos. Jones se estremeció y se detuvo, consciente de ellos de una manera vaga, consciente de que el interminable murmullo todavía estaba allí. Tembloroso, se pasó los dedos por el cabello, alisándolo lo mejor que pudo, intentando lograr una apariencia de orden.

Era un hombrecillo sencillo con gafas de montura de acero y cabello ralo. Vestía un simple uniforme gris, con una sola medalla en su pecho hundido, más el brazalete reglamentario del caduceo. Su vida era una procesión interminable de trabajo. Tenía una úlcera duodenal por la tensión y las preocupaciones. Era concienzudo.

Estaba agotado.

Pero la multitud de allí fuera no lo sabía. En el exterior del edificio, el gentío había aumentado hasta adquirir una dimensión monumental. Miles de personas, reunidas en una masa emocionada, aullaban y agitaban los brazos, animando y sosteniendo en alto pancartas y carteles. El ruido iba y venía, un estallido lejano que había resonado, con pocos momentos de calma, durante más de un año. Siempre había alguien fuera del edificio que chillaba como si le fuera a reventar la cabeza. Jones pensó distraído en los diversos lemas y de una manera automática, casi burocrática, los comprobó respecto al programa que había establecido.

TENEMOS FE
TODAVÍA NO PERO DENTRO DE POCO
JONES SABE — JONES ACTÚA

Jones lo sabía, sin duda. Con expresión sombría, dio vueltas en círculo, con los brazos cruzados, impaciente e inquieto. Con el tiempo, después de

atravesar los setos que rodeaban el edificio de la policía, la multitud se dispersaría. Todavía animando, todavía gritándose consignas los unos a los otros, se dispersarían. Los partidarios más acérrimos de la organización irían a darse duchas heladas y volverían a sus diversos puestos para trazar la siguiente etapa de la gran estrategia. Ninguno de ellos era consciente todavía: la Cruzada se había terminado. Al cabo de unos pocos días, las naves regresarían.

Al final del pasillo, alguien abrió una puerta. Aparecieron dos hombres, Pearson y un guardia armado de uniforme gris. Pearson caminó hacia él, un hombre alto, delgado, pálido, con los labios apretados. No mostró ninguna sorpresa al ver a Jones; se acercó hasta casi llegar a su altura, se detuvo, escudriñó al hombre más pequeño, miró al guardia armado que tenía detrás y se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Pearson, y humedeció sus labios—. No te he visto desde el día que te detuvimos por primera vez.

—Mucho ha cambiado todo —dijo Jones—. ¿Te han tratado bien?

—He estado metido en una celda durante casi un año —respondió Pearson suavemente, sin rencor—. Si a eso lo llamas ser tratado bien.

—Trae dos sillas —le ordenó Jones al guardia—. Para que podamos sentarnos.

Cuando el guardia vaciló, Jones se sonrojó y le gritó:

—¡Haz lo que digo, todo está bajo control!

Arrastraron unas sillas hacia ellos. Jones se sentó sin ceremonia alguna. Pearson hizo lo mismo.

—¿Qué es lo que quieres? —quiso saber Pearson hablando sin rodeos.

—¿Has oído hablar de la Cruzada?

Pearson asintió.

—He oído hablar de ella.

—¿Qué piensas al respecto?

—Creo que es una pérdida de tiempo.

Jones pensó en ello.

—Sí —respondió mostrándose de acuerdo—. Es una pérdida de tiempo.

Asombrado, Pearson abrió la boca para hablar, pero luego cambió de opinión.

—La Cruzada ha terminado —declaró Jones—. Fracasó. Me han informado de que lo que llamamos derivados son en realidad el polen de seres vegetales inmensamente complicados, tan remotos y avanzados que nunca tendremos nada más que una imagen difusa de ellos.

Pearson se quedó sentado y mirándolo fijamente.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí.

—Entonces somos... —Hizo un gesto con la mano—. ¿Qué somos?
¡Nada!

—Es una buena manera de decirlo.

—Tal vez creen que somos un compuesto químico.

—O un virus. Algo de esa clase. En esa escala.

—Pero... —Pearson se calló un momento antes de seguir—. ¿Qué van a hacer? Si hemos estado atacando su polen, destruyendo sus esporas...

—Las formas adultas definitivas tienen una solución directa y racional. Muy pronto actuarán para protegerse. No puedo culparlas.

—¿Van a eliminarnos?

—No, nos van a encerrar. No tardarán en establecer un cerco a nuestro alrededor. Tendremos la Tierra, el sistema solar, las estrellas que ya hemos alcanzado. Y eso es todo. Más allá de eso... —Jones chasqueó los dedos—. Las naves de combate simplemente desaparecerán. La plaga o virus o sustancia química quedará contenida. Quedaremos contenidos dentro de una barrera sanitaria. Una solución efectiva, sin movimientos desperdiciados. Una respuesta limpia y directa. Característica de su forma de planta.

Pearson se enderezó.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes esto?

—No lo suficiente. La guerra ya había comenzado. Si se hubieran librado batallas interestelares espectaculares... —La voz de Jones se apagó en un susurro desconcertado, casi inaudible— la gente podría haber quedado satisfecha. Incluso si hubiéramos perdido, al menos habría gloria, lucha, un adversario a quien odiar. Pero no hay nada. Dentro de unos días, instalarán el cerco y las naves tendrán que regresar. Ni siquiera una derrota. Solo vacío.

—¿Qué hay de ellos? —Pearson señaló hacia la ventana, más allá de la cual la ruidosa multitud vitoreaba—. ¿Podrán soportar escuchar algo así?

—Lo hice lo mejor que pude —dijo Jones en voz baja—. Luché y perdí. No tenía idea de lo que estábamos atacando. Estaba a ciegas.

—Deberíamos haber sido capaces de adivinarlo —dijo Pearson.

—No veo por qué. ¿Te resulta fácil de imaginar?

—No —admitió Pearson—. No, es difícil.

—Eras el director de la Polseg —dijo Jones—. Cuando llegué al poder, hice que dismantelaran toda la organización de Seguridad, disuelta y

atomizada. La estructura ha desaparecido, los campamentos están cerrados. El entusiasmo nos ha mantenido unidos. Pero ya no habrá más entusiasmo.

Un miedo enfermizo se apoderó de Pearson.

—¿A qué demonios viene todo esto?

—Te estoy devolviendo tu trabajo. Puedes volver a tener tu insignia y tu escritorio. Y tu cargo: Director de Seguridad. Tu policía secreta, tu armamento policial... Todo lo que ya tenías... con un único cambio: el Consejo Supremo del Fedgov permanecerá disuelto.

—¿Y tú serías la máxima autoridad?

—Naturalmente.

—Que te jodan.

Jones le hizo una señal al guardia.

—Que venga el doctor Manion.

El doctor Manion era un individuo calvo, de constitución gruesa, con un uniforme blanco recién estrenado, uñas cuidadas, cabello levemente perfumado, labios gruesos y húmedos. Llevaba en las manos una pesada caja de metal, que depositó con cautela sobre la mesa.

—Doctor Manion, le presento al señor Pearson —dijo Jones.

Los dos hombres se estrecharon la mano por reflejo. Pearson se mantuvo rígido mientras Manion se remangaba el uniforme, miraba a Jones y luego comenzaba a abrir la caja de acero.

—Aquí lo tengo —reveló—. Está en perfecto estado. Sobrevivió al viaje maravillosamente. —Con orgullo, agregó—: Es el mejor espécimen obtenido hasta ahora.

—El doctor Manion es un investigador parasitólogo —explicó Jones.

—Sí —asintió rápidamente Manion, con su cara de luna enrojecida por el entusiasmo profesional—. Verá, señor... ¿Pearson? Sí, verá, Pearson, probablemente será consciente de que uno de nuestros grandes problemas era examinar las naves que regresaban para asegurarse de que no albergaran organismos parásitos de naturaleza no terrestre. No queríamos admitir nuevas formas de... —abrió de golpe la caja— organismos patógenos.

En la caja había un intestino enroscado de material orgánico esponjoso de color gris. La espiral de tejido vivo estaba rodeada por una cápsula transparente de gelatina. La criatura se removió muy levemente. Su extremo ciego se movió, tanteó a su alrededor, pegándose a la superficie como una ventosa húmeda. Parecía un gusano; sus secciones segmentadas se ondulaban en una ola de lenta actividad.

—Tiene hambre —explicó Manion—. Ahora bien, no es un parásito directo; no destruirá a su anfitrión. Habrá una relación simbiótica hasta que ponga sus huevos. Entonces, las larvas usarán al huésped como fuente de alimento. —Casi con cariño, continuó—: Se parece a algunas de nuestras propias avispas terrestres. El período completo de crecimiento y puesta de huevos tarda alrededor de cuatro meses. Bueno, nuestro problema es que sabemos cómo vive en su propio mundo, es nativo del quinto planeta de Alfa, por cierto. Lo hemos visto actuar dentro de su huésped habitual. Y hemos sido capaces de introducirlo en mamíferos terrestres de gran tamaño, como la vaca, el caballo, con resultados variables.

—Lo que Manion quiere averiguar es si este parásito se mantendrá vivo en un cuerpo humano —explicó Jones.

—El crecimiento es lento —casi canturreó Manion con entusiasmo—. Solo tenemos que observarlo una vez a la semana. Para cuando ponga los huevos, sabremos si pueden adaptarse a un ser humano. Pero hasta ahora no hemos podido obtener un voluntario.

Se produjo un silencio.

—¿Tienes ganas de ser voluntario? —le preguntó Jones a Pearson—. Puedes elegir: un trabajo u otro. Si yo fuera tú, elegiría al que estaba acostumbrado. Fuiste un policía excelente.

—¿Cómo puedes hacer algo así? —dijo Pearson débilmente.

—Tengo que hacerlo —respondió Jones—. Tengo que recuperar a la policía. El servicio secreto debe ser creado de nuevo por personas expertas.

—No —dijo roncamente Pearson—. No me interesa. No tendré nada que ver con eso.

El doctor Manion sonrió encantado. Tratando de contenerse, comenzó a manipular la cápsula de gelatina.

—¿Podemos empezar, entonces? Podemos usar los laboratorios quirúrgicos de este edificio —le comentó a Pearson—. He tenido la oportunidad de inspeccionarlos y son excelentes. Estoy impaciente por introducir este organismo antes de que el pobre se muera de hambre.

—Eso sería una pena —reconoció Jones—. Venir desde Alfa para nada.

Se puso a jugar con la manga de su abrigo mientras meditaba. Tanto Pearson como Manion lo miraron fijamente. De repente, Jones le dijo al médico:

—¿Tiene un encendedor?

Intrigado, Manion sacó un pesado encendedor de oro y se lo entregó. Jones retiró el tapón y roció su contenido sobre la cápsula de gelatina. Ante

eso, la cara de Manion perdió su optimismo petulante.

—Dios mío —empezó a decir con nerviosismo—. ¿Qué...?

Jones le prendió fuego. Aturdido, impotente, Manion tuvo que permanecer allí de pie mientras el líquido, la cápsula y el organismo en su interior ardían en un acre parpadeo de fuego naranja. Poco a poco, aquello se enfrió hasta convertirse en una baba negra y burbujeante.

—¿Por qué? —protestó débilmente Manion, sin comprender.

—Soy un paleta —le explicó Jones brevemente—. Las cosas extrañas, las cosas desconocidas, me dan asco.

—Pero...

Jones le devolvió a Manion su encendedor.

—Usted me da más asco todavía. Coja su caja y váyase de aquí.

Aturdido, abrumado por la catástrofe, Manion recogió la caja de metal y se fue tambaleándose. El guardia se hizo a un lado, y el doctor desapareció por la puerta.

Pearson respiró con más tranquilidad.

—No cooperarías con nosotros. Kaminski quiso que ayudaras a la reconstrucción.

—Está bien. —Jones le hizo un breve gesto de asentimiento al guardia—. Lleva a este hombre de vuelta a su celda y déjalo allí.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el guardia.

—Todo el que se pueda —respondió Jones con amargura.

Jones se sentó meditando sombríamente a lo largo del viaje de regreso a la sede de la organización.

Bueno, ya se había esperado que aquello no saldría bien, ¿no? ¿Acaso no sabía que Pearson se negaría? ¿No había previsto también ese momento mezquino, a sabiendas de que no podría soportar ver la tortura? Podía, y lo haría, decir que lo había hecho, pero eso no cambiaba las cosas.

Estaba de camino al exterior. Le quedaba por delante un tiempo terrible y brutal, y nada más. Lo que iba a hacer era desesperado, despiadado y definitivo. Era algo de lo que la gente iba a discutir a lo largo de los siglos venideros. Pero, por frenético que fuera, seguía siendo básica e innegablemente su propia muerte.

No sabía con certeza lo que iba a ser de la sociedad porque no estaría allí para verlo. Muy pronto moriría. Lo había estado viendo durante casi un año; podría pasarlo por alto temporalmente, pero siempre regresaba, cada vez más terrible e inminente.

Después de la muerte, su cuerpo y su cerebro se descompondrían. Y esa era la parte horrible, no el repentino instante de tormento que llegaría en el momento de la ejecución. Eso lo podría soportar, pero no la lenta, gradual, desintegración.

Una chispa de identidad permanecería en su cerebro durante meses. Un tenue destello de conciencia persistiría: eso era su futuro recuerdo; eso era lo que la ola le mostró: la oscuridad, el vacío de la muerte. Y, colgando en el vacío, su personalidad todavía viva.

El deterioro comenzaría en los niveles superiores. En primer lugar, las facultades más elevadas, los procesos más conscientes y más alerta se desvanecerían. Una hora después de la muerte, la personalidad sería animal. Una semana después, quedaría limitado a la capa vegetal. La personalidad degeneraría regresando por donde había llegado; lo mismo que había luchado a lo largo de miles de millones de años por avanzar, así retrocedería, paso a paso, de hombre a mono, a un primate primigenio, a un lagarto, a un pez, a un crustáceo, a un trilobites y a un protozoo. Y después de eso, a la extinción mineral. Un misericordioso final. Pero llevaría tiempo.

Normalmente, la personalidad involutiva no sería consciente, no se daría cuenta del proceso. Pero Jones era único. En ese momento, con sus facultades completas intactas, la estaba experimentando. Estaba simultáneamente del todo consciente, en posesión de la totalidad de sus sentidos, y al mismo tiempo experimentando una degeneración psíquica suprema.

Era insoportable, pero tenía que soportarlo. Y cada día, cada semana, empeoraba, hasta que finalmente moriría. Y luego, gracias a Dios, el sufrimiento terminaría.

El sufrimiento que había causado a otros no se podía comparar con el que él tenía que sufrir. Pero era justo; se lo merecía. Eso era la pena que debía soportar. Había pecado, y había llegado su castigo.

La fase final y sombría de la existencia de Jones había comenzado.

Cussick se encontraba absorto en la conversación con dos miembros de la resistencia policial cuando el largo coche negro de la organización se detuvo frente al edificio de apartamentos.

—Me cago en... —dijo en voz baja uno de los policías mientras se estremecía bajo el abrigo—. ¿Qué están haciendo aquí?

Cussick apagó las luces, y la sala de estar se sumió en una oscuridad instantánea. Había dos figuras dentro del coche de la organización. Era un coche oficial: el emblema del caduceo estaba claramente impreso en las puertas y en el capó. Durante unos instantes, las figuras permanecieron sentadas, sin moverse, sin hacer ningún movimiento brusco. Obviamente estaban hablando.

—Podemos con ellos —dijo uno de los policías nerviosamente desde detrás de Cussick—. Somos tres.

—Los de ahí solo son uno de sus equipos —intervino su compañero, asqueado—. Seguramente también los tenemos en el tejado y la escalera.

Cussick continuó observando en un estado total de rigidez y preocupación. A la tenue luz de medianoche que iluminaba la calle, una de las dos figuras sentadas le resultaba familiar. Un coche pasó por delante y, durante unos instantes, las figuras se vieron más claras. Una tensión dolorosa le atravesó el corazón: tenía razón. Durante lo que le parecieron horas, las dos figuras permanecieron en el coche. Entonces la puerta se abrió. La figura familiar se dirigió a la acera.

—Una mujer —dijo uno de los policías con asombro.

La figura cerró la puerta del coche, giró sobre los talones y comenzó a caminar a paso ligero hacia la entrada del edificio de apartamentos.

Cussick habló con voz ronca e insegura:

—Marchaos los dos. Me encargaré de esto solo.

Lo miraron con expresión de estupidez. Tras un momento, sus rostros sorprendidos quedaron atrás: Cussick había abierto la puerta de la sala y

avanzaba corriendo sobre la gruesa alfombra del pasillo para encontrarse con ella.

Estaba en la escalera cuando lo vio llegar. Allí se detuvo, mirando hacia arriba, respirando jadeante mientras se agarraba a la barandilla. Llevaba el traje gris severo de la organización, la pequeña gorra en su espeso cabello rubio. Pero era ella, era Nina. Durante un instante, los dos se quedaron quietos, Cussick en la parte superior de la escalera, Nina debajo de él, con los ojos brillantes, los labios separados y las fosas nasales dilatadas. Luego, ella soltó la barandilla y subió corriendo el resto del camino. Un breve instante mientras Nina alzaba los brazos con ansia y Cussick descendía para encontrarse con ella. Tras eso, un momento indefinido durante el que la abrazó con fuerza, la sintió contra él, aspiró el olor cálido de su cabello. Absorbió, después de tantos meses, la presión suave de su cuerpo, el anhelo, la necesidad ferviente que sentía por ella.

—Ay —suspiró ella finalmente—. Me vas a romper.

La llevó arriba sin dejar de aferrarse a ella, y no la soltó hasta que entraron en el apartamento desierto y la puerta quedó cerrada con llave.

Mirando sin aliento a su alrededor, Nina se quitó los guantes. Se dio cuenta de lo nerviosa que estaba; las manos le temblaban mientras empujaba mecánicamente los guantes dentro de su bolso.

—Bueno —le preguntó—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien —respondió Cussick, y se alejó un poco para poder verla mejor en su conjunto.

Ella se estremeció visiblemente bajo su mirada; se apoyó de espaldas contra la pared, levantó los dedos hasta la garganta, sonrió, lo miró como si fuera un animal que no se hubiera presentado para tomar su cena.

—¿Puedo volver? —preguntó ella en un susurro.

—¿Volver?

Tenía miedo de imaginar lo que ella quería decir. Los ojos de Nina se llenaron de lágrimas.

—Supongo que no.

—Por supuesto que puedes volver. —Cussick se le acercó y la atrajo hacia sí—. Sabes que puedes volver. En cualquier momento. Cuando quieras.

—Será mejor que me sueltes —susurró ella—. Voy a romper a llorar. Déjame sacar el pañuelo.

La soltó a regañadientes. Ella, con dedos torpes, sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Durante un momento se quedó de pie enjugándose los ojos, con los labios rojos temblorosos, sin hablarle ni mirarlo, simplemente de pie con

su uniforme gris de la organización, tratando de no llorar. Finalmente habló con voz débil:

—Qué hijo de puta.

—¿Jones?

—Te lo contaré... cuando pueda. —Hizo una bola con el pañuelo y empezó a caminar por la habitación, con los brazos cruzados, la barbilla hacia arriba y la cara temblorosa—. Bueno, es una historia larga y no muy agradable. He estado con la organización, supongo que más de dos años.

—Veintiocho meses —precisó él.

—Exacto. — Se volvió repentinamente hacia Cussick—. Se acabó. Estoy acabada.

—¿Qué ha pasado?

Nina metió la mano en un bolsillo.

—¿Un cigarrillo?

Sacó su paquete, encendió un cigarrillo y lo puso entre los temblorosos labios de Nina.

—Gracias —contestó ella mientras expulsaba una rápida bocanada de humo grisáceo en la habitación—. Primero, creo que es mejor que nos vayamos de aquí. Puede que venga a buscarte, está yendo a por todo el mundo.

—Pero he sido absuelto —protestó Cussick.

—Cariño, eso no importa. ¿Has oído lo que le hizo a Pearson? No, supongo que no. —Lo agarró enérgicamente del brazo y lo empujó hacia la puerta—. Estaríamos mucho más seguros fuera de aquí. Llévame a algún lado, a cualquier parte. —Sin dejar de temblar, se puso de puntillas para besarlo brevemente—. Ha pasado algo. Nosotros... la organización... lo sabemos, ahora. Jones nos lo dijo. Mañana por la mañana la gente lo sabrá.

—¿De qué se trata?

—La Gran Cruzada ha terminado. Las naves están regresando. Es el fin de Jones, el fin de la organización. Me refiero al movimiento. Ahora que estamos dentro, se supone que tenemos que llamar...

Cussick encontró el pomo de la puerta.

—Eso es maravilloso —se las arregló para decir.

—¿Maravilloso? —Se echó a reír frágilmente—. Es terrible, cariño. En cuanto salgamos de aquí te diré por qué.

Cussick encontró una cafetería que abría las veinticuatro horas en una calle lateral. En la barra había sentados un par de clientes somnolientos, encorvados sobre sus cafés, leyendo los periódicos desganadamente. La

camarera estaba acomodada en la parte posterior, al lado de los controles de la cocina, desde donde contemplaba la noche. En la esquina, un reproductor de melodías emitía música para sí mismo.

—Bien —dijo Nina mientras se deslizaba para sentarse en un reservado de la parte posterior de la cafetería—. Hay una puerta trasera, ¿verdad?

Cussick localizó una puerta detrás de la cocina. Era la de servicio y de mantenimiento.

—¿Qué quieres tomar?

—Solo café.

Pidió los dos cafés, y durante un rato se quedaron sentados sin más, removiéndolos y meditando, mirándose furtivamente el uno al otro.

—Tienes buen aspecto —le dijo dubitativo.

—Gracias. Esperaba haber perdido un kilo, más o menos.

—¿Lo dices en serio? ¿Te vas a quedar? —Tenía que estar seguro—. ¿No te vas a ir otra vez?

—Lo digo en serio —contestó mirándolo con los ojos azules y directos—. Mañana por la mañana quiero ir a buscar a Jackie. He ido a verlo de vez en cuando. He mantenido una especie de control sobre él.

—Yo también.

Mientras sorbía su café, Nina le explicó lo que había pasado. En pocas palabras, resumió los antecedentes de los derivados y la situación de las unidades móviles de combate.

—El cerco ya está montado. Las naves están dando la vuelta para regresar a la Tierra. ¿Por qué no? No hay nada más que puedan hacer. La nave insignia del comandante Ascott, esa cosa enorme, será la primera en aterrizar. Ahora mismo están despejando el campo de Nueva York.

—Polen —dijo Cussick asombrado—. Eso explica sus carencias. —Había empezado a recorrerlo un sudor frío por la aprensión—. Entonces es verdad que estamos metidos en un lío.

—No empieces a imaginarte todas esas cosas escalofriantes —contestó Nina bruscamente—. La invasión de la Tierra... seres del espacio exterior... Simplemente no son así. Son plantas, lo único que les importa es protegerse a sí mismas. Lo que quieren hacer es neutralizarnos, y eso es lo que han hecho. —Desolada, abrió las manos—. ¡Ya ha pasado! ¡Se acabó! Tenemos nuestra pequeña área para operar, unos seis sistemas estelares. Y luego... —Sonrió fríamente—. Más allá de eso, el cerco.

—¿Y Jones no lo sabía?

—Cuando empezó, no. Hace un año que lo sabe, pero ¿qué podía hacer? La guerra había comenzado... para cuando lo descubrió, y ya era demasiado tarde. Apostó y perdió.

—Pero no admitió que estaba apostando. Dijo que lo sabía.

—Así es. Mintió. Podía ver muchas cosas, pero no podía verlo todo. Así que ahora está pagando por ello... dejando que la flota vuelva. Él nos llevó, nos condujo a una trampa. Nos defraudó; nos traicionó.

—¿Qué es lo siguiente?

—Ahora —respondió Nina, pálida—, él libra su verdadera batalla. Esta tarde nos convocó a todos nosotros, a todos los funcionarios de la organización. —Se desabrochó el abrigo gris y le mostró la solapa interior. Habían cosido una elaborada insignia en la tela, con una serie de letras y números debajo de un ornamento estilizado—. Soy un pez gordo, cariño. Soy vicecomisionada de la Liga de Defensa de la Mujer..., parte del nuevo sistema de seguridad interna. Así que me reuní con otras personas muy importantes, esperé en una larga fila, y me contaron la historia real, nuestro primer avance de lo que está por llegar.

—¿Cómo se lo está tomando?

—Está casi fuera de sí.

—¿Por qué?

—Porque, incluso con su poder —respondió Nina, tras darle un sorbo a su café—, todavía está perdido. Puede ver la derrota y la muerte... puede ver su horrible lucha final para mantenerse con vida, y puede ver que va a fracasar. Se podía ver eso en su cara. Esa terrible mirada cadavérica, como si fuera una cosa muerta. Ojos de pez. Sin vida, sin brillo. Se quedó de pie temblando; apenas podía ponerse de pie. Se movió, tartamudeó... Fue desgarrador. Y nos dijo que la Cruzada había fracasado, que en poco tiempo podríamos esperar que estallaran los disturbios.

Cussick se quedó meditando la respuesta unos instantes.

—Los disturbios. Los seguidores traicionados.

—Todo el mundo excepto el esqueleto de la organización, los verdaderos fanáticos. Lucharán como demonios por él.

—¿Hay muchos de esos?

—No, no muchos. Los idealistas, la juventud enérgica. Después de todo, Jones nos decepcionó. Es un hecho, él lo sabe, nosotros lo sabemos, muy pronto todos lo sabrán. Pero hay quienes se quedarán con él de todos modos. —Sin atisbo de emoción, añadió—: Yo, no.

—¿Por qué no?

—Porque —respondió ella, lenta y suavemente— él nos dijo lo que va a hacer para mantener el poder. Va a usar la flota como arma contra la gente. Le va a dar a la flota la batalla que quieren. Y eso significa... —le tembló la voz y se le quebró antes de continuar—: bueno, eso significa la guerra civil. Solo porque nos mintiera y nos traicionara y nos llevara a una ruina de la que nunca saldremos, no significa que se vaya a retirar; de hecho, apenas está empezando. Si alguien cree que...

Cussick extendió la mano y la agarró del brazo.

—Tranquila —le dijo con firmeza—. Baja la voz.

—Gracias. —Ella asintió—. Es tan horrible... Sabe que no puede hacerlo. Sabe que finalmente lo atraparán. Seis meses, ese es el tiempo que le queda. Pero va a aguantar. Va a hacer todo lo que haga falta. Si va a morir, también quiere a todos los demás muertos.

Se hizo el silencio.

—Y no hay nada que podamos hacer —terminó Nina—. ¿Recuerdas al asesino? ¿Recuerdas el intento de Pearson? Todo ocurrió como quería Jones... Eso lo puso en el poder.

—¿Qué le pasó a Pearson?

—Pearson se está muriendo. Muy lentamente. No hace mucho Jones le introdujo en el cuerpo algún tipo de parásito. Se está alimentando de él, y al final acabará poniendo huevos en su interior. Jones se siente orgulloso de ello, nunca se cansa de contárnoslo.

Cussick se humedeció los labios resecaos y habló con voz ronca:

—¿Esa es la clase de hombre que has estado siguiendo?

—Tuvimos un sueño —se limitó a decir Nina—. Y él también. Se estropeó, se hizo pedazos... pero no tiró la toalla. No se detendrá. Y no hay nada que pueda hacer que se detenga; todo lo que podemos hacer es sentarnos y mirar mientras él se va a trabajar. Las redadas están empezando. Todo el mundo conectado con el Fedgov será destruido. Entonces, de forma racional y sistemática, todos los grupos que sean remotamente capaces de oponerse, serán aplastados.

Los dedos de Cussick rompieron su servilleta de papel y lanzaron los pedazos al suelo.

—¿Sabe Jones que has cambiado de bando?

—No lo creo. Todavía no.

—Creí que lo sabía todo.

—Solo sabe lo que va a saber. Puede que nunca se entere. Después de todo, yo soy solo uno de muchos; tiene millones de personas a las que vigilar.

Muchos de nosotros nos escabullimos; el hombre que me impulsó a hacerlo era mi jefe, mi superior. Él también se iba, con su esposa y su familia. Se están retirando en manadas, tratando de encontrar lugares donde esconderse. Preparando sus retiros, con la esperanza de que duren.

—Quiero que vuelvas.

Nina dio un pequeño respingo.

—¿Que vuelva? ¿Vas a intentar hablar con él? ¿Lo harás entrar en razón?

—No. No exactamente.

—Ah. —Nina asintió al comprender—. Ya veo.

—Probablemente estoy repitiendo lo que hizo Pearson: el gesto quijotesco ya se ha hecho una vez, pero no puedo permanecer sentado aquí. —Se inclinó hacia ella—. ¿Y tú? ¿Puedes sentarte aquí a tomarte un café mientras Jones pone en marcha todo esto?

Nina no podía mirarlo a los ojos.

—Lo único que quiero hacer es salir de esto. Quiero volver contigo. —Con la mirada fija en la taza de café y los dedos agarrados convulsivamente a su alrededor, se apresuró a continuar—: Conozco un lugar. Está en África Occidental, donde todavía hay muchas tierras sin reclamar. Lo arreglé hace meses. Todo está preparado. El lugar fue construido por grupos sindicales de la organización. Tengo a Jackie ahí ahora.

—Eso no es legal. Nos implica a los dos.

—Ya no hay nada que no sea legal. ¿No lo sabías? Es lo que queremos, es lo que la organización ordena. Lo tengo arreglado; podemos llegar allí mañana por la mañana si nos vamos ahora. Una nave intercon de la organización nos llevará a Leopoldville. Desde allí iremos en coche de superficie hacia las montañas.

—Suenan bien —comentó Cussick—. Suenan como si pudiéramos arreglárnoslas. Incluso podríamos estar vivos dentro de seis meses.

—Estoy segura de ello —dijo Nina enfáticamente—. Mira a esos venusinos, no le importan. Mucha gente va a sobrevivir; tendrá las manos ocupadas lidiando con los disturbios de las grandes ciudades.

Cussick examinó su reloj de pulsera.

—Quiero que vuelvas a tu organización y que me lleves contigo. ¿Puedes hacerme pasar por el sistema de vigilancia?

—Si volvemos —contestó Nina con voz baja y firme—, nunca saldremos de aquí. Lo sé, puedo sentirlo. No escaparemos.

Cussick se tomó un momento para contestar.

—Una de las cosas que Jones nos enseñó es la importancia de la acción. Creo que ha llegado el momento de actuar. Tal vez debería haber sido partidario de Jones. Es el momento para que me presente como voluntario.

La taza se escapó de los temblorosos dedos de Nina y se volcó hacia un lado. Sobre la mesa se derramó un poco de café tibio, que dejó una fea mancha marrón. Ninguno de ellos se movió, ninguno de ellos se dio cuenta.

—¿Y bien? —preguntó Cussick.

—Supongo —dijo Nina con voz débil— que después de todo no te importo. No quieres que vuelva.

Cussick no respondió. Se quedó esperando a que ella aceptara para empezar a poner en movimiento las ruedas que lo llevarían dentro de la organización Jones y al propio Jones. Y se preguntó, ociosamente al principio y luego con creciente desesperanza, cómo podría matar a un hombre que conocía la topografía del futuro. Un hombre que no podía ser tomado por sorpresa, un hombre para el que la sorpresa era imposible.

—Muy bien —dijo Nina al fin, con una voz casi inaudible.

—¿Puedes conseguir un coche de la organización?

—Claro. —Se puso en pie con desgana—. Iré a llamar por teléfono. Puede recogernos aquí.

—Bien —dijo Cussick con satisfacción—. Esperaremos.

18

Una lluvia oscura caía con fuerza sobre el coche mientras el conductor de uniforme gris de la organización conducía con cuidado a través del lento y pesado tráfico. En la parte de atrás, Nina y Cussick iban sentados en silencio, ninguno de los dos hablaba.

Fuera del coche, las cegadoras luces de los faros brillaban reflejadas en un millón de gotas de lluvia que caían sobre las ventanas de plástico. Las luces de señalización parpadeaban sin parar, y en el panel de mandos los relés se cerraban en respuesta. El conductor tenía poco que hacer aparte de manejar el volante; la mayoría de los controles eran circuitos automáticos. Era joven y rubio, un funcionario sin sentido del humor, que llevaba a cabo su trabajo con habilidad y sin emoción alguna.

—Escucha la lluvia —murmuró Nina.

El coche se detuvo delante de una serie de luces que indicaban un cambio de ruta. Cussick comenzó a moverse inquieto. Encendió un cigarrillo, lo apagó y luego encendió bruscamente otro. Al momento, Nina se le acercó y le tomó la mano.

—Cariño —dijo con tristeza—. Ojalá pudiera... ¿Qué puedo hacer? Ojalá pudiera hacer algo.

—Solo tienes que dejarme hacerlo.

—Pero ¿cómo lo vas a hacer? Es imposible.

Con un gesto de advertencia, Cussick señaló al conductor.

—No hablemos de ello.

—No pasa nada con él —lo tranquilizó Nina—. Forma parte de mi personal.

El coche se puso en marcha, y en un momento estaban en la amplia autopista que conducía directamente a los edificios del Fedgov, donde Jones se había atrincherado. «No tardarían mucho en llegar», pensó Cussick. Probablemente otra media hora. Con impaciencia, miró las filas de coches que circulaban a toda velocidad. Había mucho tráfico. Los ciudadanos, encorvados bajo la lluvia, caminaban con cuidado por las rampas peatonales,

viajeros que acababan de llegar en los expresos urbanos, expulsados a la calle para que se las apañaran bajo la lluvia torrencial.

Sacó una pequeña baratija brillante del bolsillo, cuidadosamente envuelta en fibra marrón translúcida. Estaba sentado con las rodillas separadas, con aquel objeto entre las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó Nina. Melodramática, extendió la mano para tocarlo—. ¿Un regalo para mí?

—Solíamos usarlos —dijo Cussick con los dedos apretados en torno al envoltorio—. Hasta que Pearson los prohibió. Seguro que has oído hablar de ellos... Los comunistas los crearon durante la guerra como herramientas de conversión. Nosotros les copiamos la idea. Esto es un espejo leteo.

—Oh —dijo Nina—. Sí —asintió—. He oído hablar de ellos. Pero pensaba que ya no quedaba ninguno.

—Todo el mundo guardó uno o dos.

La baratija brillaba amenazadora en las manos de Cussick. Todo lo que tenía que hacer era quitarle la cubierta de fibra marrón, era tan sencillo como eso. El espejo era un foco que atraía y atrapaba la atención de los centros cerebrales superiores.

El coche aminoró un poco la velocidad.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Cussick enseguida.

—No, señor —contestó el joven conductor—. Hay unos chicos haciendo autostop. ¿Quiere que los recoja? —Y añadió—: Está lloviendo muy fuerte.

—Claro —dijo Cussick—. Recógelos.

Los cuatro chicos que entraron agradecidos en el coche iban cargados con cestas de mimbre y restos de banderolas empapadas.

—Gracias —susurró la cabecilla, una joven en mitad de la adolescencia—. Nos ha salvado la vida.

—Estábamos vendiendo botones de la Cruzada —explicó otra chica mientras se secaba el agua de lluvia de la cara. El cabello castaño mojado le cubría las orejas, y se apresuró a añadir con alegría—: Y casi los habíamos vendido todos antes de que empezara a llover.

El tercer adolescente, un chico regordete de cara roja, miró con asombro a Nina y casi gritó:

—¿Está en la organización?

—Así es —le dijo Nina en voz baja.

Las chicas intentaban escurrir la ropa empapada y trataban de secarse el cabello. Olían a tela húmeda y a emoción.

—Oiga —dijo una de ellas—, esto es un coche oficial.

La primera chica, pequeña y de rostro afilado, con grandes ojos interesados, le habló a Cussick con timidez:

— ¿Tiene un botón de la Cruzada?

—No —respondió Cussick con sequedad.

La ironía de toda la situación lo fastidiaba: eran un típico grupo de jóvenes fanáticos que vendían botones para recaudar fondos para la Cruzada. De pie en las calles, paraban automóviles y peatones, compradores y viajeros, con la cara enrojecida y emocionada con el fervor de su causa. En los cuatro rostros jóvenes no veía nada más que ilusión inocente. Para ellos, la Cruzada era algo grande y noble, una salvación espiritual.

—Le gustaría... —comenzó a decir la joven de cara alargada, mirándolo con timidez— ¿le gustaría comprar un botón de la Cruzada?

—Claro —dijo Cussick—. ¿Por qué no? —Rebuscó en su bolsillo—. ¿Cuánto vale?

Nina emitió un sonido entrecortado y agachó la cabeza, él no hizo caso mientras sacaba unos cuantos billetes arrugados.

—Diez dólares es lo habitual —dijo la chica mientras cogía con rapidez un botón de su canasta de mimbre—. Pero puede dar lo que quiera... es por una buena causa.

Le dio el dinero, y con seriedad e indecisión, la chica le puso el botón en el abrigo. Allí se quedó, un pequeño emblema de plástico brillante, con la espada levantada de la Cruzada sobre el conocido caduceo. Sintió desconcierto e incomodidad al notarlo allí. De repente, se inclinó hacia delante y cogió un segundo botón de la cesta de mimbre.

—Toma —le dijo con amabilidad a Nina—. Para ti.

Con gesto solemne, se lo colocó en el abrigo. Nina sonrió un poco y lo cogió de la mano.

—Ahora todos tenemos uno —dijo tímidamente la chica de cara alargada.

Cussick le pagó por el segundo botón, y ella, con sumo cuidado, puso el dinero con el resto de las contribuciones. Las seis personas de la parte de atrás viajaban bajo la lluvia, tranquilos y en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Cussick se preguntó qué estarían haciendo y pensando los cuatro chicos dentro de unos días. Solo Dios lo sabía... Dios y Jones, los dos lo sabían. Él, desde luego, no.

El conductor dejó a los chicos en una intersección central. Las puertas se cerraron tras ellos, se despidieron agradecidos, y de nuevo el coche aceleró. Delante estaba el siniestro cuadrado gris que era el edificio del Fedgov, reforzado a prueba de bombas. Casi habían llegado.

—Esos chicos... —dijo Nina con tristeza—. Así es como me sentía no hace mucho.

—Lo sé —respondió Cussick.

—No representan ningún peligro. Solo que no lo entienden.

Se inclinó y la besó, sus húmedos y cálidos labios se aferraron a los de ella hasta que, con pesar, se apartó.

—Deséame suerte —le dijo con seriedad.

—Sí. —Se agarró a él con fuerza—. Por favor, intenta que no te pase nada.

Cussick cogió su abrigo. En sus bolsillos, además del espejo, llevaba una pistola reglamentaria convencional. El espejo era para Jones, la pistola para volver a salir a través de los guardias.

—¿Hasta dónde puedes llevarme? —le preguntó a Nina—. ¿Hasta dónde llega tu autoridad?

—Hasta el final, todo el camino —respondió con el rostro pálido por completo y la respiración entrecortada—. No será difícil... todo el mundo me conoce.

—Ya hemos llegado, señor —dijo el conductor.

El coche había salido de la autopista y bajaba ya por una larga rampa hacia los garajes del edificio. Un rugido sordo resonó a su alrededor: las ruedas del coche se deslizaban sobre las guías de acero. En la penumbra, unas luces se encendieron y se apagaron, y el coche respondió de inmediato. Disminuyó de velocidad hasta casi detenerse cuando el conductor giró hacia el puesto de control del garaje. Avanzando a paso de tortuga, se detuvo poco a poco. El motor se apagó y el freno se colocó en posición de bloqueo de forma automática. Habían llegado.

Cussick abrió la puerta con cautela y salió. Reconoció el lugar, la enorme cueva de hormigón que, en otros tiempos, era donde dejaba su coche. Un asistente vestido de gris se acercaba, esa era la única diferencia. El hombre llevaba un uniforme de la organización en lugar del marrón de la policía. Lo saludó respetuosamente llevándose la mano a la gorra.

—Buenas noches —murmuró—. ¿Puedo ver su permiso?

—Hablaré con él —dijo Nina. Salió del coche con rapidez y corrió al lado de Cussick. Buscó a tientas en su bolso y sacó una placa de metal—. Aquí tiene, el coche es mío.

—¿Cuándo quiere recogerlo? —preguntó el asistente mientras examinaba la placa. Luego se la devolvió a Nina. El primer obstáculo, al menos, había sido salvado—. ¿Quiere lo guardemos toda la noche?

—Déjelo aquí, en este nivel —ordenó Nina, con una mirada interrogante a Cussick—. Podemos necesitarlo en cualquier momento.

—Sí, señora —asintió el individuo, y volvió a tocarse la gorra—. Estará preparado.

Cuando entraron en el ascensor, a Cussick le temblaban las piernas y Nina estaba completamente pálida. La agarró y le clavó los dedos en el brazo hasta que ella hizo una mueca.

—Estoy bien —dijo con una sonrisa.

—¿Siempre hay tanta gente?

Estaban aplastados por un grupo de oficiales de rostro serio.

—No siempre. Últimamente ha habido mucha... —Su voz se apagó un poco—. Mucha actividad.

El ascensor se cerró en ese momento. Dejaron de hablar, apretaron los dientes y se mantuvieron firmes. Los oficiales murmuraron números de piso, Nina se recompuso y dijo:

—Diecisiete, por favor.

Salieron con un grupo de apresurados dignatarios que se encaminaron en varias direcciones. Delante estaba la sala de recepción y el amplio mostrador de información. Nina avanzó hacia él con sus tacones resonando sobre el duro suelo pulimentado.

—Quisiera concertar una cita con el señor Jones —les dijo con voz ronca a los policías uniformados que había detrás del mostrador. Sacó todos sus documentos de identificación del bolso y se los entregó—. Es para este hombre.

El funcionario cogió los papeles con lentitud y los examinó. Era de mediana edad, con un cuello abultado que colgaba en papadas. Sus dedos eran regordetes, blancos, eficientes. Con interés petulante y burocrático, inspeccionó cada documento antes de hablar.

—¿Cuál es el motivo de su solicitud? Tendrá que pasar por los canales regulares, señorita Longstren. Tenemos citas reservadas para las próximas doce horas. —A regañadientes, sacó el libro de registro y pasó un dedo por la columna—. Puede que no sea hasta mañana por la mañana.

Nina le lanzó una mirada muda y angustiada a Cussick.

—Es una emergencia —balbuceó—. Necesitamos verlo ya.

—Bueno, entonces... —dijo el oficial sin mucho interés— tendrá que rellenar un formulario especial. —Sacó una carpeta con un impreso de un cajón y se lo dio—. Indique los detalles en la sección cinco y de nuevo en la sección ocho. Asegúrese de que los papeles de calco estén colocados en su

lugar. —Señaló hacia una pequeña mesa en la esquina de la sala—. Puede rellenarlo allí.

Aturdidos, Nina y Cussick llevaron la carpeta hasta la mesa y se sentaron.

—¿Y bien? —preguntó Nina con voz temblorosa—. ¿Qué digo?

—Di que estás con alguien de los laboratorios de investigación astronómica. Di que ha habido algunas pistas sobre la naturaleza del cerco que nos rodea.

Obedientemente, Nina rellenó el formulario.

—¿Ves a esos hombres que están allí esperando? Hacen cola para verlo... y todos son peces gordos. Ha estado de reuniones durante una semana seguida.

Firmó el formulario y los dos se acercaron despacio al mostrador. Se había formado una fila, y cuando por fin les llegó el turno, el oficial cogió el formulario con brusquedad, lo examinó, lo arrancó de la carpeta y lo dejó caer por el hueco de registro.

—Siéntense, por favor —les dijo con cara de pocos amigos—. Pasará una media hora por lo menos antes de que el señor Jones tenga tiempo de revisar su petición. —Y agregó—: Lean unas revistas.

Encontraron unos asientos. Esperaron, erguidos, sin prestar mucha atención a las revistas que tenían en las manos. Los oficiales iban de un lado a otro, desde los pasillos llegaba el sonido de voces y el ruido sordo de las máquinas. El edificio vibraba con incesante actividad.

—Están realmente ocupados —comentó Cussick.

Ojeó una copia del *Saturday Evening Post* y luego la devolvió al estante.

Nina asintió, demasiado asustada para hablar. Con los ojos fijos en el suelo, se sentó con rigidez agarrando su bolso y la revista. Sus labios eran una delgada línea sin sangre. Cussick metió la mano en el bolsillo hasta que tocó con los dedos el espejo leteo. Lo desenvolvió con cuidado. Ahora estaba preparado... Lo único que tenía que hacer era sacarlo.

Pero, en realidad, no creía que tuviera la oportunidad de usarlo.

—¿Te arrepientes? —preguntó Nina en voz baja—. Ojalá no hubieras venido.

—No —respondió—. No me arrepiento.

—Aún no es demasiado tarde... solo tendríamos que levantarnos e irnos.

No respondió. Tenía miedo de hacerlo, no necesitaría más que una mínima presión para ponerlo en pie y sacarlo del edificio. Una casa con Nina y Jackie. Los tres juntos de nuevo, como antes... Apartó de su mente aquella idea y miró al serio oficial de información mientras procesaba formularios.

El oficial le hizo un gesto con la cabeza. Con rigidez, incrédulo, Cussick se levantó y se acercó.

—¿Nosotros? —preguntó con voz ronca.

—Pueden pasar.

Cussick parpadeó.

— ¿Quiere decir que está disponible?

—El señor Jones aceptó de inmediato. —Sin levantar la vista de su trabajo, el empleado hizo un gesto con la cabeza hacia una puerta lateral—. Por allí, y le ruego que haga lo que tenga que hacer lo más rápido posible. Hay más gente esperando.

Cussick regresó donde estaba Nina. Ella lo miró con los ojos muy abiertos mientras atravesaba la sala.

—Voy a entrar —le dijo—. Será mejor que te vayas. No hay necesidad de que te quedes aquí.

Se puso en pie en silencio.

—¿Adónde debería ir?

—Regresa al apartamento. Espérame allí.

—Está bien —asintió.

Y sin decir una palabra, se volvió y caminó con rapidez por la sala y regresó por donde habían venido, hasta el ascensor.

Mientras Cussick se acercaba a la oficina interior, se preguntó preocupado por qué su solicitud había sido aceptada con tanta rapidez. Aún seguía dándole vueltas a eso cuando aparecieron cuatro empleados con uniformes grises y lo abordaron.

—Los papeles —le dijo uno de ellos con la mano extendida—. Sus papeles, señor.

Cussick les entregó los papeles que el empleado de información le había devuelto, los cuatro los examinaron, y lo examinaron a él, y se quedaron satisfechos.

—Está bien —dijo uno de ellos—. Adelante.

Una sección triple con múltiples cerraduras se abrió ruidosamente, y Cussick se encontró frente a más oficinas y pasillos. Allí había menos gente, y sus pasos resonaron en el triste silencio. Durante unos momentos caminó por un amplio pasillo alfombrado. No había nadie, no se encontró con nadie. Una tranquilidad casi religiosa se cernía sobre el pasillo... No había adornos, cuadros, estatuas o baratijas, solo la alfombra, las paredes vacías, el techo. En el otro extremo del pasillo había una puerta entreabierta. Llegó y se detuvo con incertidumbre.

—¿Quién está ahí fuera? —preguntó una voz, una voz fina y metálica, cargada de cansancio, irritada y quejumbrosa. Por un momento, no supo de quién era, luego la reconoció—. Entra —le ordenó la voz con irritación—. No te quedes en el pasillo.

Entró, con la mano alrededor del espejo leteo. Detrás de un enorme escritorio abarrotado de papeles estaba sentado Jones, con el rostro arrugado de cansancio y desesperación. El trabajo acumulado prácticamente lo ocultaba de la vista, no era más que un títere cansado y derrotado luchando con una montaña demasiado grande para poder levantarla.

—Hola, Cussick —murmuró Jones, y levantó la mirada fugazmente. Extendió las manos y apartó algunos de los montones de cintas y papeles que cubrían el escritorio. Entrecerró los ojos un poco y señaló una silla—. Siéntate.

Aturdido, Cussick avanzó pero permaneció de pie. Jones lo estaba esperando. Mucho antes de que hubiera visto el formulario, mucho antes de que Cussick lo hubiera dictado, Jones ya sabía quién era el experto en investigación astronómica.

Detrás de Jones había dos tipos gigantescos con cara de aburridos, uniformados, ametralladoras en mano, mirada fija e impasibles. Tan silenciosos e inmóviles como estatuas. Cussick vaciló, agarró el espejo leteo y comenzó a apretarlo.

—Vamos —le dijo Jones irritado, y extendió la mano. En un solo segundo se había apoderado del espejo leteo, sin tan siquiera mirarlo, lo dejó caer sobre la alfombra y lo aplastó con los pies. Colocó las manos en el centro del escritorio y miró a Cussick—. ¿Te vas a sentar o qué? —gruñó—. Odio mirar hacia arriba. Siéntate para que podamos hablar. —Buscó a tientas entre los montones de papeles—. Fumas, ¿verdad? No tengo cigarrillos aquí. Deje de fumar. No es sano.

—Tengo los míos —dijo Cussick, y metió la mano con nerviosismo en el bolsillo de su abrigo.

Jones repiqueteaba sin parar con los dedos en el escritorio.

—Hace años que no te veo, desde aquel día en las oficinas de la policía. Trabajos, órdenes y demás todo el tiempo. Es un gran trabajo, este tipo de trabajo. De mucha responsabilidad.

—Sí —admitió Cussick con voz ronca.

—Pearson está muerto, ¿sabes? Murió esta mañana. —Una expresión grotesca apareció en su rostro apagado—. Lo mantuve con vida durante un tiempo. Él planeó mi asesinato, pero yo lo estaba esperando... llevaba todo un

año esperándolo. Esperando a que apareciera aquel asesino. Elegiste un buen momento para venir; estaba a punto de enviar a buscarte. No solo a ti, por supuesto, sino a todos los de tu clase, a todos vosotros. Y a aquella estúpida rubia que había sido tu esposa. ¿Sabes que se unió a nosotros, no? Por supuesto que lo sabes... Ella rellenó este formulario. Reconocí su letra.

—Sí —repitió Cussick.

—Muchas mujeres de alta sociedad hambrientas de sexo han venido hasta nosotros —divagó Jones, con la cara temblorosa y su delgado cuerpo envuelto en espasmos nerviosos. Su voz era monótona, las palabras brotaban de su garganta en un borroso murmullo de cansancio—. Una especie de sustituto de una adecuada cópula, supongo... Esto es como un orgasmo de por vida para ellas. A veces, con trucos como el de tu esposa, tengo la sensación de que dirijo un lupanar en lugar de...

Cussick sacó el arma del abrigo. No era consciente de lo que hacía, su mano se movió por propia voluntad. En un arrebato consciente y reflexivo, apuntó y disparó.

Había apuntado al más grande de los dos guardaespaldas; de alguna forma, creía que era necesario matarlos a ellos primero. Pero Jones, al ver el brillo del metal, de repente se puso en pie. Como una muñeca flaca y desgarbada, se colocó entre Cussick y los dos guardias, y el proyectil explosivo lo alcanzó directamente encima del ojo derecho.

Los dos guardias, paralizados por la incredulidad, permanecieron clavados en el lugar, sin siquiera levantar sus armas.

Cussick tampoco pudo moverse. Se quedó de pie, con la pistola en la mano, sin disparar a los guardias, que tampoco le dispararon a él. El cuerpo de Jones yacía sobre el abarrotado escritorio.

Jones estaba muerto. Él lo había matado. Se había acabado.

Era imposible.

19

Cuando abrió la puerta del apartamento, Nina soltó un grito y corrió llorando hacia él. Cussick la abrazó con fuerza, su mente aún vagaba sin rumbo.

—Estoy bien —murmuró—. Está muerto. Se acabó.

Ella retrocedió, con el rostro cubierto de lágrimas, los ojos rojos y empapados.

—¿Lo has matado? —En su voz solo había incredulidad, sin asomo de comprensión. Él sentía lo mismo. La expresión de su mujer reflejaba la suya propia—. Pero ¿cómo...?

—Le disparé.

Todavía tenía la pistola en la mano. Lo dejaron salir del edificio, nadie intentó detenerlo. Nadie comprendía lo que había sucedido... solo se encontró con figuras aturcidas, en estado de *shock*, desoladas y sin vida.

—Pero ¿cómo...? —repitió Nina—. ¿No se lo esperaba?

—No le disparé a él. Estaba sentado... Le disparé a uno de los guardias. —Cussick se frotó la frente, aturcido—. Fue instintivo. Estaba hablando de ti... Saqué el arma y disparé. Quizá eso fue todo. No planeaba hacerlo. Tal vez cambié el tiempo. Tal vez de alguna manera alteré el futuro actuando de forma reflexiva. Quizá las respuestas irracionales no pueden predecirse.

Se estaba agarrando a un clavo ardiendo, o al menos eso creía. Casi se había construido una lógica convincente. Casi estaba preparado para aceptarlo... hasta que vio el pequeño paquete de color marrón sobre el brazo del sofá.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Esto? —Nina lo cogió—. No tengo ni idea... Estaba aquí cuando llegué. Es de la organización. —Se lo dio—. Va dirigido a ti. Estaba en el pasillo, apoyado contra la puerta.

Cussick lo cogió. La forma de la caja le resultaba familiar, era una cinta de audio. Con los dedos entumecidos, arrancó el papel y puso la cinta en el equipo de reproducción encastrado en la pared sobre la mesa de centro.

La voz no lo sorprendió. Ahora todas las piezas encajaban.

—«Cussick. —La débil y angustiada voz comenzó a sonar—. Es mejor que te mantengas escondido durante cierto tiempo. Probablemente habrá mucha conmoción. No lo sé, solo lo estoy suponiendo, ¿sabes? Solo lo estoy suponiendo, ya que, en lo que a ti respecta, he perdido mi habilidad. Y ya sabes por qué.»

Sí, sabía por qué. Jones lo había visto todo hasta el momento de su muerte. Pero eso era todo, no pudo ver nada más allá.

—«Hiciste un buen trabajo de limpieza —continuó la voz de Jones, el murmullo áspero y metálico que había escuchado hacía apenas una hora—. Por supuesto, no deberías llevarte todo el mérito. Lo único que hiciste fue disparar esa pistola, dependía de mí ponerme en su camino. Pero hiciste lo que tenías que hacer. Eso estuvo bien, sabía que lo harías. No te asustaste.»

Cussick detuvo la cinta.

—Viejo chocho y famélico —dijo con rabia.

—¡No lo pares! —exclamó Nina con voz trémula. Le apartó la mano y volvió a activar el mecanismo de movimiento de la cinta.

—«Así que ahora —dijo Jones—, estoy muerto. No puedo decir con exactitud cuándo te llegará esto, pero supongo que lo hará pronto. Lo único que sé es esto: si lo oyes, es que estaré muerto, porque he visto que suceden muchas cosas. Y ahora tú también has visto lo que sucede. ¿Entiendes cómo me siento? Durante un año he estado esperando este momento, sabiendo que sucedería. Sabiendo que no podría evitarlo. Sufriendo por todo esto y por lo que vendrá después. Ahora se ha acabado. Ahora puedo descansar. Por supuesto, sabes que lo que hiciste fue lo que yo quería que hicieras. Pero probablemente no entenderás por qué. Cometí un error. Aposté, me arriesgué y perdí. Estaba equivocado... pero no de la forma en que piensas. Estaba más equivocado de lo que crees.»

—No —gruñó Cussick. Una furiosa frustración lo ahogaba por dentro.

—«Dentro de pocos días —continuó Jones—, las naves de combate regresarán a casa. La gente verá que cometí un error, se darán cuenta de que me podía equivocar como todos los demás. Sabrán que no sabía absolutamente nada. —Un alegre tono de triunfo revistió sus palabras e interrumpió la monotonía del discurso—. Muy pronto, la noticia habría corrido como la pólvora: Jones era un fraude. Jones no tenía ningún talento. Jones nos tomó por tontos. No tenía más idea del futuro que nosotros. Pero ahora no pensarán así. Tendrán este hecho: hoy, Jones fue asesinado. Y mañana las naves regresarán paulatinamente. Jones murió antes de que comenzara la derrota... y la causa siempre es lo primero.»

Desolado, Cussick interrumpió sus palabras.

—Dios —dijo con amargura.

—No lo entiendo —susurró Nina, afligida—. ¿Qué quiere decir?

A regañadientes, Cussick volvió a poner en marcha la cinta.

—«Dirán que fui brutalmente asesinado —comentó Jones con ironía—. Dirán que les robaste la victoria cuando me mataste. La leyenda crecerá: si Jones hubiera vivido, habríamos ganado. Fuiste tú, el viejo sistema, el Fedgov, el relativismo, quien les robó la victoria. Jones no falló. Le pido disculpas a tu esposa. Tenía que decir todo eso, tenía que enfurecerte. Pearson, por supuesto, está vivo. Lo encontrarás en una de las antiguas prisiones de la policía, es decir, si aún estás...»

—Puedes apagarlo —dijo Nina—. No necesito oír nada más.

Así lo hizo, de inmediato.

—Lo ayudé a obtener lo que quería. Me utilizó del mismo modo en que usó a Pearson... Éramos elementos de su plan.

Durante unos instantes, ninguno de los dos pronunció una palabra.

—Bueno —dijo Nina con valentía—, ya no tenemos una guerra civil.

—No —coincidió Cussick—. Era todo una farsa, una trampa. Todo lo que te contó acerca de una última defensa contra la muchedumbre... era para que yo me enterara.

—Era todo un psicólogo.

—Él era de todo. Entendía la historia, sabía cuándo salir del escenario... y cómo. Sabía cuándo hacer su entrada y su salida. Pensamos que íbamos a quedarnos atrapados con Jones durante otros seis meses más... En cambio, estamos atrapados con Jones, con la leyenda de Jones, para siempre.

No necesitaba el talento de Jones para verlo. Una nueva religión. Un dios crucificado, sacrificado por la gloria del hombre. Preparado para resucitar algún día, una muerte que no era en vano. Templos, mitos, textos sagrados... El relativismo ya no regresaría jamás, no a este mundo. No después de esto.

—Realmente nos engañó —admitió Cussick, furioso y desconcertado, pero obligado a admirar la astucia del hombre—. Se burló de nosotros todo el tiempo. Habrá estatuas de Jones de sesenta metros de altura. Cada año serán más grandes, dentro de un siglo tendrán un par de kilómetros de alto. —Se echó a reír con voz áspera—. Santuarios. Imágenes sagradas.

Nina comenzó a rebobinar la cinta.

—Tal vez podamos usar esto como prueba.

—No lo creo —dijo Cussick—, tenemos montones de pruebas. Podemos demostrar que Jones estaba equivocado, demostrarlo de un millón de maneras

diferentes. Él juzgó mal a los derivados, eso es un hecho. El cerco estaba listo antes de que Jones muriera, las naves ya habían comenzado a volver. Y ahora está muerto. Racionalmente, eso debería hacerlo más fácil. Pero no lo será. Tiene razón, nos conoce bastante bien. La causa precede al efecto. Jones murió el lunes, la guerra se perdió el martes. Incluso yo, que estoy aquí, en esta habitación, no puedo evitar estar solo un poco convencido.

—Yo también —reconoció Nina con voz débil y angustiada—. Es como si... fuera lo correcto.

Cussick se acercó a la ventana, apartó las cortinas y miró impotente las oscuras gotas de lluvia que tamborileaban en el pavimento.

—¿Qué hay de ti y de mí? —preguntó Nina con timidez—. Supongo que no quieres ir a África Occidental.

—¿Crees que África Occidental estará lo suficientemente lejos para mí? Soy el hombre que asesinó a Jones, ¿recuerdas? Mucha gente estará buscándome ya.

—Pero ¿adónde podemos ir, entonces? —preguntó Nina.

—Fuera de la Tierra —dijo Cussick, pensativo—. No hay lugar aquí para nosotros. Tardarán un par de días en comenzar a movilizarse, eso apenas nos dará tiempo para traer a Jackie y todo lo que necesitamos. Trastos, toneladas de trastos. Y una buena nave, una que haya sido revisada hace poco. ¿Aún tienes suficiente influencia y dinero para todo eso?

Ella asintió muy despacio.

—Sí, supongo. Parece que ya te has decidido. Has decidido adónde vamos.

—Adónde vamos y qué vamos a hacer. No es agradable, pero tal vez no será permanente. Nos queda el consuelo de que quizá todo esto se olvide algún día y podamos regresar.

—Lo dudo —dijo Nina.

—Yo también lo dudo. Pero bueno, necesitamos algo a lo que aferrarnos para salir adelante. Nos esperan tiempos difíciles. —Se alejó de la ventana—. Puedes quedarte aquí, ya lo sabes. Legalmente no eres mi esposa, no tienen por qué relacionarnos. Un par de conversaciones por aquí y por allá y volverás a ser un trabajador legal de la organización otra vez.

—Iré contigo —dijo Nina.

—¿Estás segura? Después de todo, tienes influencia, puedes ser una santa en la nueva iglesia.

Sonrió con tristeza.

—Sabes que quiero ir contigo, así que vamos a dejar de perder el tiempo.

—Bien —dijo Cussick, un poco más feliz. De hecho, mucho más feliz. Se inclinó y le dio un beso en la nariz—. Tienes razón, comencemos. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor. Veinte

El interior de la cabaña era frío y oscuro. El aire, húmedo por la bruma que se arremolinaba desde el exterior, le dio a Louis en la cara y por un momento le impidió la visión. Parpadeó, entrecerró los ojos, se puso en cuclillas y se inclinó para ver mejor.

—Ten cuidado —le dijo Dieter asustado.

En las sombras yacía Vivian, cubierta hasta la barbilla con una manta. Levantó un poco la vista y miró a Louis con sus enormes ojos oscuros. Le dio una sensación extraña, el corazón le dio un vuelco y le costó volver a recuperar el aliento.

—Tal vez sea mejor que mire más tarde —murmuró.

—No hemos conducido ochenta kilómetros para nada —contestó Dieter con prisas—. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—Sí —admitió Louis—. ¿Tengo que mirar? —El miedo se apoderó de él y se apartó a toda prisa de la cama. ¿Y si no era verdad? Siempre existía la posibilidad, una gran posibilidad, incluso una oportunidad mejor. El problema nunca se había resuelto, tal vez los genes eran inviolables, como dijo Mendel. Pero, entonces, ¿cómo se había producido la evolución? Un enorme aluvión de teorías abstractas se apoderó de su mente—. No —dijo tajantemente—, no puedo mirar.

Dieter se acercó a su esposa.

—Serás el próximo —le dijo a Louis—. Irma y tú. Y luego Frank y Syd. Así que mira.

Él miró. Y todo estaba bien.

Temblando, se inclinó. El bebé estaba profundamente dormido, tenía el rostro sonrosado y sano, los ojos cerrados, la boca entreabierta y la frente fruncida. Le sobresalían unos pequeños brazos que acababan en unos dedos doblados. En muchos sentidos, parecía un bebé de la Tierra, pero no era así. Ya podía verlo.

Las fosas nasales eran distintas, eso fue lo primero que notó. Un elemento esponjoso cerraba cada una de ellas, una membrana filtrante para eliminar el espeso vapor de agua. Y las manos. Con cuidado, cogió la pequeña mano derecha del bebé y la examinó. Los dedos estaban palmeados. Y el pecho era enorme, con grandes pulmones con el fin de reunir suficiente aire para mantener con vida al frágil organismo.

Y esa era la prueba. Eso era lo importante, lo real. El bebé estaba vivo. Respiraba el aire de Venus, soportaba la temperatura, la humedad, lo único que quedaba era el problema de la alimentación.

Con cariño, Vivian cogió al bebé en brazos y lo llevó contra su cuerpo. El pequeño se movió, se estiró y abrió los ojos.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Vivian.

—Es hermoso —dijo Louis—. ¿Cómo se llama?

—Jimmy. —Vivian sonrió con felicidad.

En ese momento, se llevó al inquieto bebé a sus agrandados pechos, tras unos segundos, el nerviosismo cesó y el movimiento frenético se convirtió en glotonería.

Louis observó unos minutos y luego se fue sin hacer ruido, hacia donde Dieter esperaba orgulloso.

—¿Y bien? —preguntó este en tono beligerante.

Louis se encogió de hombros.

—Es un bebé. Da patadas.

La cara del joven mostró su sonrojo.

—¿No lo entiendes? Está cambiado, se ha adaptado. Vivirá.

—Claro que sí —intervino Louis. Luego sonrió y le dio un golpe en la espalda al chico—. Eres padre, chiquitajo. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Y cuántos años tiene Viv?

—Diecisiete.

—Cuando tengas mi edad ya tendrás nietos. Virilidad, tu nombre es juventud.

Frank y Syd entraron rápidamente en la cabaña seguidos de Laura, que ya tenía tres años y daba saltitos con gracia. Irma apareció entre ellos, con cara de nerviosismo.

—Es... —comenzó a decir, y entonces se quedó callada cuando distinguió las dos figuras en la cama.

—Dios mío —dijo Frank, asombrado—. ¿Es real?

—¡Por supuesto que es real! —gritó Dieter.

Garry apareció en la puerta.

—¿Puedo entrar?

—Adelante —dijo Louis—. Vamos a hacer una fiesta. —Llevó a Laura hasta la cama—. Tú también. Todo el mundo puede mirar.

Syd se inclinó sobre la mujer y su bebé y dijo pensativa:

—El problema de la alimentación está resuelto ahora mismo. Pero ¿y después?

—No te preocupes por eso —dijo Dieter con arrogancia. Con un poco de vergüenza explicó—: Rafferty no pasó nada por alto. Las glándulas de Viv Es decir, las secreciones mamarias no son iguales. Louis y yo hicimos pruebas. Es leche, pero no es leche normal.

—Gracias a Dios —dijo Syd, aliviada.

—No querría tener que alimentarlo durante el resto de su vida —dijo Vivian en voz baja—. No creo que pudiera.

Frank y Louis se apartaron para hablar en privado.

—Esto es lo mejor que podría haber pasado —dijo Frank—. ¿Has considerado la alternativa? Supongamos que el bebé hubiese sido normal, un bebé de la Tierra, desarrollado para vivir en la Tierra. Supongamos que toda nuestra progenie revirtió. Sí, ese es el término: reversión. ¿Y si no hubiésemos podido adaptarnos? ¿Y si hubiéramos sido deportistas, no mutantes?

—Bueno, no lo somos.

—Gracias a Dios. Los ocho hubiésemos vivido nuestras vidas y después muerto. Eso habría sido el final de la raza. De alguna raza.

Salieron de la fría oscuridad, bajaron los tres escalones y entraron en el camino que Dieter con tanto esfuerzo había construido hasta la carretera principal. En el último año, la colonia se había expandido de forma geométrica. Los caminos de superficie transitables comunicaban cada uno de los asentamientos individuales con los demás. Frente a la cabaña de Dieter había un tosco vehículo de metal que él y Garry habían construido, metal martillado a partir de hojas laminadas en un horno.

Era un artilugio de aspecto extraño, pero cumplía con su propósito. El vehículo funcionaba con un acumulador. Las ruedas estaban hechas de una forma poco profesional, ni siquiera eran redondas, pero resultaban útiles. El material era una especie de plástico vegetal, una savia derivada de un árbol parecido al helecho. El vehículo, en terreno llano, alcanzaba los dieciséis kilómetros por hora.

—No lo mires tan mal —comentó Louis—. Se desmoronará.

Y eso no era todo. Las burbujeantes fuentes de agua caliente que manaban a la superficie eran fuentes naturales de energía eléctrica. Ya habían construido cuatro plantas generadoras; la nueva sociedad venusina tenía una fuente de calor, luz y energía constante. La mayoría de los equipos procedían

de las naves en ruinas y de las cúpulas de exploración, pero, gradualmente, poco a poco, estaban siendo sustituidos por elementos hechos a mano.

—Se ve bien —admitió Louis.

—Así es —dijo Frank—. Ha hecho mucho aquí. Pero todos esos animales estúpidos que tiene atados, ¿para qué demonios son?

—Solo Dios lo sabe —dijo Louis. Se inclinó hacia la cabaña de Dieter—: ¿Qué son esas cosas que tienes ahí fuera?

Dieter respondió con arrogancia:

—Es mi manada de wuzzles.

—¿Para qué son? ¿Vas a comértelos?

—El wuzzle era la especie dominante —le explicó Dieter—. Es la forma de vida indígena más avanzada intelectualmente. Las pruebas que realicé muestran que el wuzzle es más inteligente que el caballo de la Tierra, el cerdo, el perro, el gato y el cuervo juntos.

—Cielos —murmuró Irma.

—Van a ser nuestros ayudantes —reveló Dieter con orgullo—. Enseño a ese rebaño en concreto a realizar tareas rutinarias. Entonces nuestras mentes quedarán libres para una planificación constructiva.

Louis salió de la cabaña negando con la cabeza.

Pero era una buena visión. Todo: los campos, los cobertizos de los animales, el ahumadero, el silo, la cabaña principal, ahora un edificio de doble pared con dos dormitorios, una sala de estar, cocina y baño interior. Y Garry ya había encontrado un sustituto para la pulpa de madera: habían conseguido un papel defectuoso, seguido de otro bastante primitivo. Era solo cuestión de tiempo que su sociedad se convirtiera en una civilización. Una civilización, ahora, de nueve individuos.

Una hora después, Frank y Syd regresaban lentamente hacia su propio asentamiento en su vehículo eléctrico.

—Es una gran noticia —volvió a decir Frank mientras los campos se deslizaban a los lados.

—Ya lo has dicho cinco veces —le reprochó Syd en voz baja.

—Sin embargo, es cierto —insistió Frank con el ceño fruncido—. Tal vez deberíamos parar en una de las naves.

—¿Por qué?

—Deberíamos construir una incubadora. El bebé está casi adaptado, pero ¿y si no lo está del todo? Podría morir, pero en una incubadora podríamos mantenerlo con vida hasta que estuviera más fuerte. Ajustar las condiciones

hasta que pudiera tolerar este entorno. Solo para estar seguros. —Y añadió con pesar—: No quiero que le pase nada a ninguno de los nuestros.

—Deberíamos pasar por las cúpulas, al menos —dijo Syd—. A ellos les gustaría saberlo.

Frank giró y sacó el vehículo de la carretera, y en un momento se topó con el fango verdoso que era la superficie de aquella parte de Venus. Delante de ellos había una larga línea de montañas nebulosas. En la base estaban los escombros esparcidos de lo que una vez habían sido las cúpulas protectoras terráqueas. Los proyectiles de guerra las habían destrozado, por supuesto, pero a partir de los restos habían construido una única estructura. Era una cuasi cúpula, una semiesfera hueca anclada en la base de las colinas.

—Es extraño ver eso ahí —dijo Frank—. Es como estar fuera de tu piel.

—Fuera de tu antigua piel —lo corrigió Syd.

El Refugio no era tan grande como el de ellos, tenía solo una manzana de largo y unos cientos de metros de ancho. Había sido construido para mantener con vida a tres individuos, no a ocho. Pero el principio era el mismo: en el interior de la burbuja transparente había un mundo diferente, con diferente temperatura, atmósfera, humedad y formas de vida.

Los tres habitantes habían hecho un buen trabajo al arreglar su Refugio. Era como una pequeña parte de la Tierra separada del original. Incluso los colores eran exactos. Frank se quedó impresionado por el trabajo, por la habilidad para crear esta auténtica réplica. Pero era lo que habían estado haciendo durante el último año. Esto era todo lo que tenían que hacer.

Habían creado un cielo azul artificial de un modo minucioso, una imitación casi perfecta de la bóveda celeste de la Tierra. Tenía una nube y una bandada de patos migratorios pegada permanentemente al interior de la burbuja de plástico. El hombre, Cussick, se trajo semillas de hierba con él, y el suelo era una sólida y exuberante extensión de color verde oscuro, similar a la flora venusina, pero no igual.

No, no era igual en absoluto. Una sutil diferencia de color y una gran diferencia en la textura. Era un mundo diferente trasplantado allí en miniatura. Un fragmento. Una pieza de museo que le hizo sentir a Frank una extraña sensación de nostalgia mientras el vehículo se acercaba.

La familia de la Tierra había cultivado arbustos y árboles. Un arce y un álamo crecían con valentía dentro del Refugio. A partir de los materiales disponibles, construyeron un modelo de una casa de la Tierra, una pequeña residencia de dos dormitorios: paredes de estuco blanco, un tejado de tejas rojas, ventanas con cortinas detrás de ellas, un camino de grava, un garaje (sin

nada dentro, salvo un banco de trabajo completo), rosas, petunias y algunas fucsias. Los esquejes y las semillas los trajeron en el viaje original, y único, de la Tierra: Cussick se había anticipado a lo que le esperaba. En la parte de atrás había un floreciente huerto. Y el hombre incluso pensó en traer cuatro pollos, una vaca y un toro, tres cerdos, un par de perros, un par de gatos domésticos y una bandada de pájaros variados.

El Refugio estaba literalmente repleto de flora y fauna de la Tierra. La mujer, Nina, había pintado un fondo artificial que era bastante convincente. Unas ondulantes colinas de color marrón con un lejano océano azul. La mujer tenía mucho talento artístico, ella misma había supervisado todo el desarrollo con un entrenado ojo crítico. Jugando al final del Refugio, donde comenzaba el telón de fondo, estaba su hijo Jack, de cuatro años. Estaba muy ocupado haciendo un castillo de arena en la orilla de un pequeño lago artificial en el que ondulaba el agua destilada con tremendo esfuerzo.

—Siento pena por ellos —dijo Syd de repente.

—¿Si? ¿Por qué?

—Porque es horrible. Recuerda Vivir así, encerrados en una pequeña caja de cristal.

—Algún día podrán volver —le recordó Frank—. Uno de estos días, la Sociedad del Príncipe del Hombre, o como quiera que se llame la nueva hagiocracia, se tranquilizará y le permitirá regresar.

—Si no se ha muerto de viejo.

—Las cosas se están calmando. No tardará mucho. Y recuerda: él sabe por qué está aquí. Él decidió, fue algo voluntario. Y tiene un propósito.

Frank se detuvo y apagó el motor del vehículo. Syd y él se bajaron con cuidado y caminaron hacia el Refugio. Dentro, más allá de la pared transparente, Cussick los había visto y se dirigió hacia ellos, saludándolos.

Frank hizo bocina con las manos y gritó:

—Es un niño. Está adaptado, todo ha ido bien.

—No puede oírte —le recordó Syd con delicadeza.

Juntos, entraron en el bloque intermedio. Allí, sentados en los taburetes, conectaron el micrófono y el sistema de comunicación que les permitía hablar con el interior del Refugio, con el cosmos finito de fondo. A su alrededor resonaban las tuberías y los circuitos: era el complejo equipo de bombeo que mantenía constante la atmósfera del Refugio. Y detrás, lo más importante de todo: las unidades de fabricación que procesaban la comida de los terráneos.

—Hola —dijo Cussick, de pie detrás de la pared de cristal, con las manos en los bolsillos y un cigarrillo entre los labios. Llevaba las mangas enrolladas

hacia arriba, había estado trabajando en el jardín—. ¿Cómo ha ido todo?

—Todo ha ido bien —dijo Syd.

—Se ha adaptado.

—Totalmente. Un monstruo normal.

—Bien —dijo Cussick asintiendo con la cabeza—. Nos tomaremos una cerveza en su honor.

Apareció su esposa, una preciosa figura regordeta con pantalones azules y una camiseta sin mangas, una raya de color naranja sobre su estómago desnudo y la cara brillante de sudor. En una mano llevaba un trozo de papel de lija y un rascador de pintura. Se veía bien alimentada y contenta, bastante feliz, en realidad.

—Felicítala de nuestra parte —dijo la voz de Nina—. ¿Es un niño?

—Desde luego —dijo Frank.

—¿Está sano?

—Tan sano como un wuzzle —dijo Frank—. De hecho, es el nuevo wuzzle. El wuzzle de reemplazo, un wuzzle mejor para tomar el lugar del anterior.

Desconcertada, Nina negó con la cabeza.

—No te oigo bien. Tus palabras suenan distorsionadas.

—No te preocupes —le dijo su esposo. Le puso la mano alrededor de la cintura y tiró de ella hacia él—. Será mejor que nos ocupemos de los ratones de la despensa.

—¡Ratones! —exclamó Syd—. ¿Trajiste ratones?

—Quería que todo fuera lo más natural posible —explicó Cussick con una sonrisa—. Incluso metí en una caja algunos saltamontes y moscas. Quiero que mi mundo esté completo. Mientras tengamos que quedarnos aquí

Junto al lago artificial, Jackie jugaba feliz con su castillo de arena.

—Quiero que sepa a qué se enfrentará —explicó Cussick—. Entonces estará preparado, cuando los tres regresemos.